

Mensajes a la Iglesia

Eliseo Apablaza F. · Gonzalo Sepúlveda H. · Roberto Sáez F.
Rolando Figueroa E. · Pedro Alarcón P.

EDICIONES «AGUAS VIVAS»

EDICIONES «AGUAS VIVAS»

TÍTULOS PUBLICADOS

A. Libros (Hno. Eliseo Apablaza F.)

- Conforme al modelo
- Consagración y servicio
- Las riquezas de su gracia
- Los amigos también tienen que morir

B. Colección «Mensajes de Restauración» (Hno. Eliseo Apablaza F.)

1. ¿A qué compararé esta generación?
2. El hombre de Dios en tiempos peligrosos
3. Juan el Bautista: Perfil y obra de un restaurador
4. La iglesia como viuda
5. Matrimonio y familia

C. Colección «Evangelio»

- 7 preguntas y 21 excusas que suelen darse para no seguir a Cristo

D. Poemas (Hno. Claudio Ramírez L.)

- Del cielo hasta la tierra
- Como el rocío de Hermón

MENSAJES A LA IGLESIA

PRIMERA EDICIÓN

Enero de 2003

Los textos son transcripciones adaptadas de mensajes orales compartidos a la iglesia en Temuco, en Centenario 01154, Temuco.

Grabaciones: Juan Carlos Suazo, Samuel Salazar.

Digitación: Equipo de redacción Aguas Vivas.

Diseño y diagramación: Mario Contreras T.

Las citas bíblicas corresponden a la versión Reina-Valera 1960.

Otra versión usada: Nueva Versión Internacional (NVI).

Contactos: Llanquín Lucio 01972 - F. (45) 261791, Temuco, Chile

www.aguasvivas.cl

PRESENTACIÓN

«Mensajes a la Iglesia» es una selección de predicaciones compartidas en las reuniones dominicales celebradas en la calle Centenario 01154, Temuco, (Chile), durante el año 2002. Una buena parte de los restantes mensajes fueron publicados en la revista «Aguas Vivas» en el mismo período.

Usted se encontrará aquí con 20 palabras de varios predicadores, temas y propósitos. Hay mensajes doctrinales y proféticos; los hay también sobre la iglesia, el Reino, la consagración y la vida victoriosa. Fueron compartidos en distintas circunstancias, pero siempre con la mira de suplir alguna necesidad específica de la iglesia, y de exaltar la persona y la obra de nuestro amado Señor Jesucristo.

No se puede describir aquí el efecto que cada mensaje produjo en quienes los oyeron. Pero no dudamos que en la quietud de su lectura, usted podrá percibir al menos el eco de lo que fue aquella experiencia de fe.

Encomendamos este libro a la gracia de nuestro Dios, para que muchos más hijos de Dios sean alcanzados y bendecidos, según sus riquezas en gloria.

Los Editores
Temuco (Chile), Enero de 2003

INDICE

1. ¡Arrepentíos!	7
2. La obra de la cruz	19
3. Se entregó por ella	29
4. Como una virgen pura	39
5. A cara descubierta	45
6. De lo tangible a la fe	53
7. El segundo hombre	63
8. Cristo, nuestra victoria	73
9. La vida abundante	83
10. La apostasía que viene	91
11. Las contradicciones de Sansón	105
12. Icabod, o cuando la gloria de Dios se va	115
13. El peligro de las tres T	125
14. El carácter de los co-reinantes	137
15. Vuestra justicia	147
16. El imperativo de dar fruto	157
17. Los tripulantes de la nave Salvación	171
18. Más que mera obediencia	185
19. Apártate de mí	195
20. Cuando los sueños se rompen	203

Autores:

Eliseo Apablaza F. (Nos. 1, 2, 3, 7, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 20).

Gonzalo Sepúlveda H. (5, 6, 19), Roberto Sáez F. (9), Rolando Figueroa E. (8)

Pedro Alarcón P. (4).

¡Arrepentíos!

Lecturas: Mateo 3:1-2; 4:17; Romanos 1:18-32; 3:9-18; Isaías 1:2-6

Creo que hoy necesitaremos mucho más que de costumbre el socorro del Espíritu Santo para que esta palabra sea predicada y para que el corazón de ustedes sea tocado, socorrido, alentado y –si es necesario– quebrantado por el poder de la palabra de Dios.

El mismo mensaje

Llama la atención que, tanto Juan el Bautista como el Señor Jesucristo, hayan comenzado su predicación exactamente con las mismas palabras.

«*Arrepentíos*». Este es un mensaje que con el paso de los años se ha ido perdiendo. En el día de hoy, no son muchos los predicadores del evangelio que predicán el arrepentimiento. Pareciera que es más fácil predicar otras cosas más agradables de oír: predicar acerca de las bendiciones de Dios o de la prosperidad que se puede hallar cuando un hombre le cree al Señor.

Sin embargo, Juan y el Señor Jesús no pensaban de la misma manera. Ellos sabían que el mayor bien que se le podía hacer a la gente era llamarlos al arrepentimiento. Cuando el Señor envió a los doce a predicar también les encargó que predicasen el arrepentimiento. Pedro, en Pentecostés, dijo a los judíos: «*Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados*» (Hechos 2:38). Pablo, cuando estuvo en el Areópago discutiendo con esos filósofos griegos -la élite de la intelectualidad de su época-, tam-

poco cambió su mensaje. Dijo: «*Pero Dios ... ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan*» (Hechos 17:30).

Los hombres tienen que arrepentirse.

¿Por qué arrepentirse?

¿Por qué es tan importante el arrepentimiento?

Arrepentirse no significa solamente derramar algunas lágrimas para dar a entender que nos duele lo que hicimos mal. No es sólo un acto emotivo. La palabra ‘arrepentíos’, en griego, significa un cambio en el modo de pensar, a lo cual debía seguir un cambio en el modo de obrar. Por eso Juan el Bautista llama a los fariseos a hacer «frutos dignos de arrepentimiento». No sólo los llamaba para que se bautizaran y para que por medio de ese acto reconocieran que eran pecadores, sino que era necesario que después ellos dieran frutos dignos de arrepentimiento. Y el fruto tiene que ver con la conducta, con el actuar. De tal manera que la palabra ‘arrepentirse’, en castellano, no nos dice todo lo que significaba este arrepentirse cuando lo predicaba el Señor.

Hay cristianos que piensan que luego que han sido perdonados de sus pecados, y han sido restablecidos en su comunión con Dios, ya no necesitan arrepentirse más. Piensan que, como la cuenta ya fue saldada en virtud del poder de la sangre de Jesús, de ahora en adelante los pecados que cometan son limpiados automáticamente. Pero no es así. Es necesario -vez tras vez- un nuevo acto de arrepentimiento y una nueva confesión.

Tal vez lo que más le convenga saber a un hijo de Dios es que cada vez que él peca entristece al Espíritu Santo. Y de ahí entonces la explicación de por qué las lágrimas de arrepentimiento suelen ser tan profundas. Esas lágrimas parece que surgen de las entrañas. Hemos ofendido a Dios, hemos contristado su Espíritu, hemos afectado su santidad, su gloria, y también hemos afectado el cuerpo de Cristo, la iglesia.

Luego, el Señor dice: «... *porque el reino de los cielos se ha acercado*». La causa del arrepentimiento, lo que lo motiva,

lo que lo provoca debe ser la conciencia de que el reino de los cielos, que es santo, que es digno de la más alta dignidad, que es noble, de la más alta nobleza, cuyo Rey es el Justo, cuyo Rey es el Santo, íse ha acercado!

¿Cómo podríamos pretender participar de su reino sin un reconocimiento de nuestros pecados, sin un cambio? Todo lo impuro, todo lo torcido, todo lo pecaminoso debe ser reemplazado por nuevas formas de pensar, de sentir y de actuar. Dios no puede establecer su reino sobre un corazón tenebroso, pecaminoso, que concibe deseos impuros y que -de hecho- lleva a cabo muchos de ellos. Sería como poner las bases del reino sobre un sepulcro blanqueado, hermoso por fuera, pero lleno de podredumbre por dentro.

Para su establecimiento, el reino de los cielos requiere de hombres que hayan reconocido su ruina, su pecaminosidad, su destitución, su nulidad en sus intentos para agradar a Dios. ¡Oh, hay muchos cristianos que piensan que ellos pueden agradar a Dios! ¡Hay muchos cristianos que piensan todavía que en ellos hay muchas cosas buenas que le sirven a Dios! ¡Hay muchos cristianos que todavía piensan que sus buenas obras son agradables delante de Dios; que sus limosnas, que sus actos justos van a impresionar a Dios!

Así que, el arrepentimiento es una necesidad no sólo para los pecadores que están sumidos en los más atroces pecados, sino que también es una necesidad para los cristianos que conocen el poder de la sangre de Jesús. No sólo necesitan arrepentirse una vez, sino muchas veces, permanentemente.

Un bautismo para arrepentimiento

El bautismo de Juan es conocido como el “bautismo de arrepentimiento”. Su objetivo, como todo el ministerio de Juan, era preparar para el Señor un pueblo bien dispuesto. ¿Cómo podía ocurrir esto? Solamente si el pueblo se arrepentía. La dureza del corazón era muy grande. Hacía cuatrocientos años que no había profeta en Israel. Se había perdido la luz de Dios, la lámpara se había apagado, los corazones estaban endurecidos, ¿cómo podrían ellos recibir al Señor? Tuvo que venir uno delan-

te de él preparando el camino, diciendo: «Arrepiéntanse, su modo de actuar es pecaminoso, su modo de pensar es intolerable para Dios».

¿Y cuál fue el efecto de la predicación de Juan? La Escritura dice que los publicanos y las prostitutas recibieron su palabra y se arrepintieron. Sin embargo, aquellos otros, los religiosos, no se arrepintieron. Ellos pensaron que eran justos, que no necesitaban de arrepentimiento, así que no se bautizaron. Por eso el Señor Jesús después les hace esa pregunta que no se atrevieron a contestar: «*El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo, o de los hombres?*» (Mateo 21:25). Si decían que era del cielo, entonces el Señor les diría: «¿Y por qué no se arrepintieron?». Y si decían «de los hombres», entonces tendrían que vérselas con el pueblo, porque el pueblo creía que Juan era un profeta de Dios.

Tenemos que decir algo muy claramente: Es imposible que el hombre entre en el reino de los cielos tal como está. Es imposible que un hombre pecador, que sólo ha nacido de sangre y de carne, pueda entrar en el reino de los cielos. La luz que brilla allá es tal, la santidad es tal, que él ni sería admitido allá, ni se sentiría a gusto allá. Huiría avergonzado, porque su conciencia estaría cargada. No podría mirar al Señor. Es imposible que un pecador le pueda mirar cara a cara. Caería muerto, destruido.

El impío delante de Dios

¿Hay alguno que se considere justo? ¿Hay alguno que se considere un buen hombre, un buen vecino, un buen padre, un buen esposo, y que, por tanto, esté libre de los juicios de Dios? ¿Hay alguno que jamás haya pecado, que no haya concebido siquiera pensamiento de iniquidad? En Romanos 1:18 al 32 se nos muestra la condición verdadera del hombre delante de Dios.

Allí se nos muestra que el hombre no sólo peca, sino que tiene la desfachatez de cubrir su pecado con un poco de tierra, o de reírse sobre él, y en vez de advertir a otros para que no caigan en lo mismo, se complace con los que pecan igual que él.

Este es el hombre, esta es la condición ineludible, de la

cual no hay ni uno que se exceptúe, cualquiera que sea su condición social, educativa, racial, o de cualquiera otra índole. Y el hombre no tiene remedio, a menos que Dios lo tome en sus manos y haga algo en su vida. El hombre está atestado de pecado, está impregnado de maldad. Su mente y su corazón se inclinan de continuo al mal. Hay filosofías en este día que pretenden convencer al hombre de que él tiene un trazo de bondad adentro, que lo puede cultivar y desarrollar, y que puede llegar a ser un pequeño dios. Y dicen: «En ti hay algo bueno y algo malo. Basta que tú cultives lo bueno y que aplaques un poco lo malo». Sin embargo, como una escritora dijo una vez: «En todo hombre hay un potencial asesino». Esto es verdad. En todo hombre hay un potencial homicida, un potencial violador.

Quienes piensan que el hombre tiene remedio, o que puede ser perfeccionado, están profundamente equivocados. La educación chilena tiene en sus bases la idea de que el hombre es un ser perfectible. ¿Gracias a la educación, a los principios morales, gracias a la biología, gracias a la filosofía, a la ética va a ser perfeccionado? Imposible. La sabiduría de Dios dice que todos los hombres son pecadores. *«Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios»*. (Romanos 3:22-23). Esta es la condición del hombre sin Dios.

El religioso ante Dios

Pero, ¿qué diremos del hombre religioso, el que tiene un sistema de culto, ciertos rituales que atender, ciertos mandamientos que se enorgullece en cumplir, que va los sábados o domingos a un templo, que lleva su Biblia debajo del brazo, que trata de cumplir los mandamientos de Dios? ¿Diremos que está en mejor condición?

Romanos 3:9, dice: *«¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado»*. No sólo los gentiles, sino también los judíos, y los judíos son los religiosos, los que tienen supuestamente a Dios a su favor. Y desde el versículo 10 en adelante está la descripción detallada de lo que

ellos verdaderamente son. Esa es la condición aun de aquellos que tienen el nombre de Dios en los labios, de aquellos que no se han acogido a la justicia de Dios, que tienen sólo una religión y que no tienen la verdad de Dios metida dentro de su corazón. Todos han fallado, todos engañan, todos se apresuran para el mal. No tienen paz en su corazón. Piensan que mediante sus buenas obras pueden acallar el grito de la conciencia, o frenar la ira de Dios.

Esas palabras del profeta antiguo, en Isaías 1:2-6, siguen sonando muy fuerte. Fueron dichas con tanto dolor. ¡Dios estaba tan entristecido!: *«Oíd, cielos, y escucha tú, tierra; porque habla el Señor: Crié hijos, y los engrandecí, y ellos se rebelaron contra mí. El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento. ¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! ... Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas ni vendadas ni suavizadas con aceite»*. ¿Podemos percibir el dramatismo de estas palabras del Señor? Era su propio pueblo, al cual él había sacado de Egipto con brazo poderoso. ¡Y se le habían convertido en hijos depravados, en gente maligna!

La plomada

Es por eso que es necesario –para que se establezca en la tierra el reino de los cielos– que los hombres procedan al arrepentimiento. La ley de Dios es como una plomada. Cuando los albañiles o los carpinteros ponen una plomada junto a un poste, ella de inmediato deja al descubierto si está torcido. Cuando la plomada de Dios cae sobre la conducta de los hombres –de todos los hombres– queda en evidencia su pecaminosidad.

Hay algunos a quienes les gusta verse justos a sí mismos, y presumen de su justicia. Cierta vez le preguntaron al Señor Jesús sobre aquellos galileos que habían muerto aplastados por una torre. El Señor les dijo: *«¿Ustedes piensan que ellos eran más culpables que ustedes?»*. También le dijeron: *«¿Sabes de*

aquellos galileos cuya sangre Pilato mezcló con los sacrificios de ellos?». Y el Señor les dijo: «¿Creen que ellos eran más pecadores que ustedes?». *«Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente»*. (Lucas 13:1-5). Cuando ocurre una desgracia en algún lugar, tendemos a pensar: «¡Cómo habrán sido de pecadores aquéllos, que cayeron bajo el juicio de Dios!». Pero todavía resuenan muy claras las palabras del Señor: «No, no eran más pecadores que ustedes, y si ustedes no se arrepienten, perecerán igual que ellos».

Cuando no hay arrepentimiento

El arrepentimiento es una gracia de Dios. Cuando miramos la Escritura, vemos que no todos, lamentablemente, se arrepintieron ni pudieron arrepentirse. El discurso de Pablo en Romanos 2:5 concluye con estas palabras: *«Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios»*. ¿Qué estás atesorando para ti? ¿Qué estás acumulando para ti, pecador, y también tú, hijo de Dios? ¿Estás acumulando –con cada pecado que cometes, con cada rebelión, con cada desobediencia–, estás acumulando ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios? ¡No pienses que escaparás! ¡Tus pecados te persiguen y corren más rápido que tú! Por tu dureza, por tu corazón no arrepentido, acumulas juicio para el día del justo juicio de Dios.

¡Qué terrible es tener un corazón no arrepentido! En Apocalipsis se nos muestran los días de la gran tribulación, que van a venir sobre el mundo. Caen los juicios de Dios: plagas y más plagas. Ocurren cosas tremendas en el cielo, en la naturaleza, en los hombres. Hay muertes por millares. Y dice la Escritura que ni aun así los hombres se arrepentirán. (9:20; 16:9). ¡Qué terrible cosa es la dureza de corazón!

En la Biblia encontramos a un personaje, hijo de uno de los antiguos patriarcas, Esaú, que después de haber menospreciado su primogenitura, él deseó heredar la bendición, pero no tuvo oportunidad para el arrepentimiento, aunque lo procuró con lágrimas. (Heb.12:17). A tal extremo llega la depravación,

la dureza del corazón, que un profeta le puede estar diciendo a un hombre, con lágrimas en los ojos: «¡Arrepiéntete para que no mueras; tu camino es equivocado, tu fin es el despeñadero, es el infierno, arrepiéntete!». Y él, como si nada.

El Señor ministró en varias ciudades galileas. Corazín, por ejemplo, o Capernaum. Capernaum, especialmente, fue como su segunda ciudad. Cuando lo expulsaron de Nazaret, él se fue a Capernaum. Allí hizo milagros, sanó enfermos. Sin embargo, esa ciudad no se arrepintió, y el Señor la recrimina por eso. «*Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida*». (Mateo 11:23). Eres honrada con que el Señor ande en tus calles, con que haga milagros en medio de ti, con que tengas el privilegio de ver al Justo. ¡Capernaum, una ciudad insignificante de Galilea, tuvo la honra más grande que ninguna ciudad de la tierra! ¡Capernaum, el Mesías estuvo en ti, durmió en tus casas, caminó por tus calles! ¡Pero tú no te arrepentiste! ¡Ay, Capernaum, no conociste el día de tu visitación!

Pero no sólo estas ciudades fueron reprendidas por el Señor. Toda su generación también lo fue. A ellos les dice: «*Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás en este lugar*» (Mateo 12:41). Un profeta tan contradictorio como Jonás fue creído en Nínive, pero el Hijo del Hombre fue ignorado por su propia generación.

Necesidad de arrepentimiento

Los cristianos que tienen un corazón puro, que están acostumbrados a mirar la santidad de Dios, se arrepienten rápidamente del más mínimo pecado. Porque su pureza es tal, que cualquier sombra de pecado inmediatamente los afecta, y ven la necesidad de arrepentirse.

Pero hay cristianos que pecan una y otra vez. Sus caminos son torcidos: un pecado más no les importa. Su conciencia está cauterizada, y llegan a pensar que ser cristiano es eso: invocar el nombre de Dios de labios y tener una conducta total-

mente discordante. Pecan y no se les da nada. No tiemblan por dentro, no temen los juicios de Dios. No piensan que están entristeciendo al Espíritu. ¡Oh, el Señor tenga misericordia de los tales!

Pero también hay otros que tienen todo un aparataje, una justicia exterior. Pueden ser ministros en cualquier ambiente cristiano que sea. Ellos llevan una justicia exterior. Ellos oran muy pausadamente, ellos caminan y hablan de una manera especial, llevan una vestidura especial; externamente son muy justos y muy santos. Pero, ¿cómo está su corazón? Dios mira el corazón: la fuente de la maldad del hombre es el corazón. De ahí manan todos los pecados, todas las injusticias, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, las envidias, las injurias, las maledicciones. Todo se genera en el corazón no arrepentido. Es necesario que nos arrepintamos, para sacar ese pensamiento de pecado rápidamente, antes que se traduzca en hechos y dé a luz la muerte.

¿Cuántas cosas deben cambiar en la vida de los cristianos? ¿Cuántas cosas deben cambiar en su mente, en su conducta, en su corazón? En el sermón del monte, el Señor dijo: «*Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios*». (Mateo 5:8). ¿Podemos decirlo nosotros? ¿Somos esa clase de bienaventurados?

Las iglesias deben arrepentirse

En el libro de Apocalipsis encontramos que los mensajes a cinco de las siete iglesias contienen llamados al arrepentimiento de parte del Señor. Sus ojos como llamas de fuego observan sobre las iglesias, y se pasea entre ellas. El Señor conoce el corazón, y él juzga.

Yo no sé si podemos ver lo que significa que el Señor nos diga: «*Arrepiéntete*». No es sólo la palabra de Dios, no es sólo la Biblia, no es un profeta. Y no es sólo lo que el Señor tenía que decirle a la iglesia en Éfeso. Es también para ti y para mí. Puede ser que estés como la iglesia en Pérgamo, admitiendo en tu corazón la doctrina de los nicolaítas, y no la has aborrecido. Puede ser que estés admitiendo en tu corazón a una fornicaria

como Jezabel, a la cual el Señor le ha dado tiempo para que se arrepienta, y no se arrepiente. Jezabel no se arrepintió. ¿Tampoco lo harás tú?

Hay un peligro en pecar sin recibir el castigo de inmediato. El corazón, en su torpeza, puede creer que se puede pecar impunemente. Que un segundo pecado no traerá tampoco una consecuencia. Que el tercer pecado pasará como si nada. ¿Qué significa eso, «que no pase nada»? Significa simplemente esto: Que el Señor te está dando tiempo para que te arrepientas.

Este no es un mensaje agradable de oír. Pero tenemos necesidad de arrepentirnos. Procedamos a hacerlo, para que seamos perdonados y «*para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio*» (Hechos 3:19).

Para que otros se arrepientan

¿Queremos ver la iglesia llena de gloria? ¿Queremos ver a los pecadores convirtiéndose? Tenemos que arrepentirnos nosotros primero. Este es el llamado, es la advertencia de Dios en este tiempo. ¡Arrepiéntete!

Dice la palabra que hay una tristeza según Dios, que el Espíritu Santo produce en el corazón, y que es una tristeza buena, porque produce arrepentimiento. (2 Corintios 7:9-10). Por eso, al comenzar esta palabra, dije que necesitaba más que nunca el socorro del Espíritu Santo, porque sólo el Espíritu puede producir arrepentimiento en el corazón. Nosotros podemos dar una palabra, podemos abrir la Escritura, decir: «Esto es lo que dice el Señor». Pero, si el Espíritu Santo no trabaja en el corazón, entonces no hay arrepentimiento. Si el corazón está endurecido, los pecados seguirán ocultos!

Hay una tristeza que es buena. Y es la tristeza por nuestros pecados, por haber fallado tantas veces, por haber ofendido a Dios, por haber resistido su gloria, por haber impedido que él haga lo que tiene que hacer. Nosotros hemos estorbado a Dios... ¿Alguien puede decir: «Nosotros hemos ayudado a Dios»? ¡No! Más bien debiéramos decir esto: Hemos estorbado a Dios. Con nuestro corazón no arrepentido, con nuestra desfachatez para pecar, para sacudirnos, y decir: «Aquí no ha pasado nada».

El Señor tenga misericordia de todos nosotros y nos conceda un corazón contrito y humillado para arrepentirnos de verdad.

El trabajo del Espíritu Santo

No sé lo que el Espíritu Santo estará hablando a tu corazón. Pero, seguramente, tú estás oyendo su voz. Tienes que renunciar, tienes que arrepentirte, tienes que llorar tus pecados, tienes que volverte al Señor. Aunque seas cristiano, y te reúnas todos los domingos, y lleves la Biblia debajo del brazo, déjame preguntarte ¿cuánto hace que no lloras delante del Señor? ¿Cuánto hace que le has estado echando la culpa de todo lo que te acontece a los demás? Eres un perfecto juez de otros, pero no te has visto a ti mismo. ¡Oh, Espíritu Santo, muestra ahora la condición de cada corazón delante de Dios!

Así, en el silencio, en el recogimiento, Dios nos puede hablar. Pídele perdón al Señor, ahí donde estás. Tal vez a algunos les baste con eso. Menciona ese pecado, allí en lo secreto de tu corazón. Ese pecado que te avergüenza, menciónalo delante de Dios, y dile: «Estoy arrepentido, te he ofendido con este pecado. He mancillado tu nombre, he contristado a tu Espíritu». Si has hecho así, debes saber que la sangre de Jesús está disponible para ti. Pero recuerda que arrepentirse no es sólo una emoción, es tomar una decisión de cambio en el corazón.

La obra de la cruz

Lectura: 1ª Corintios 1:1-2; Gál. 3:11

El relato de los evangelios es insuficiente

El apóstol Pablo parece que tenía una obsesión, una idea fija. Aunque era un hombre muy culto, y podía echar mano a sus conocimientos de la cultura griega y romana; sin embargo, en estos dos versículos que hemos leído, él refuerza esta idea que lo cautivaba, esta obsesión que él tenía de hablar solamente de Jesucristo, de no saber otra cosa sino a Jesucristo, y a Jesucristo crucificado.

Lo dice a los corintios, que habitaban en una región donde había florecido la sabiduría griega, y también a los gálatas, estos hermanos que se habían dejado en un momento cautivar por los judaizantes. A unos y a otros, el apóstol vuelve entonces con éste que era su tema central: Jesucristo crucificado.

¿Qué misterio se esconde en la cruz de Cristo? ¿Qué cosas sucedieron allí ese día en que el Señor fue levantado en la Cruz? Ese día el Señor estuvo en su máxima debilidad, había sido azotado, las espaldas todavía estaban sangrantes. Había sido también herido en su frente. Se le había puesto una corona de espinas. De seguro, su rostro estaba también lleno de sangre. Y a causa de la sed, de los golpes y del dolor, su rostro estaba desfigurado.

¿Qué cosas ocurrieron allí mientras él estaba desangrándose, sintiendo que sus fuerzas se escapaban, con el corazón latiendo cada vez con menos fuerza? ¿Qué cosas ocurrieron allí aparte de lo que los hombres veían como un espec-

táculo sangriento, terrible, atroz?

Al finalizar esa larga escena, el Señor entrega el espíritu diciendo: «*Consumado es*». Dice también la Escritura que entonces el velo del templo se rasgó de arriba abajo. Luego vinieron tinieblas sobre la tierra, hubo un terremoto, los sepulcros se abrieron y muchos muertos resucitaron. ¡Cosas extrañas sucedieron el día que él murió en la cruz!

Sin embargo, el relato de los evangelios todavía es muy escueto e insuficiente. Cuando lo leemos, sin duda nos conmovemos, pero no logramos percibir lo terrible de ese momento. Tenemos que saber que, en su muerte en la cruz, el Señor Jesús estaba realizando prodigios, hechos portentosos, y estaba obteniendo victorias tremendas, aunque los hombres sólo veían a un malhechor moribundo.

Espiritualmente, lo que ocurrió allí tiene alcances tan trascendentes, que nosotros pasaremos la eternidad escudriñando, sondeando, profundizando, analizando, describiendo y alabando la obra portentosa que ocurrió ese día. Como somos nosotros tan frágiles, tendemos a olvidarnos de lo importante de ese momento.

Quisiera, con la ayuda del Espíritu Santo, compartir con ustedes algunas de las cosas que ocurrieron –espiritualmente hablando– en la cruz del Calvario.

Nos reconcilió

Nosotros no estábamos ahí, ni para apoyar al Señor ni para burlarnos. Sin embargo, por cuanto somos hijos de Adán, podemos decir que nosotros también le crucificamos. En esos soldados romanos –gentiles como nosotros– también estábamos incluidos nosotros, acelerando la causa, para terminar rápido con el trámite. «¡Que muera luego, para irnos a casa!».

Nosotros éramos enemigos. Lo fuimos desde que Adán cayó y fue expulsado del huerto. ¿Qué significa ser un enemigo? Un enemigo está muy lejos de nuestro corazón, en el otro extremo de nuestros afectos. Nadie querría comer con un enemigo, nadie querría dar alojamiento en su casa a un enemigo. A la luz de las Escrituras –en el Antiguo Testamento, especialmente–

encontramos que el trato dado a los enemigos era un trato proporcional a la ofensa que había inferido. Un enemigo era una persona a la cual había que tratar de la misma manera como él había tratado. «Ojo por ojo y diente por diente» era la norma.

Nosotros éramos enemigos en nuestra mente. ¿O tú naciste siendo amigo de Dios? ¿O tú eras tan bueno que, apenas tuviste conciencia de ti mismo, encontraste que entre tú y Dios no había ninguna separación? «*En otro tiempo, erais extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras ...*» dice la Palabra. (Col. 1:21). Enemigos. Dios estaba aquí –en un lado– y nosotros en el lado opuesto.

Pero, ¿saben ustedes qué ocurrió en la cruz del Calvario? Los que éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios. (Ro. 5:10). De modo que hoy día ya no somos enemigos. Pero para dejar de ser enemigos y venir a ser cercanos a Dios tuvo que ocurrir algo. Alguien tenía que ponerse en medio. Dios estaba en un lado, nosotros en el otro. Cuando el Señor Jesús fue a la cruz –por decirlo así– tomó con una mano la mano de Dios y con la otra tomó la nuestra, y nos acercó. En el momento en que Dios tomó nuestra mano, Jesús tuvo que soltar ambas: tuvo que morir. Fue dejado por Dios y aborrecido por nosotros. Así, el Señor pagó el precio para que nosotros fuésemos reconciliados con Dios.

La reconciliación no es producto de que nosotros nos hayamos ‘abuenado’ con Dios, de que nosotros hayamos aplacado su enemistad haciendo buenas obras. Tampoco es producto de que Dios se haya olvidado de que éramos enemigos. No es producto de ninguna de estas dos cosas. Es producto de que en medio de ambos se puso Uno que aceptó morir para derribar nuestra enemistad. ¡En la cruz del Calvario fuimos reconciliados con Dios! «*Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne por medio de la muerte*» (Col.1:21-22). ¡Tenía que morir, su cuerpo de carne tenía que ser herido! No hay reconciliación sin derramamiento de sangre, y sin que Jesús muriera en la cruz.

Nos redimió

Pero también, además de reconciliarnos allí, el Señor nos redimió. ‘Redimir’ significa ‘comprar’ o ‘rescatar’. Para explicar lo que esto significa, vamos a ir al Antiguo Testamento. Según la ley, cuando un judío empobrecía, él podía vender sus animales y aun sus tierras a su vecino que era rico, para pagar las deudas. Podía llegar el momento en que ese judío pobre lo había vendido todo; no le quedaba nada a qué echar mano, estaba en bancarrota. Pero la ley permitía que él fuera donde su hermano rico y le dijera: «No tengo nada más que venderte, así que me vendo a ti como esclavo». Entonces el rico le ponía un precio, y lo compraba. Ya no era más libre, ahora era un esclavo.

Pero de acuerdo a la ley también podía suceder lo siguiente: que este hombre tuviera un pariente rico que dijera: «Tengo suficiente dinero. Voy a rescatar a mi pariente para que deje de ser un esclavo». Ese acto de ir, y comprarlo, y sacarlo a la libertad se llamaba ‘redimir’ o ‘rescatar’.

Ahora, podemos aplicar esto a nosotros. Estábamos en bancarrota, nuestros pecados se habían amontonado sobre nosotros; no podíamos presentarnos delante de Dios. No éramos libres, éramos esclavos. Nos habíamos vendido nosotros, y aun nuestra mujer, nuestros hijos, nuestra casa, todo. ¡Y de pronto aparece un Pariente rico que nos compra! ¡Aparece Uno que es tan poderoso y tierno que, cuando nos vio cautivos, vino y dijo: «Yo los compro». La Palabra dice: *«Sabiedo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir ... no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación»* (1ª Pedro 1:18).

Con todo, hay una enorme diferencia entre este Pariente rico y todos los parientes ricos que redimieron en Israel. Todos ellos pusieron su dinero, ¡pero Jesús no puso su dinero: él pagó con su sangre! ¡Ese fue el precio de nuestro rescate! Fuimos redimidos, no con cosas corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo. ¿Alguien podría reclamar ahora que el precio que se pagó por nuestro rescate fue demasiado bajo, y que por tanto

esa transacción hay que invalidarla por dolosa? El oro puede estar mezclado, y la plata no ser de buena ley. ¡Si hubiésemos sido pagados con oro o con plata, tal vez podría haberse impugnado el rescate! Pero fuimos comprados por la sangre de Jesús, así que allí no hay tacha alguna. Nadie, ni el diablo, puede levantarse para decir: «Esa transacción no es válida».

¡Oh, preciosa es la sangre de Jesús, más que todo el oro y más que toda la plata! ¡Tú y yo fuimos comprados por alto precio! El Señor estimó que tú eras valioso, te tuvo en gran estima. El Señor no dijo: «Ah, por ese solamente voy a pagar unos dos talentos, no vale más». No dijo así el Señor. Consideró que tu alma era valiosa en grado sumo y ofreció lo máximo que podía ofrecer. ¿Puedes ver esa sangre derramándose desde esa cruz? No sólo cien miligramos, no sólo un litro. ¡Toda la sangre que tiene un hombre! ¿No es espantoso eso? ¡Si tú caminas debajo de la cruz, te vas a resbalar, porque ahí está toda su sangre, ofrecida por nuestro rescate! No fue un precio pequeño. Nos redimió con su preciosa sangre.

Selló el Nuevo Pacto

Pero no sólo eso. La Escritura dice que él, con su sangre, selló un nuevo pacto. Según la Biblia, todos los pactos tenían que ser sellados con sangre. Cuando Moisés dio la ley al pueblo de Israel, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos y roció el libro de la ley y roció a todo el pueblo, diciendo: «*Esta es la sangre del pacto que Dios os ha mandado*». Y, además de esto, roció también con la sangre el tabernáculo y todos los vasos del ministerio. (Hebreos 9:18-21).

El pacto antiguo fue ratificado por la sangre de los becerros y de los machos cabríos. Sin embargo, sabemos que ese pacto era un pacto transitorio, establecido para apelar a la justicia de los hombres, un pacto condicional que esperaba de los hombres un buen proceder para con Dios. Ahora bien, si la ley, el antiguo pacto, fue ratificado con sangre, ¿cuánto más el Nuevo Pacto, el pacto eterno, habría de ser ratificado con sangre?

Encontramos en el Antiguo Testamento que Dios hizo también un pacto con Abraham. El día en que Dios iba a hacer un

pacto con Abraham fue un día solemne, porque allí Dios se iba a comprometer a favor de Abraham, y como señal de ese pacto, habrían de ser sacrificados algunos animales. Tres animales y dos avecillas fueron inmolados. Y Dios descendió allí, y ratificaron el pacto, y desde ese día Dios se comprometió para siempre con Abraham. En realidad, Dios no necesitaba sujetarse a un pacto, porque Dios no miente. Él lo hizo por causa de Abraham. Y ese pacto, a diferencia del que hizo con Israel a través de Moisés, no era un pacto condicional. Era un pacto unilateral, en que sólo Dios se comprometía. Dios le hizo una promesa a Abraham, y esa promesa se ha cumplido hasta el día de hoy, y se cumplirá hasta el fin.

¿Cuánto más no cumplirá Dios el pacto ratificado en la cruz del Calvario por la sangre de Jesucristo? Es un pacto unilateral también; no como el de Moisés, sino como el de Abraham, en que Dios por sí y ante sí se obliga a favorecer a todos los que se acojan a esa sangre derramada.

¿Hay aquí alguna condición? En este pacto, ¿Dios está pidiendo nuestra justicia, nuestras obras? No, en este pacto él se vacía entero en amor hacia los hombres. ¡Él lo hace todo, él es todoficiente! «Para que no se olviden de mí, pondré mis leyes en su mente; para que su corazón no se aparte, allí también escribiré mis mandamientos; para que no se olviden de mí, yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Para que ninguno diga: Yo no lo sé, no lo conozco. Ellos me conocerán. Ninguno tendrá que pedirle a otro: Muéstrame a Dios. Sus pecados los perdonaré; sus iniquidades, las olvidaré». (Hebreos 8:10-12).

¡Oh, bendito es el Dios de nuestra salvación que se ha comprometido con nosotros a través de este pacto: la sangre del pacto eterno! ¿Hay algo que pueda quitarte a ti la posición privilegiada que tienes? ¿Puede venir mañana un mentiroso y decirte: «¡Cómo puedes decir que tú eres salvo! ¡Tienes que esforzarte para no perder tu salvación!» Mira la sangre del Cordero derramada en la cruz, ¿de qué te habla ella? De que en la cruz Dios selló un pacto de perdón, un pacto de salvación. ¡Somos el pueblo del pacto, ese pacto que nunca perderá su vigen-

cia!

Los antiguos reyes franceses ponían en los decretos: «Yo, el Rey». Esa era su firma. No había ningún otro en Francia que pudiera decir «Yo, el Rey». Había uno solo. Pero he aquí que esta rúbrica que Dios puso tiene mucho más valor que la firma del rey de Francia. ¡Jamás el tiempo podrá borrar esa rúbrica escrita por la sangre de Jesucristo! ¡Jamás nuestros pecados serán traídos de nuevo a su memoria!

Nos abrió el camino al Lugar Santísimo

Pero no sólo eso. Seguimos mirando la cruz, mirando esa sangre, mirando al Cordero colgando de esa cruz vergonzosa.

Ustedes saben, los judíos tenían un lugar santo. Era el templo que estaba en Jerusalén. ¡Qué privilegio tuvieron ellos! Imaginémonos que tú digas: «Dios está en Jerusalén, tengo ganas de conocerlo. Aquí donde yo vivo no está Dios». Entonces, reúnes todos tus ahorros, y compras un pasaje a Jerusalén. Llegas allá, te acercas al templo. Ves que la gente va y viene. Ellos llevan animales para el sacrificio. Los hombres se acercan a la entrada. Los guardias vigilan atentamente qué es lo que se trae allí. Y luego, cuando alguien se acerca con su cordero o con su buey, le preguntan:

-¿Nombre?

-Sadrac.

-¿Tribu?

-Zabulón.

-¿Te toca ofrecer hoy?

-Sí.

-¿De dónde vienes?

-De Galilea.

-Bien, adelante.

Otro, la misma cosa. De Judá, de la tribu de Benjamín, de Isacar, en fin. Pero llegaste tú, de Chile. (Estamos imaginando). Te acercas a la puerta.

-Y tú, ¡Nombre!

-Pedro González.

-¿Tribu?

-Soy de Chile.

-¿Tribu?

-Mi padre se llamaba Claudio González; mi abuelo, Tomás González. Es todo lo que sé, no me preguntes por tribu, porque no tengo.

La siguiente pregunta es:

-¿Cómo te atreves a venir aquí, incircunciso, inmundo? ¡Vete!

Tú quedas desolado. ¿Qué posibilidades tienes? No pertenesces al pueblo escogido. Te vuelves a tu casa. ¡Nunca podrás conocer a Dios, nunca podrás tocar a Dios, ni siquiera el borde de sus vestiduras! ¡El Dios verdadero no está accesible para ti!

Esa era nuestra condición. Sin embargo, ocurrió algo allí en la cruz del Calvario. Cuando el Señor Jesús murió, el velo del templo se rasgó de arriba abajo, así que el camino quedó libre para todo el que quiera acercarse a Dios. ¡Ahora puedes volver a Jerusalén! Ahora no sólo puedes pasar la primera puerta, y la segunda hacia el Lugar Santo. El velo, el de más adentro, está roto: ¡Jesús lo rompió!

Hebreos 10:19 dice: «*Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne...*» Esto significa que ese velo que se rompió cuando el Señor Jesús murió, era una metáfora, una alegoría. En realidad, ese velo se rompió allí porque había otro –el verdadero velo– que se rompía en ese momento.

¿Te acuerdas de esa lanza que atravesó el costado del Señor y de las heridas en sus manos? Sí, fue roto el velo, estaba lleno de heridas, la sangre se escapaba por todos lados. Ese velo que había entre el Lugar Santo y el Lugar Santísimo era una obra primorosa, tenía querubines bordados con oro. Era algo sagrado, pero ese día se rompió. Con todo, ese velo era sólo una sombra.

¿Te imaginas cómo sería el cuerpo del Señor Jesús, lo santo, lo puro? Externamente, estaba muy delgado. Hacía días que no había comido bien. «*Contar puedo todos mis huesos*», dice el salmista. Estaba lleno de sangre. Pero ese cuerpo heri-

do nos abrió el camino al Lugar Santísimo.

El sumo sacerdote entraba una sola vez al año al Lugar Santísimo. Sin embargo, nosotros, todos los días, a cada hora, cada minuto, en cualquier lugar, podemos entrar en el Lugar Santísimo, podemos contemplar la gloria de Dios y postrarnos delante de él. Ese lugar está conectado con el cielo, ángeles bajan y suben llevando nuestra alabanza y también nuestras plegarias.

Nada nos puede separar de Dios

Estas son algunas de las cosas que ocurrieron en la cruz del Calvario aquel día. Podríamos estar hablando tanto acerca de esto.

Siendo enemigos, nos reconcilió; se puso en medio para que pudiéramos tomar la mano de Dios. Estando en bancarrota, nos rescató y nos hizo libres. Siendo ajenos a los pactos y a las promesas, él selló con su sangre el nuevo pacto para nosotros. Y también nos dio acceso al Lugar donde el hombre se encuentra con Dios.

¿Hay algo que nos separe de Dios, hay algo que corte nuestra comunión con Dios, hay algo que nos quite a Dios? Nadie lo puede hacer, porque el Señor Jesús murió en esa cruz vergonzosa para reconciliarnos, para rescatarnos, para asegurarnos con su sangre, para darnos entrada para siempre al Lugar Santísimo. ¡Bendita es la sangre de Jesús!

Digno es el Cordero

Digamos de nuevo las palabras de Pablo a los corintios: *«Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado»*. ¿En qué nos gloriaremos, hermanos? ¡En la cruz de Cristo! ¡En Jesucristo crucificado! Por eso, cada primer día de la semana, nos reunimos en torno a la mesa, ¡porque no nos olvidamos!

*«¿Viste tú su gran dolor allí?
¡Hay veces que, al pensarlo,
tiemblo, tiemblo, tiemblo!»*.

¿Viste tú sus sufrimientos? Allí se selló nuestra salvación. No fue fácil, no la alcanzamos nosotros a un alto precio. Fue la sangre del Justo, del Hijo de Dios, derramada hasta la última gota.

¡Oh, si el Señor nos diera más elocuencia para decirlo!
¡Oh, si encendiera más nuestros corazones para que no permaneciésemos nunca indiferentes! ¡Nos postraríamos delante de él, y le diríamos: Señor, digno eres de tomar el reino, el poder, la gloria y la alabanza!

¡Digno eres de recibir la adoración, porque tú fuiste inmolado, y tu sangre nos ha redimido, y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos por los siglos de los siglos!

Se entregó por ella

Lectura: Efesios 5:25-27

En el día de hoy quisiéramos ver un aspecto de la obra de la cruz de nuestro Señor Jesucristo, tomando como base estas palabras que hemos subrayado de nuestro texto: «*Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella*» (Efesios 5:25). Aquí tenemos a Cristo, cual un marido, que amó tanto a su amada, que se entregó a la muerte por ella.

Muchos maridos se han destacado en el amor por sus mujeres. Sin embargo, ninguno amó tanto a su esposa como Cristo a la iglesia. Quiera el Espíritu Santo concedernos hoy una impresión muy fuerte acerca del amor de Cristo por su iglesia, por la cual él se entregó como un marido enamorado.

En las Escrituras encontramos el ejemplo de, al menos, tres maridos ejemplares que quisiera recoger hoy: Isaac, el marido de Rebeca; Booz, el marido de Rut; y Oseas, el marido de Gomer. No obstante, quiera el Espíritu Santo ayudarnos a ver que ni Isaac, ni Booz, ni Oseas –siendo buenos y amantes maridos–, se comparan con nuestro Señor Jesucristo.

Isaac

Isaac tenía como cuarenta años cuando su padre, Abraham, decidió que era bueno que su hijo se casara. Y su padre decidió que la esposa de Isaac habría de ser de su propia familia y no una mujer extraña. Envío a su criado muy lejos, donde vivían sus familiares, y de allá este criado trajo a Rebe-

ca, una mujer hermosa y diligente. Era una mujer que no se negaba al trabajo cotidiano, que podía ir al pozo a sacar agua, y dar de beber a los animales. Era hermosa, pero también era piadosa y diligente.

Dice la Escritura que cuando este criado trajo a Rebeca a Isaac, éste la recibió. Al verla, no dijo: «Me hubiese gustado morena» (suponiendo que hubiese sido rubia), o «Me hubiese gustado más delgada, o un poco más alta». Isaac la recibió, y en seguida la amó. Isaac amó a Rebeca profundamente.

Por esos días, había muerto su madre, Sara. Nosotros no podremos imaginar lo que significaba Isaac para Sara, y lo que significaba Sara para Isaac. Esa mujer estéril que a los noventa años tuvo un hijo, ese hijo que a medida que fue creciendo se dio cuenta que su madre era esa mujer anciana, a diferencia de otras madres jóvenes. Isaac tenía una madre anciana, y seguramente por eso, la amó más, porque conoció de sus largos años de espera.

Por esos días había muerto Sara. Isaac no se podía consolar por la partida de su madre. Sin embargo, cuando llegó Rebeca la amó tanto, que se consoló en ella de la muerte de su madre. Fue un amor a primera vista, pero no de esos amores a primera vista que vemos en el mundo, que se desvanecen a los pocos días. Fue éste un amor profundo.

Pasaron veinte años y aún Rebeca no le daba hijos a Isaac. En ese tiempo, no tener hijos era una desgracia muy grande, porque el sistema de tribus y de herencias se basaba en los hijos. Veinte años, e Isaac no tenía todavía hijos. No creo que Isaac haya reprochado a Rebeca: «¿Por qué me casé contigo? ¡Qué error cometí al casarme con una mujer estéril!». Isaac era un varón paciente, era un hombre amoroso. Esperó veinte años, sin reproches. Y, cuando consideró que era el tiempo prudente para tomar una decisión, él oró a Dios por su mujer, y su mujer le dio dos hijos: Esaú y Jacob.

Isaac es un modelo de esposo, porque recibió a su mujer sin haberla elegido, la amó sin conocerla todavía, y porque supo esperar el tiempo de los hijos conforme al propósito de Dios.

Sin embargo, Isaac todavía no es el esposo que es Cristo;

todavía el ejemplo es insuficiente. Isaac amó a Rebeca, pero no murió por ella.

Booz

Booz era un hombre muy rico. Tenía grandes campos, mucha hacienda y criados. Además, era soltero. Un hombre así es un muy buen partido para cualquier mujer.

Cierta vez, llegó una mujer extranjera a sus campos en el tiempo de la cosecha. Y tal como se acostumbraba en Israel, mientras los segadores cortaban el trigo y lo ataban en manojos, las mujeres pobres tenían derecho a ir detrás de los segadores y recoger las espigas que iban quedando en el campo. Era un acto de misericordia para los pobres. Y Booz vio a Rut, la moabita, que iba recogiendo espigas para llevarlas a su suegra Noemí, también viuda.

Cuando Booz se enteró de la situación de Rut, tuvo misericordia de ella. Les dijo a los segadores y a los criados: «No la molesten, dejen que recoja la cebada y el trigo; y aún más, cuando lleven su manojito de trigo, dejen caer espigas para que ella las recoja». Booz se compadeció de esa mujer pobre que había sido tan fiel a la memoria de su marido muerto y a su suegra.

Rut era una mujer noble. Amó a su suegra como si fuera su propia madre. Pero por esos días, su corazón estaba desconsolado. Noemí era ya una anciana. ¿Qué sería de ella, y de sí misma? ¿Envejecería y tendría que vivir el resto de sus días a expensas de la misericordia de los demás?

De acuerdo a una costumbre de los judíos, cuando una mujer quedaba viuda, un pariente rico podía rescatarla; podía comprar la heredad del marido, incluso podía casarse con ella. Pero el hecho de casarse con la viuda implicaba que esos hijos llevarían el nombre del marido anterior.

Llegó el momento de mayor necesidad, y Noemí vio que tenía parientes que podían redimir a su nuera, y que aún podrían darle descendencia por su hijo muerto. Pero quien lo hiciera debería aceptar que sus hijos no llevaran su nombre. Era como engendrar hijos para otro.

Y Booz lo hizo. Rescató la heredad de Mahlón, el marido, y pagó el precio por Rut. La ley le autorizaba para que esa mujer pasara a ser su sierva, por cuanto había pagado por ella. Sin embargo, la hizo su esposa. Desde ese día, Rut nunca más tuvo que ir detrás de los segadores recogiendo espigas. ¡Ella era ahora la dueña de los campos! ¡Incluso el dueño de los campos era suyo!

Booz es uno de los caracteres más nobles que hay en toda la Biblia. Booz se casó con Rut, y nació un hijo, y le pusieron por nombre Obed. Y cuando nació Obed, Booz sabía que ese hijo era suyo, pero a la vez no era suyo. Era y no era. Cuando nació Obed, las vecinas se alegraron, vinieron a su casa, e hicieron fiesta. ¿Pero saben lo que ellas iban repitiendo de boca en boca?: «¡Le ha nacido un hijo a Noemí!». No dijeron: «Le ha nacido un hijo a Booz». Decían: «¡Le ha nacido un hijo a Noemí!»

Booz compró a Rut, y pudiendo hacerla su esclava, la hizo su esposa. Engendró en ella hijos que casi no eran suyos, y lo hizo por amor. Toda su riqueza, toda su herencia la dio a Rut y a Obed.

¿Y saben qué? Obed tuvo un hijo que se llamó Isaí. Isaí tuvo un hijo que se llamó David. Y así, por las generaciones, hasta que llegó a José y María, ¡que tuvo un hijo que se llamó Jesús! Así pues, el Señor Jesús fue un descendiente de Rut y de su hijo Obed.

Pero la calidad de marido que es Cristo supera con mucho a la calidad de marido que fue Booz. Booz redimió a Rut con su dinero, y la honró haciéndola su esposa, pero Booz no murió por ella.

Oseas

Un tercer caso que quisiera referir brevemente es el caso de Oseas, el profeta. Los estudiosos de la Biblia le han puesto a Oseas un sobrenombre: «el profeta del corazón destrozado». He aquí la razón de tan extraño apodo.

Hubo un tiempo en que Oseas era un joven feliz, lleno de ideales. Él quería hacer lo mejor con su vida. Pero un día el

Señor le dijo: «Anda, y cástate con aquella mujer». Oseas miró a la mujer –llamada Gomer– y empezó a consultar qué clase de mujer era ésa. Y entonces supo que Gomer era una mujer de mala fama, era una mujer fornicaria.

Oseas seguramente sintió algo así como un dolor en el corazón, pero dijo: «Sí, Señor, lo haré». Y fue y se casó con ella. Pasaron los años, vinieron tres hijos. Un día, Oseas la encontró acostada con un hombre. Entonces él le dijo: «Yo no puedo soportar eso; por tanto, te vas de la casa». La mujer se fue.

Pasó algún tiempo (Oseas se quedó con sus tres hijos), y el Señor le habló: «Anda, busca a tu mujer, recupérala». Oseas seguramente frunció el ceño, agachó la cabeza y pensó: «¡A qué extremos voy llegando! Me casé con una mujer de mala fama, porque Dios me lo dijo. Y ahora que ha pecado contra mí, ¿debo ir detrás de ella?». Sin embargo, esos argumentos – si es que los tuvo– se disiparon, porque Oseas amaba al Señor, y salió a buscar a su mujer. Recorrió las calles, esas calles de mala fama, donde nunca él había entrado. «¿Vive por aquí una mujer llamada Gomer? Tienes tales y tales características...». «No, no vive nadie por aquí con ese nombre ni con esas características».

Un día iba pasando por un comercio, pero ese comercio tenía una particularidad: Allí se vendían esclavos. Por si acaso, Oseas recorrió el rostro de los esclavos y esclavas que se estaban subastando en ese momento y... ¡ahí estaba ella!

Oseas esperó que llegara el turno de su mujer. Los hombres, después de examinarla, hicieron sus ofertas: «¡Cinco siclos de plata!». Otro diría: «¡Yo doy seis siclos!». Y de pronto, de atrás, se escuchó una voz que dijo: «¡Yo doy quince siclos de plata!». Todos volvieron la cabeza. ¡Era un precio desproporcionado! ¡Con ese dinero se podían comprar hasta tres mujeres como ésa! Oseas compró a Gomer por quince siclos de plata y se la llevó a casa. ¡Y la amó de nuevo, como antes!

A Oseas le fue dado sentir los dolores agónicos que siente Dios cuando su pueblo se extravía y se va detrás de sus amantes. Oseas fue un marido excelente; amó a su mujer noblemente; la perdonó más de una vez. Pero Oseas no murió por ella.

El ejemplo sin igual

El Señor Jesús supera con mucho a todos estos maridos ejemplares.

Isaac amó a una mujer hermosa y diligente, a una mujer de buena familia. Booz amó a Rut, una mujer trabajadora y noble. Oseas hizo bien en amar a su mujer, porque ella era la madre de sus hijos. Isaac le dio todo su amor a Rebeca, Booz le dio toda su riqueza a Rut, sin embargo, ¡el Señor dio su vida por la iglesia!

¿Qué tipo de mujer era la Iglesia? ¿A qué la compararemos? No sé qué ejemplo adecuado pudiera poner. Es difícil porque esto no tiene parangón. Pero yo creo que la iglesia, antes de que el Señor muriera por ella y la redimiera, era una mujer peor que la de Oseas. Sí; así éramos nosotros. Nosotros éramos infieles, habíamos amontonado los pecados por miles. No sólo un adulterio, miles. No sólo una fornicación, miles.

Imaginémonos esto por un momento: El Padre le dice al Señor Jesús: «He escogido una mujer para ti». El Señor pudo haber pensado: «Bueno, si Abraham eligió una buena mujer para Isaac, ¿podría mi Padre elegir mal?». Así que él dijo: «Sí, Padre, acepto la mujer que tú has escogido para mí». Pero el Señor pudo ver después la esposa que el Padre le había preparado.

¿Cómo estaba ella? No sé si ha leído usted alguna vez Ezequiel capítulo 16. Es un capítulo dramático, porque Dios representa a Israel en una mujer que encontró tirada en un desierto, cubierta de sangre. Dice que tuvo misericordia de ella, la tomó, la limpió, le puso hermosas vestiduras, le puso joyas, la hizo una mujer hermosa. Y cuando estaba hermosa, se prostituyó y tuvo amantes.

El capítulo 16 de Ezequiel es angustioso. Es el dolor de Dios como marido de una mujer infiel –Israel en ese caso. Pero, ¿no éramos nosotros también una mujer así? Si pudiéramos enumerar nuestros antiguos pecados, no sé cuánto tiempo tardaríamos. Cuando el Señor miró a esta mujer, pudo haber dicho: «La única manera de mejorarla –porque está indefectiblemente mal, el pecado se le ha metido como cáncer hasta los tuéta-

nos-, es que yo muera por ella, y que al morir yo, todo lo mío le sea comunicado a ella».

Cuesta imaginar, pero seguramente es mucho más que lo que estoy diciendo. «Lo primero que habría que hacer con esa mujer es cambiarle el corazón. Ella no piensa otra cosa más que en pecar, pecar y pecar.» Dice la Palabra que el Señor nos dio un nuevo corazón. «Su sangre está contaminada con cáncer. Hay que sacarla toda; pónganle la mía».

Ella surgió de su costado herido

Cuando el Señor Jesús fue crucificado, le rompieron su costado con una lanza, y que de allí salió sangre y agua. El costado del Señor fue roto, y eso nos recuerda a Adán. El Señor rompió el costado de Adán y le sacó una costilla para hacer de ella a Eva. La iglesia también surgió del costado roto del Señor allí en la cruz. Con sangre fue limpiada de sus inmundicias, y con el agua está siendo purificarla para que no tenga mancha ni arruga, sino que sea santa y sin mancha.

Sangre y agua. La sangre para sus pecados. El agua para el lavamiento, para que llegue a ser progresivamente más y más hermosa.

Ustedes seguramente han leído la historia de Ester. Cuando el rey Asuero recibía a las concubinas en su palacio, esas mujeres debían pasar doce meses siendo lavadas y perfumadas, para que su piel quedara delicada y suave. Doce meses. Se les hacía un tratamiento intensivo hasta que estuvieran listas para comparecer ante el rey.

Lo que el Señor Jesús está haciendo hoy con la iglesia es lavarla, perfumarla, para que su ser entero sea tan puro, tan santo y sin mancha, que cuando llegue el día de las bodas el Señor no encuentre en ella tacha alguna.

Ese día todos los seres espirituales mirarán a la novia y dirán: «¿Cómo es que aquella mujer tan vil llegó a ser esta mujer tan distinguida? ¿Cómo es que aquella mujer teñida en sus sangres, revolcándose en su pecado, llegó a ser esta virgen tan delicada?». Ellos quedarán asombrados. Pero esa es la preciosa obra de Jesucristo en la cruz del Calvario, él pagó el precio más

alto: ofreció su vida por ella. No hay ningún marido así, que sin conocerla la haya amado tanto; que estando desahuciada, haya aceptado darle su vida.

La dignidad de la amada

Pablo dice en una de sus epístolas que la iglesia es como una virgen pura. Apocalipsis dice: «*He ahí la desposada, la esposa del Cordero, ataviada para su marido, vestida de lino fino*».

Les quiero hacer una pregunta a los hermanos y hermanas: Si el Señor pagó un precio tan alto por su amada, ¿creen ustedes que él acepte que su amada sea pisoteada y golpeada por algún amante? ¿Creen ustedes que este Novio enamorado, podría aceptar que su amada sea ofendida y herida impunemente? No; ninguno que la hiera quedará sin castigo.

¡Jesús es el mejor enamorado! Si tú, iglesia amada, fuiste herida por alguno de tus amantes en tus extravíos pasados, el Señor te consuele, el Señor te sane. Recibe ahora el impacto de su amor. Quien te toca a ti, toca la niña de sus ojos. ¡Oh, virgen pura, él no ve mancha en ti!

¿Se acuerdan de aquel mensaje de Balaam, cuando le pagaron para que profetizara mal contra Israel? El Señor habló a través de él, y dijo a Israel: «*Yo no veo mancha en ti*» (Números 23:21). ¡Iglesia, el Señor no ve mancha en ti!

Tú me dirás: «Bueno, hermano, nosotros pecamos, estamos en un cuerpo de muerte, todavía somos frágiles». Amado, él no ve mancha en ti, porque tiene mucho más valor la sangre que él derramó, que tus pecados o tus debilidades. Cuenta mucho más delante de Dios esa bendita sangre que el Justo, el amado Hijo de Dios derramó en la cruz, que todos tus pecados presentes o futuros.

¿Sabes por qué la iglesia surgió del costado herido del Señor? Como dijo un hermano en cierta ocasión: «No fue tomada de la cabeza, como para que ella tuviera dominio sobre él. No fue tomada de sus pies, como para ser pisoteada por él. Sino que fue tomada de su costado, para ser igual a él; de debajo de su brazo, para ser protegida; y de junto al corazón, para ser

amada». Las que aquí son mujeres casadas, ustedes saben lo que es sentirse protegidas por el brazo fuerte de su amado. ¿Se han recostado sobre su corazón y han sentido el latir de ese corazón por ustedes? Entonces, ustedes pueden saber mejor que nosotros los hombres lo que siente la iglesia al sentirse así acunada y abrazada por su Amado.

Las dulces palabras del Amado

La amada ya no se siente acusada, ya no está vestida de andrajos, ahora está engalanada. Ella está hermosa, está siendo limpiada, está siendo perfumada. ¡Ella huele bien! Ahora, ¿puedes sentir que él te dice: *«He aquí, que tú eres hermosa, amiga mía. Amiga mía, he aquí, tú eres bella. Tus ojos son como palomas. He aquí, tú eres hermosa, amada mía, hermana mía. Prendiste mi corazón, has apresado mi corazón con uno de tus ojos, con una gargantilla de tu cuello»?* ... *«¡Cuán hermosos son tus amores, hermana, esposa mía! ¡Cuánto mejores que el vino tus amores, y el olor de tus ungüentos que todas las especias aromáticas! Como panal de miel destilan tus labios, oh esposa –él es un poeta también–; miel y leche hay debajo de tu lengua; y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano... Tus renuevos son paraíso de granados, con frutos suaves, de flores de alheña y nardos; nardo y azafrán, caña aromática y canela...»*

Hay una distancia tan grande entre el objeto de su amor – en este caso, la amada– y la entrega del Amado. Tenía mucha más razón Isaac para amar a Rebeca, Booz para amar a Rut, y Oseas para amar a Gomer, que Cristo para amar a la Iglesia, si los juzgáramos por la calidad de sus amadas. Con todo, ninguno amó a su esposa como él. ¿Habrá amor más grande, habrá una entrega mayor, habrá un sacrificio más pleno? ¡Oh sublime amor, oh maravilloso amor, inenarrable amor, inefable amor! ¡No hay palabras humanas ni angélicas que lo puedan describir!

Las palabras de amor de la amada

Pido al Espíritu Santo que nos muestre cuánto él nos ama. ¿Lo sientes tú, lo crees tú? Si lo sabemos, entonces cantémosle,

digámosle lo que él es para nosotros. Él nos ha dicho lo que nosotros somos para él. ¿Digámosle lo que él es para nosotros?

*Mi Amado es blanco y rubio
señalado entre diez mil.
Su cabeza es como el oro;
sus cabellos negros son.
Tal es mi amado, tal es mi amigo,
oh doncellas de Jerusalén.*

No hay dureza en él, no hay terrores en él. ¡Él es dulce, es hermoso; todo él es codiciable!

*He aquí que tú eres hermoso,
Amado mío, y dulce;
nuestro lecho es de flores.
Bajo la sombra del deseado me senté,
y su fruto fue dulce a mi paladar.
He aquí que tú eres hermoso,
Amado mío, y dulce.*

Como una virgen pura

Abramos la Escritura en 2 Corintios 11:1-3. Aquí el apóstol Pablo está hablando por el Espíritu Santo a la iglesia que estaba en la ciudad de Corinto. En la primera epístola Pablo les dice que ellos son santificados en Cristo (a pesar de todas las irregularidades que estaban viviendo). Les recuerda que ellos son *«llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro»*.

Y a estos mismos hermanos, en esta segunda epístola, les dice estas palabras: *« ¡Ojalá me toleraseis un poco de locura! Sí, toleradme. Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extrañados de la sincera fidelidad a Cristo»*. ¡Qué tremendo privilegio el de ellos! Pese a todo lo que ellos estaban viviendo, el Señor concibe la iglesia como una virgen pura para Cristo.

Celo de Dios

«Os celo con celo de Dios». ¿Cómo será el celo de Dios? El celo de Dios no es como el celo de los hombres. Es un celo conforme a ciencia, en el cual está expresado ese deseo de Dios de ampararnos como a la niña de sus ojos. Y tan grande es el celo de Dios, que él daría cualquier cosa por la iglesia. De hecho, nos dio todas las cosas, habiéndonos dado lo más hermoso que tenía: nos dio a su Hijo, para que sea el esposo de la iglesia.

Estamos esperando el pleno cumplimiento de esto. Lle-

gará el momento en que la iglesia –que ahora es una virgen pura para Cristo– se unirá a su Esposo, y acontecerá la más grande fiesta que jamás se haya realizado. No va a ser aquí en la tierra, sino en los cielos. Ya no será más la novia, sino la esposa. Aquellas serán las bodas del Cordero. Nosotros esperamos participar de las bodas del Cordero; por tanto, necesitamos estar conscientes de que somos parte de esa virgen pura que se prepara para recibir a su Amado.

¿Cómo es el esposo?

Detengámonos un momento en el Amado. Dice: «*Os he desposado con un solo esposo*». ¿Cómo es el Esposo? Él es paciente, es amoroso, es humilde, es manso, es perdonador. Hay tantas características que tiene el Esposo. Yo sé cómo es mi Amado, yo sé cómo es mi Esposo. El que ha conocido a Cristo, el que lo tiene morando en su corazón, sabe cómo es su Amado. Es fiel, es dulce, misericordioso, benigno, consolador, sabio. La Escritura dice: «*La gracia se derramó en tus labios*» (Sal.45:2). Le conocemos lleno de gracia y de verdad. No le falta nada. ¡Qué perfecto marido es el que Dios nos ha preparado!

Nuestro Esposo, nuestro Amado, es fiel, incomparable. Realmente, podríamos pasar mucho tiempo declarando sus virtudes. Un solo nombre no puede definir lo que es el Señor Jesús. El Señor es valiente. Es vencedor. Es Señor de señores y Rey de reyes. ¡Él será el Esposo de la iglesia! Él es el que nos ha cautivado. Ese es el Amado al cual esperamos.

¿Cómo es la novia?

Veamos ahora el final del versículo 2: «*...para presentaros como una virgen pura a Cristo*». ¿Cómo es ella? Primero, es virgen. Ella querrá guardarse, querrá que no haya ninguna mancha, ninguna cosa de la cual su amado se pueda avergonzar. Ella querrá conservar su virginidad.

Ahora, llevemos eso al plano de la iglesia. Hermanos, ¿nos sabemos parte de esa novia? ¡Somos parte de ella! Y ¿cómo nos estamos preparando nosotros para ese encuentro? ¿Estamos conservando la pureza de esa vida que hemos recibido dentro

de nosotros? ¿O será que en este tiempo nos estamos deslizando en alguna manera, y quizás nuestro corazón ya no está tan atento al esposo? Jamás debemos perder la expectación de nuestro encuentro con el Señor, porque hoy está más cerca nuestra redención que cuando creímos.

¿Cómo quiere Cristo hallar a la iglesia? Como una virgen. Eso quiere decir que esta novia no se ha contaminado con el mundo, con ningún tipo de ídolos, ni con el pecado. Toda la atención de ella está en el Amado, y se prepara para él como las vírgenes prudentes. Las vírgenes prudentes tenían no solamente la lámpara: tenían también el aceite para las lámparas. (Mateo 25:3-4).

La parábola de las vírgenes

¿Qué significan las lámparas en las manos de las vírgenes prudentes? La lámpara es la salvación, y la salvación la tenemos. Hemos sido rescatados de la potestad de las tinieblas y trasladados al reino del Amado Hijo. Hemos nacido de Dios. Entonces, puede decirse que somos vírgenes que tienen la lámpara en sus manos.

Pero, qué tremendo sería tener solamente la salvación, conformarse con ella, y no tener el aceite para la lámpara. Porque esta lámpara tiene que arder. Y las vírgenes prudentes están representadas en la lámpara y en el aceite. Nosotros necesitamos el aceite de la unción, necesitamos cada día ser llenos del Espíritu Santo, necesitamos cada día renovar nuestra consagración por el poder del Espíritu Santo de Dios.

No podemos vivir de las experiencias pasadas. Si en el principio fuiste lleno del Espíritu Santo, y una y otra vez recuerdas esa experiencia, tal vez estás viviendo con lo que queda de ella. Quiero decirte que es posible que el aceite esté bajando de nivel, o bien que ya no quede nada. Y tal vez has hablado tanto de esa experiencia, que ya es como una lucecita que se está apagando. Y, ¿dónde hallaremos el aceite, sino en Dios mismo, en su Espíritu? Queremos ser como las vírgenes prudentes, que tienen las lámparas y tienen el aceite.

¿Estamos permaneciendo en una comunión viva con el

Señor, o estamos viviendo descuidadamente? Si estamos viviendo descuidadamente, hermanos, significa que el aceite está escaseando. Porque cuando la lámpara está llena de aceite de lo único que hablamos es del Señor Jesús, lo único que llena nuestro corazón es la bendita persona del Señor Jesucristo. No hay otros amados, como en el caso de Israel (Oseas 2:7). No va el corazón tras los ídolos, no va el corazón tras las cosas que el mundo le pudiese ofrecer. El corazón está firme en el Amado, y está esperando en él.

Las vírgenes que se van con el Señor son las que tienen sus lámparas llenas. No seamos insensatos. Las otras vírgenes no actuaron con sensatez. Y, cuando llegó el momento en que el esposo se acercaba, y oyeron el rumor, las cinco vírgenes prudentes tomaron sus lámparas con aceite y fueron a recibir al esposo. Y las otras, recién ahí, después de haber vivido una vida totalmente descuidada, empezaron a tener cuidado de ese encuentro maravilloso que se iba a producir. Pero no pudieron estar con el esposo.

¿Qué hacemos con nuestra prosperidad?

¿En qué nos estamos entreteniendo, hermanos? ¿Estamos atendiendo al Esposo? ¿Estamos cuidando nuestro corazón, nuestra relación con él, y estamos ocupando en él el tiempo disponible? Yo sé que el enemigo se las ha arreglado en este tiempo para llenar de afanes y de trabajo al hombre. Dios te ha prosperado a ti, y me ha prosperado a mí. Mira cómo llegaste al Señor, y mira cómo estás ahora. ¿Nos falta vestido? ¿Nos falta abrigo? ¿Nos falta el pan en nuestra mesa? Dios nos ha dado abundantemente y sin reproche.

Pero, a veces nos parece que cuando Dios nos prospera es para nuestro propio beneficio. No pensamos que el Señor nos da para que podamos bendecir también a otros; para honrarnos, pero para que también nosotros le honremos a él. «*Honra al Señor con tus bienes*», dice la Escritura. De tal manera que si el Señor te honra y me honra, es para que perfeccionemos nuestro servicio a él, para que tengamos los medios para servirle, para que su reino se extienda. Para que su obra avance.

Una profecía acerca de los cristianos prósperos

Quisiera recordar algunas de las cosas escritas por el hermano David Wilkerson en su libro “La Visión” en la década de los ‘70. Muchas de ellas se han cumplido plenamente, así que esa profecía es verdadera. Dios le mostró a David Wilkerson cristianos económicamente muy prósperos. En ese tiempo, estaba ocurriendo un despertar en el mundo, el Espíritu Santo estaba siendo derramado para apercibir muchos corazones. Dentro de la visión profética que Dios le mostraba, veía a Satanás mismo pidiéndole permiso a Dios para tocar a aquellos cristianos muy fervorosos cuando no tenían muchos bienes. Él le dijo: «¿Por qué tú, Dios, no les das riquezas, por qué no les das mejores vehículos, por qué no les das mejores casas, mejores bienes, y vas a ver cómo se olvidan de ti?».

Qué triste sería que en el día de la prosperidad nos olvidáramos de nuestro Hacedor. Cristianos prosperados, pero que viven para sí mismos, y no ven que si el Señor les prospera, es para que le honren con sus bienes. ¡Toda nuestra vida es del Señor!

La virgen pura que es la iglesia –la que va a ser raptada– está compuesta de hombres y mujeres espirituales, que han aprendido a ser guiados por el Espíritu de Dios, que viven por el Espíritu y también andan en el Espíritu. «*Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu*» (Gálatas 5:25).

El engaño de la serpiente

«*Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo*» (2 Corintios 11:3). Satanás es muy astuto. Cada vez que vivimos alguna situación incómoda en la iglesia, él querrá utilizarla para enemistarte con tus hermanos, y trabajará en tu mente y te hará ver que todos están en contra tuya. Te hará sentir que tú no mereces un trato tan ‘injusto’. Pablo tenía este temor por la iglesia en Corinto, y también es el temor que hay en nuestro corazón en este tiempo. El temor es que, de la misma manera, Satanás intente engañarnos. Por eso no tenemos que darle lugar.

También la Escritura habla, en Hebreos, acerca del engaño del pecado. Cuando hay algún pecado, alguna actitud de tu corazón que no ha sido juzgada, el enemigo se tomará de eso, y por causa de ese pecado engañará tus sentidos. Luego, tú no sabrás qué te está pasando. Te irás enfriando, no tendrás deseos de congregarte, no querrás ver a los hermanos, y pensarás que todo lo que tienes que hacer es estar solo y que así se van a solucionar las cosas. No, hermano, Dios nos ha puesto en el cuerpo de Cristo, te ha dado hermanos para amonestarte a través de ellos, y para que seas corregido si es necesario. Debemos ver esto como parte de su amor para nosotros. Pero también están para que te alienten. Ellos te dirán: «Yo soy tu compañero, vamos adelante».

Que el Señor nos libre del engaño de la serpiente. El enemigo puede engañar a un individuo y hacerlo sucumbir con sus ardides. El engaño del cual fue objeto Eva consistió en esto: «Sé tú mismo, sé independiente, tú puedes vivir independiente de Dios». Ahora, ¿cuál es la astucia del enemigo en este tiempo? Consiste en decirle a los cristianos: «Tú puedes vivir independiente de los hermanos». Te dirá: «Tú tienes al Señor; te basta la comunión con el Señor». Y otros dirán: «Yo tengo al Señor, así que no necesito más». Pero si tú como individuo pretendes mantenerte fiel al Señor, te expones al más grande fracaso. Porque la promesa del Señor es: «*Las puertas del Hades no prevalecerán contra la iglesia*», lo cual implica que un individuo está expuesto a ser derrotado por el enemigo, pero la iglesia permanecerá firme hasta el fin, porque Su promesa es fiel. Ahí está el cuerpo de Cristo, para que nos consideremos unos a otros.

Que nuestros sentidos no sean extraviados de la sincera fidelidad a Cristo.

A cara descubierta

Lecturas: Job 23:1-9; Éxodo 33:11; 34:29; 2ª Corintios 3:7-18

Los argumentos de Job

Se ha dicho que el libro de Job es el libro más antiguo de la Biblia, y que Job es antes que Abraham y antes que Moisés en el desarrollo del propósito de Dios. El libro de Job es controvertido y es uno de los libros más difíciles de entender.

En el capítulo 23:1-9 habla Job. Hasta aquí, se ve a un hombre que ha perdido de vista al Señor. Él va al oriente, al norte, al occidente, al sur, y dice que en el sur se esconde, y que en el norte no lo ve, y que en el occidente no lo percibe, y en el oriente no lo halla. Él expone su queja: «*Mi boca se llenaría de argumentos delante de la silla de Dios. Si yo fuese hasta su trono, allí expondría mi causa, entendería lo que me hablara, y yo razonaría con él*». Job está lleno de reclamos, de amargura y de dolor, y quiere ir donde Dios y discutir con él. Tiene la pretensión de que el Señor escuchará sus razonamientos.

Job, capítulo 40. El Señor respondió a Job desde un torbellino, y le hizo unas cuantas preguntas. «*¿Es sabiduría contender con el Omnipotente? El que disputa con Dios, responda a esto. Entonces respondió Job a Jehová, y dijo: He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca. Una vez hablé, mas no responderé; aun dos veces, mas no volveré a hablar*».

En el capítulo 42: «*Respondió Job a Jehová, y dijo: Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se*

esconda de ti. ¿Quién es el que oscurece el consejo sin entendimiento? Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía. Oye, te ruego, y hablaré; te preguntaré, y tú me enseñarás. De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza».

Entre el capítulo 23 y el 40, hay un tremendo cambio. ¿Cómo se produjo? Primeramente, el hombre aparece lleno de argumentos de autojustificación, hasta que sus ojos se abren para conocer al Señor. Recibe revelación, se le ilumina el entendimiento. Antes hablaba cosas que no entendía, pero una vez que el Señor se le hizo real, sus argumentos se acabaron. Puso su mano en la boca, y dijo: «Ya no hablaré más». Frente a la santidad, a la gloria y al poder de Dios, se consideró a sí mismo un hombre vil.

Mientras más lejos esté alguien de Dios, más argumentos, razonamientos y defensas tendrá. Por el contrario, mientras más cercano esté un hombre de Dios, su corazón se quebrantará y sabrá que sin el Señor no es nada. ¡Y consideremos que Job era un hombre justo! No nos encontramos aquí ante un vil pecador, sino ante un hombre bueno. Pero este hombre bueno, enfrentado con el Dios santo, se arrepiente, se humilla y reconoce su vileza. Toda la grandeza del hombre se vuelve nada en la presencia del Señor.

No queremos hoy día hacer un estudio grande y profundo. No nos interesa tanto la letra de esta palabra, sino la experiencia de estar cara a cara con el Señor, de acercarnos hasta darnos cuenta que ese Dios está ahí. «*Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a él crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan*» (He. 11:6).

El mundo vive hoy como si Dios no existiese. Pero la realidad de los creyentes es otra: ¡Nosotros amamos al Señor y le estamos conociendo cada día más! Nuestra mayor gloria es que de verdad hemos entrado en un contacto vivo con el Señor. Si esto no fuese una realidad, cualquier cosa nos derribaría, cualquier tentación nos seduciría, cualquier pecado nos arrastra-

ría. Sin embargo, nuestros ojos se han abierto y podemos conocer de verdad al Señor. ¡Cómo reguló eso la conducta de Job! Qué cambio profundo se produjo en la actitud de su alma. Su soberbia quedó abatida con el solo hecho de tener conciencia de que ese Dios maravilloso lo veía, lo conocía, y que no hay pensamiento que de él se esconda.

Moisés, un hombre transformado

En Éxodo 33:11 y 34:29 se dice que no hubo hombre como Moisés que hablase cara a cara con Dios. Cuarenta días y cuarenta noches estuvo allí con Jehová. No comió pan, no bebió agua, y recibió los diez mandamientos. Estuvo con el Señor mismo. ¡Qué tremenda experiencia la de Moisés! Allí él se encontró con este Dios que no se ve con los ojos físicos. Y Moisés hablaba personalmente con el Señor como quien habla a su compañero.

Qué experiencia más sublime aquélla: un hombre común, como nosotros, hablando con el Dios eterno. Sin embargo, era un solo hombre el que hablaba, y el resto del pueblo tenía que quedarse abajo, lejos, esperando la intercesión de Moisés. Qué triste era para los israelitas esa experiencia de tenerle miedo a Dios. El pueblo vivía lejos de Dios, sin un conocimiento íntimo de él.

Se dice de Moisés: *«Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra»* (Números 12:3). ¿De dónde le vino esa mansedumbre a Moisés, si en otro tiempo era capaz de dar muerte a un egipcio de un solo golpe? Él pensaba que podía libertar al pueblo de Dios, y quiso hacerlo por su propia mano, transformándose en un asesino. Sin embargo, llegó a ser el hombre más manso. ¿Qué lo hizo manso?

Fue el estar con el Señor. El vivir en la presencia de Dios modeló su carácter, transformó su vida y lo hizo apto para ser el líder de un pueblo tan numeroso. ¿Cómo un hombre que mantuviera su propia vida, su carácter, podría haber gobernado sobre un pueblo tan rebelde como Israel? Pero un hombre que iba una y otra vez y hablaba con el Señor y recibía instrucciones y

llevaba su carga y toda su preocupación a él, sabía que el Señor le respondería y lo defendería.

Cuando Coré, Datán y Abiram se levantaron en sedición contra Moisés, éste no habló palabra, no se defendió, no fue como Job buscando la silla de Dios para presentar sus argumentos; simplemente se postró en tierra y buscó el rostro de su Señor. ¡Y Dios salió en su defensa!

¡Qué glorioso es tener comunión con Dios! ¡Qué tremendo es ver cómo este hombre sacaba todas sus fuerzas del Señor! El hecho de acercarse al Señor lo transformaba a él tanto en su carácter como en sus sentimientos más íntimos. Se volvió una persona tan noble, tan dulce, que pudo gobernar y pastorear a ese pueblo; pudo interceder una y otra vez por ellos para que la ira de Dios no se derramara y los consumiera a todos. El tener contacto con el Señor, hacía también de él un hombre misericordioso.

El que tiene comunión con el Señor se va pareciendo a él. Fue tanta la comunión, que no sólo su alma y sus sentimientos fueron afectados. Dice la Escritura que aun su rostro brillaba, pero él no se daba cuenta de eso. Hermanos, ¡qué precioso es acercarse al Dios vivo! ¡Qué cambios tan trascendentales se producen en un hombre que toca a Dios!

Tocar al Dios vivo

¿Qué es lo que nos motiva a nosotros para vivir hoy? ¿Nos estamos guiando por unos cuantos conceptos de moralidad para hacer lo que es bueno y no hacer lo malo?

Hermanos, si nosotros no tocamos al Dios vivo, si no entramos en comunión verdadera con el Dios verdadero, nada ni nadie nos puede sostener. La carne se puede levantar con mucha fuerza. El llanto de una madre no es suficiente. El consejo amoroso de un padre tampoco. Aun así el hijo se descarría, aun así la hija se va. Ni siquiera la enseñanza bíblica te podrá salvar en la hora de la tentación cuando tus pasiones se levantan. Tu carne será entonces más fuerte y herirás a otros sin importarte nada.

Hermano, nada ni nadie te puede salvar, a menos que tú

toques de verdad al Señor. Si no nos encontramos cara a cara con aquél que todo lo conoce; si no entramos en un contacto vivo con el Señor, ¿quién te va a sostener, qué consejo te va a guardar? ¿Vas a echar mano a tu buena educación, a tus buenas costumbres, a tu cultura, para tener un buen vivir?

Hermanos amados, esta carne no la sujeta nadie. Ni tú mismo te puedes vencer a ti mismo. Necesitamos que nuestros ojos se abran como los de Job. Necesitamos subir al monte, como Moisés. Necesitamos estar cara a cara con Dios. La realidad de la comunión y de la visión que tuvo Moisés lo capacitó para vivir esos días terribles.

Una gloria más eminente

Siendo gloriosa la experiencia de Moisés, de recibir las instrucciones de Dios y de tener una impresión directa del Dios todopoderoso, la Escritura nos muestra en el pasaje de 2 Corintios 3:7 al 18 que eso no era todo lo que Dios tenía para el hombre. Porque Dios no sólo tenía leyes para darle al hombre, no sólo tenía a Moisés como testimonio de que era posible la comunión con el Dios vivo. Siendo gloriosa la experiencia del Sinaí, hay todavía reservada una gloria más eminente. En el Nuevo Pacto aparece la gloria más eminente, la gloria que permanece, la cual es Cristo.

«Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará». ¡Yo me he convertido a Cristo, el velo ha sido quitado! ¡Aleluya! «Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos...» ¡Nosotros todos! Antes era un solo hombre, ahora somos todos nosotros. ¡Bendita gloria es ésta! La gloria de Moisés se extinguió en el tiempo, hasta quedar reducida a nada; Israel volvió a ser un pueblo cautivo y hasta el día de hoy está sufriendo. ¡Pero bendita sea la gloria más eminente que ha llegado a todos los que somos de Cristo! «Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria, por la acción del Señor que es el Espí-

ritu» (NVI).

Bendito Espíritu del Dios vivo que nos convenció de pecado, de justicia y de juicio; que trajo la imagen de Cristo para plasmarla en nosotros. Bendito el Espíritu Santo, que trae los misterios de Dios y los revela. Bendita dispensación la de la gracia, bendito día el del Espíritu, porque ya no es un solo hombre, sino todo el Cuerpo, que por la fe subimos a la montaña y a cara descubierta, podemos venir delante del Señor.

Hermano: es posible ver al Señor cara a cara. Está tan cercano, que no necesito ir a Palestina, ni necesito ir al Sinaí. Porque no es en ese monte ni en otro monte donde los verdaderos adoradores adorarán, sino aquí mismo, ahora. ¡Y, a cara descubierta, nosotros le podemos mirar, y la gloria del Señor puede reflejarse en cada uno de nosotros!

Sacudirse del enemigo

Y en 2 Corintios 4:4 dice que *«...el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de Cristo, el cual es la imagen de Dios»*.

Tengo la impresión de que el enemigo ha ganado terreno en algunos corazones, que ha venido a oscurecer el entendimiento, porque ha habido fracasos en algunos de nosotros; como si no fuera real el Dios que tenemos, como si Dios no fuese capaz de transformar un corazón. Vindicamos el nombre del Señor, lo santificamos. ¡El Dios santo tiene hijos santos! ¡El Dios justo y verdadero tiene hijos justos, que viven de verdad en comunión con él, y eso se nota en sus vidas! Si no es así, es porque de alguna manera el dios de este siglo, Satanás el diablo, ha estado oscureciendo el entendimiento para que la gloria de Dios no se refleje en la vida del creyente. ¡Es tiempo que nos sacudamos del enemigo, es tiempo que nos sacudamos del dios de este siglo!

La gloria de Dios regula nuestro carácter

No es simplemente por causa de una enseñanza bíblica. Es más que eso. Las Escrituras nos alumbran y nos enseñan; pero aquí hay una experiencia: ¡el Dios verdadero nos ha alum-

brado! *«Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo»*. Este es el trabajo de Dios. ¡Dios ha resplandecido dentro de mi corazón! ¡Gracias, Señor, porque el conocimiento que tengo no es mera letra, es revelación tuya! Ahora no tenemos argumentos sin entendimiento, ahora tenemos una alabanza con el espíritu y con el entendimiento.

Y es por la contemplación de esta gloria que Dios regula mi caminar. Ante la primera impresión, mi carne se quiere levantar, pero hay una gloria más eminente aquí adentro que me regula. ¡Oh, la tentación de ver pornografía en la televisión, en el cine, en Internet, está latente, está ahí, a un clic! Porque la carne del hombre es carne, ¡hasta en el más santo! Pero la gloria más eminente me dice: «¡No, tú eres mi hijo!».

Oh, hermano amado, que sea esto una bendita realidad, porque Cristo dentro de nosotros es vida y poder. Esa presencia gloriosa de Cristo adentro regula tu caminar. Y antes de dar ese paso, sientes un freno aquí adentro.

Si no te ha pasado eso, significa, hermano, que estás recién en los bordes, estás abajo del monte, estás como Israel, dependiendo de que un Moisés te venga a anunciar lo que es bueno y lo que es malo. Pero la gloria de Moisés se acabó, el tiempo de la ley se acabó y esa gloria pereció. ¡Este es el día de una gloria más eminente, donde todos podemos mirar a Dios cara a cara!

De lo tangible a la fe

Lecturas: Lucas 24:13-35; 2 Cor.5:16

En este relato de Lucas vemos a dos discípulos del Señor Jesús que iban ‘el mismo día’. Ese mismo día era el primer día de la semana, el día en que el Señor Jesús había resucitado de entre los muertos; un día lleno de acontecimientos.

Veremos en esta ocasión un suceso más del cual el Señor es protagonista. Pero no sólo pondremos la mirada en el Señor, sino también en los discípulos que, de alguna manera, nos reflejan a nosotros. Que el Señor nos ayude a ver la palabra y lo que él quiere decirnos.

Un forastero camino a Emaús

El mismo día iban a una aldea llamada Emaús, que estaba aproximadamente a unos once kilómetros de la ciudad de Jerusalén. El Señor Jesús se acerca a dos discípulos que van en el camino. Ellos no lo reconocen. En ese momento, el caminante es para ellos sólo un forastero. Entonces él les pregunta: «¿Qué conversaciones tienen entre ustedes mientras caminan, y por qué están tristes?»

Los discípulos estaban muy tristes, y su tristeza los llevó a abandonar Jerusalén. Atrás habían quedado los otros discípulos, las mujeres que habían visto el sepulcro vacío, y los demás hermanos. Era tal su congoja, que no quisieron permanecer allí. Así ocurre con los hermanos muchas veces, que cuando las cosas no están bien, cuando viene el día de la prueba, se

alejan. Cuando las cosas no son como anhelamos, entonces la fe desciende tanto, el ánimo decae tanto, que nos alejamos de los hermanos.

Con tristeza ellos caminan y conversan, sin darse cuenta de la persona que va con ellos. Ellos tienen una excelente opinión de la persona del Señor: Jesús nazareno, un hombre apartado, un varón profeta que hablaba palabras de Dios, un hombre poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo. Habían tenido grandes expectativas con todo eso, pero luego vino su desazón: fue entregado por los principales sacerdotes y gobernantes a sentencia de muerte y le crucificaron. Con la muerte del Señor murieron también sus esperanzas; murió su fe, murieron sus expectativas. Con la muerte del Señor para ellos se había acabado todo. «*Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel...* Pasó algo que no esperábamos que pasara.

En otros momentos los discípulos estuvieron extasiados con la persona del Señor. Ellos vieron cuando sanaba a los enfermos, cuando enfrentaba a los religiosos, y les hablaba como quien tiene autoridad. Vieron cómo calmó la tormenta. Fueron testigos de la resurrección de Lázaro y de la multiplicación de los peces y de los panes. Vieron los milagros del Señor, las multitudes que venían tras él, fueron testigos de la algarabía del pueblo el día que el Señor entraba en Jerusalén. Tuvieron la impresión de que, entrando en Jerusalén, el Señor iba a ser rey inmediatamente. Pensaban que los romanos iban a caer postrados a los pies del Señor.

Hasta este momento, los discípulos estaban acostumbrados a ver con los ojos visibles. Ellos no concebían que su Salvador pudiese morir, a pesar de que él les había hablado una y otra vez acerca de su muerte y de su resurrección. Cuando lo hacía, dice la Escritura que ellos guardaban la palabra entre sí, discutiendo qué sería aquello de resucitar de los muertos. (Marcos 9:10). La resurrección de los muertos no estaba para nada en sus planes. Ellos estaban en el terreno de lo visible, de lo palpable.

Un relato de incredulidad

Cuando las mujeres les dijeron que el Señor había resucitado, ellos no les creyeron! No podían ver lo que no se ve; sólo tenían ojos para ver lo visible. Y lo visible les hablaba a ellos que el Señor no estaba. Su problema más grande es que ¡no lo vieron resucitado! Ellos querían verlo. Lo habían visto los últimos tres años, día y noche; habían estado con él; habían caminado con él. Estaban en el plano de lo visible, de lo palpable; por lo cual, aunque se dijera que había resucitado, no lo creerían mientras no lo vieran con sus propios ojos. Por eso su desazón era tremenda.

El Maestro les abre las Escrituras

«Entonces él les dijo...» Ahora habla el extraño caminante. Los ojos de los discípulos todavía están velados. «*¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían*». No dice aquí qué Escrituras les declaró, simplemente dice que comenzó desde Moisés. Tal vez les haya mostrado el pasaje de las serpientes ardientes, en que Moisés hizo una serpiente de bronce y la puso sobre un asta elevada, para que aquel que fuese mordido mirara arriba. «Así el Cristo tenía que ser levantado, como la serpiente de bronce, para que el que lo mirara fuera salvo”. “¿Ustedes no lo entienden?” Tal vez les citó a Moisés cuando dijo: «*Profeta os levantará Jehová nuestro Dios de entre vosotros; a él oiréis*». ¡Este es el profeta que había que oír! ¡Cuántos otros pasajes les habrá mostrado, a través de todos los profetas!

Seguramente les señaló en Isaías: «*Un hijo nos es nacido, el principado sobre su hombro*». O Isaías 53: «*Como un cordero fue llevado al matadero, enmudeció, no abrió su boca, pero después que haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días*». ¡Vivirá! «*Después de haber puesto su vida, vivirá*». “¡Eso dijo Isaías, que él pondría su vida, sería llevado al matadero como un cordero, pero eso significaba la

salvación de ustedes!”

«*¡Insensatos, tardos de corazón para creer!*»... Esta es la desgracia del hombre: su corazón es tardo para creer. El hombre quiere ver con los ojos, quiere palpar, se quiere mover siempre en el plano de lo que es tangible, lo que es visible; si no, el corazón que es tardo, no quiere creer.

Los discípulos son atraídos hacia la fe

«*Llegaron a la aldea adonde iban...*» Unos once kilómetros, seguramente unas dos horas de caminata. Durante estas dos horas fueron escuchando las palabras del Señor. «*Llegaron a la aldea... y él hizo como que iba más lejos*». Los probó otra vez. Hizo como que él iba más allá. ¿Qué reacción van a tener? «*Mas ellos le obligaron a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. Entró, pues, a quedarse con ellos*».

Pero, pensemos por un momento. Lo que ellos menos esperaban era ver al Señor Jesús, porque no creían que podía haber resucitado. Sin embargo, a esa altura, después de haber oído las palabras que ese hombre les estaba hablando, le obligaron a quedarse. No le dejaron alternativa: «Te tienes que quedar». Consideremos que todavía no lo ven, todavía no lo reconocen. La fe todavía está fuera de ellos, simplemente están aferrándose de la fe que tiene Otro hombre. Necesitaban asirse de algo, y aquí encontraron un hombre en quien aferrarse. Todavía no tenían la fe encendida dentro, todavía la fe estaba en Otro hombre.

Hermanos, aquí hay una palabra para nosotros. ¿En qué, o en quién, está basada hoy nuestra fe? ¿Será que todavía necesitamos ver muchas cosas? ¿Será que necesitamos aferrarnos de algo visible? ¿Será que necesitamos una multitud de personas, porque eso visible nos alienta? O, por último, ¿necesitamos de un buen líder, y decimos «Este hombre sí tiene revelación, este hombre sí tiene claridad; con él voy a estar»? Pero, ¿no será que tú estás caminando por la revelación que ese hombre tiene, sin que esa revelación haya entrado en tu corazón?

¿Habrà algún cristiano, algún creyente, alguien que reci-

be esta palabra, que está necesitando siempre de cosas externas, cuya fe nunca ha penetrado realmente al interior de su corazón y que todavía se mueve en el terreno de lo visible y lo palpable? Es decir que, si no hay milagros, no va; si no hay respuestas, no va; si no hay prosperidad y las cosas no se dan como él quiere, entonces se va. Y anda errante buscando cosas externas a qué aferrarse. ¡El Señor nos libre de eso!

«*Quédate con nosotros...*» Es como si dijeran: «Si tú te vas, si sigues de largo, vamos a volver a estar tristes. Escucharte nos hace bien, quédate con nosotros. Es hermoso lo que tú dices, pero si te vas, vamos a volver a quedar solos». ¡Lo obligaron a quedarse!

Los ojos son abiertos

«*Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio*». Miremos por un momento la escena. El Señor está sentado a la mesa. Está el pan, está su oración, están los ojos fijos en la persona del Señor que hace eso. Pero ahora cambiemos la mirada. Miremos a los dos discípulos. Parece que los ojos se empiezan a iluminar, algo empieza a cambiar. La tristeza se va, es como que hay un destello. ¡Ay! Lo que viene a continuación sería abalanzarse sobre el Señor, abrazarlo, postrarse a sus pies y adorarlo. «¡Eres tú, Señor, estás vivo!». En ese momento ocurre algo sobrenatural: ¡el Señor se desaparece de su vista! «¡Era él y no nos dimos cuenta que andaba con nosotros!».

Sin embargo, aunque desapareció el Señor, no desapareció el gozo en el corazón de ellos. En ese momento los discípulos cambiaron de plano. Pasaron en su corazón del Antiguo Pacto al Nuevo Pacto. Antes estaban en el terreno de lo visible, de lo palpable; ahora pasaron al terreno de lo invisible, al terreno de la fe, al terreno de lo celestial. ¡Bendita experiencia la de los discípulos!

Este es un hecho de Dios, es un hecho de la persona de nuestro Señor Jesucristo. Él quiso que esto quedara escrito para que todos lo conozcamos hoy, y sepamos que así ha de ser la experiencia de cada uno de nosotros. Tenemos que salir de una

vez por todas del terreno de lo tangible, para entrar en el terreno de la fe verdadera, donde no necesitamos ver con los ojos, sino sólo creer con el corazón.

«*Se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?*». Otra versión dice: «*¡Como ardía nuestro corazón! ¡Cómo nos hablaba en el camino! ¡Cómo nos abría las Escrituras!*». Desde ese momento comienza a arder el corazón de ellos. Qué contraste: cuando empezaron a alejarse de Jerusalén camino a Emaús, ellos iban tristes porque se les había desaparecido el Señor. Pero ahora, en este versículo 31, su corazón está ardiendo. Dejaron de ver y palpar y ahora comenzaron a creer de verdad. Su corazón empezó a arder.

Trasladados al plano de la fe

Amado hermano, ¿en qué plano nos estamos realmente moviendo? Me acuerdo de Habacuc, el profeta que habla de la fe, el que declara en el Antiguo Testamento: «*El justo por su fe vivirá*» (Habacuc 2:4). Al final del libro dice así:

*«Aunque la higuera no florezca,
Ni en las vides haya frutos,
Aunque falte el producto del olivo,
Y los labrados no den mantenimiento,
Y las ovejas sean quitadas de la majada,
Y no haya vacas en los corrales;
Con todo, yo me alegraré en Jehová,
Y me gozaré en el Dios de mi salvación.
Jehová el Señor es mi fortaleza,
El cual hace mis pies como de ciervas,
Y en mis alturas me hace andar»* (Hab. 3:17-19).

Hermanos, pase lo que pase, nosotros seguimos al Señor. Aunque no haya vacas en los corrales, aunque no haya mantenimiento, aunque no haya nada visible de qué tomarse, ¡el Señor sigue siendo real!

¿Qué pasaría, hermanos, si la situación política de nues-

tro país sufriera una drástica transformación? Nosotros creemos que a medida que los años pasen, aunque no haya una transformación política aquí, sí la habrá en el mundo entero (con esto de la globalización, donde se espera el advenimiento del Anticristo). Bien puede llegar el día en que se nos prohíba reunirnos. ¿Se derrumbará con eso tu fe? Si no encuentras un predicador que te anime cada domingo, ¿se enfriará tu corazón? ¿Necesitaremos estar siempre viendo algo, asociándonos con alguien, necesitaremos la fe de otros, una fe prestada, siempre?

Es tiempo que seamos trasladados. Esto ya ocurrió el día que el Señor Jesús resucitó de entre los muertos. Cuando él resucitó, nos sacó del plano de lo visible y palpable, para venir a la fe preciosa del Hijo de Dios. Los discípulos no se lamentaron de que el Señor haya desaparecido. Ellos entendieron perfectamente que, de ahí en adelante, tenían que acostumbrarse a esta nueva realidad: ¡Aunque no lo veamos con los ojos físicos, él camina a nuestro lado! ¡Él entró para quedarse! Ellos le dijeron: «Señor, quédate, que se hace tarde». Y el Señor entró y se quedó con ellos. Yo puedo decir que un día el Señor entró en mi corazón y se quedó conmigo para siempre! ¡Bendito sea su nombre!

Amado hermano, a esto nos trae hoy día el Señor. No importa que no veamos nada. A veces, alguien quiere que el Señor le responda cierto asunto, y como no se lo respondió como él quería, se aleja, se va. Él está buscando una fe acomodada a su propia medida. ¿Queremos acaso nosotros manejar a Dios? ¡No podemos! Hermano, si el Señor te dice ¡No!, acéptalo. Si el Señor no te responde, él sigue siendo Dios. ¡Si las cosas no se dan como el hombre quiere, Dios sigue siendo Dios! Lo más glorioso que nosotros tenemos, amados hermanos, no es la salud y la vida; no es el vehículo ni la casa; no es el sueldo ni la posición social. ¡Lo más glorioso que tenemos es a Cristo revelado en el corazón!

Mientras estamos reunidos aquí, él está aquí. Si él resucitó de entre los muertos, entonces es verdad que donde hay dos o tres reunidos en su nombre, ¡él está ahí! Si él resucitó de entre los muertos, entonces es posible que no nos deje huérfa-

nos, que vuelva a estar con nosotros. ¡Por la fe habita Cristo en nuestros corazones y no nos deja nunca! Él dijo: «... *Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*».

Desde el día de la resurrección hasta hoy al Señor Jesús ya no le conocemos según la carne. Los discípulos le habían conocido hasta ese día en el plano de la carne; pero, desde aquel día, el Señor determinó que ya no se le conocería más así. Necesitamos conocer a Cristo ahora sólo en el espíritu. Aunque no veamos nada. Basta con que lo hayamos visto a él.

Cuando Cristo está revelado

«Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos y a los que estaban con ellos». Primero ellos venían tristes y cansados. Pero en esa misma hora –ya era de noche– el corazón estaba encendido. ¡Qué importa volver inmediatamente de vuelta! ¡Qué importa hacer el camino de noche! Había pedregales, era un camino polvoriento y oscuro. ¡Qué importan las dificultades cuando el corazón está lleno de Cristo! ¡No hay impedimento para volver a la comunión! «¡Vamos, tenemos una noticia tan grande, tenemos un gozo tan grande, lo tenemos que compartir!»

¿Con qué fuerza camina usted, hermano? ¿Viene usted porque alguien lo trae? ¿Vienen los hijos tan sólo porque los traen sus padres? Que nos impulse ese fuego interior encendido por el Señor. Es tiempo ya que caminemos por ese fuego que arde. Ellos fueron y hallaron a los once reunidos, y a los que estaban con ellos. Entonces contaron las cosas que les habían acontecido en el camino y cómo habían reconocido al Señor al partir el pan.

Después vienen otras escenas gloriosas. El Señor vuelve a hacerse visible otra vez y les vuelve a abrir el entendimiento. Pronto el Señor partiría, pero ya los había trasladado de plano. Ahora ya no importaba que el Señor se fuese a los cielos. Hermano, ahora no importa que tú no lo veas con estos ojos, no importa. ¡Porque el Señor igual está!

Después viene la oración de los discípulos, viene el día de Pentecostés, viene la iglesia en Jerusalén, y viene el evange-

lio hasta lo último de la tierra, hasta nuestros días. El Señor no volverá a ser visible, hermanos, hasta el día en que le veamos cara a cara, ya no con estos ojos. No esperes ver tantas cosas, no esperes ver nada. ¡Que te baste Cristo!

Oh, hermano, si usted todavía no ha cambiado de plano, ¡qué difícil debe ser su caminar! Si usted todavía está entre lo visible y lo palpable, ¡qué difícil debe ser para usted congregarse! ¡Qué difícil debe ser para usted vencer una tentación! ¡Qué difícil debe ser para usted mantenerse fiel en medio de un mundo que lo quiere atrapar todos los días! ¿Cómo ha soportado las tentaciones en sus propias fuerzas? ¿Cómo persevera usted reuniéndose tal vez por un miedo externo? ¡El Señor le libre en este día y él haga el milagro en su corazón!

Volvamos de Emaús a Jerusalén. Si te has ido lejos, desalentado y triste, es el día de volver con gozo a la comunión de los hermanos, a abrazarte con los que tienen la misma realidad. Y, ¿cuál es esa realidad?: «*iCristo en nosotros, la esperanza de gloria!*».

Hermano amado, amada hermana, lo que me une contigo, ¡es que está Cristo en nosotros, la esperanza de gloria! ¡Compartimos la vida preciosa y poderosa de Aquel que no se ve! Te puedo abrazar sin esfuerzo, nos amamos, porque hay otra vida adentro. No es una religión externa la que nos congrega, ¡sino que hemos visto al Invisible! ¡Aleluya! ¡Hemos visto al que resucitó de entre los muertos! ¡Él es quien nos guarda!

La obediencia a la fe, la obediencia a la palabra, el cumplir con los mandamientos del Señor, fructificar para Dios, son cosas que no se pueden hacer en el plano de la carne y de la sangre. Para agradar a Aquel que vive por los siglos de los siglos, se necesita tener la vida de él incrustada en lo más profundo de nosotros, ¡y eso es lo que el Señor Jesús ha venido a hacer en nosotros!

El segundo hombre

Lectura: 1 Corintios 15:45-49

Dos hombres

Aquí se mencionan dos personas: Adán y el Señor. Y son dos personas que se oponen entre sí. Lo que se dice de una es lo contrario de lo que se dice de la otra. Y no podía ser de otra forma: Adán está en un extremo, el Señor está en el otro. Pero esta comparación es digna de ser examinada con un poco más de atención, porque nos muestra en parte la gran salvación que Dios nos ha dado. Nos muestra de dónde nos sacó el Señor y adónde nos ha traído; lo que éramos y lo que somos hoy.

Se dice del primer hombre que era un alma viviente, o sea, uno que vivía por su alma. Adán decidió, en un momento determinado, centrar su vida en el yo; al pecar, desarrolló su alma, su mente, sus afectos, su voluntad. Fue el primer hombre, un alma viviente.

Pero luego dice que hay un segundo hombre, y de este segundo hombre –el Señor– se dice que era «*espíritu vivificante*». Mientras que Adán vivió por el alma, este postrer Adán, Jesucristo, vivió para vivificar. No vivió ‘desde’ su alma, no haciendo su voluntad, sino ‘desde’ su espíritu. Por supuesto, el Señor Jesús no era sólo espíritu, era un hombre perfecto y completo. Pero lo que aquí se quiere decir es que él vivió por su espíritu y desde su espíritu, y ese espíritu suyo es un espíritu vivificante.

Se dice también que ese primer hombre, Adán, es de la tierra, es del polvo, pero que este segundo Hombre es celestial.

Jesús vino del cielo. Es diferente a todo lo que hay en la tierra. Se dice en el versículo 48: «*Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales*». Se indica con eso que tanto Adán como el Señor son como modelos, o cabezas de dos respectivas descendencias. Cada uno de ellos es como una matriz, y de cada uno de ellos hay una descendencia que tiene sus mismas características. Cual el terrenal –Adán– tales los terrenales; cual el celestial –el Señor– tales también los que son del Señor.

En toda la raza humana hay sólo dos hombres y dos descendencias. Está Adán y su descendencia; está Cristo y su descendencia. El primer hombre y el segundo Hombre.

La triste historia del primer hombre

Sabemos la historia del primer hombre. Está en Génesis 1, 2 y 3. Adán vivió en Edén, fue dejado allí como administrador de Dios en esa tierra hermosa; pero, al poco tiempo, Adán cayó. Su pecado trajo la maldición y trajo la muerte, y la muerte pasó a todos los hombres.

¿Será necesario hablar de toda la derrota, de toda la desgracia, de toda la frustración que nos vino por Adán, para demostrar las consecuencias de su caída? ¿Será necesario examinar las consecuencias de pertenecer a una raza desgraciada, maldita, destituida, impotente e inútil? No, porque todo eso es evidente.

Miremos cualquier época de la historia humana, miremos el lugar del planeta que queramos, y vamos a encontrar las consecuencias de la caída. Pero no solamente miremos al hombre impío; miremos también las consecuencias que tiene esta caída aun en nosotros, los hijos de Dios. Cuánto hay en nosotros que se resiste a la voluntad de Dios; cuántos fracasos hay en nuestros intentos por agradar a Dios. «*¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*», decía Pablo.

El segundo Hombre

Sin embargo, debemos alabar al Señor, porque hay un segundo hombre. Existe un segundo hombre en el cual no vemos

ninguna de las deplorables características de Adán. Todo lo que en Adán es negro, opaco, triste, en este segundo hombre es luminoso y feliz. Primero, este segundo hombre es un hombre resucitado. Y cuando uno ha resucitado, como él resucitó, la muerte ya no tiene poder sobre él. He ahí su primera característica: es un hombre resucitado. Posee una vida que no tiene mancha, que no tiene fin.

Así que identificamos a Adán como el primer hombre, y al Señor Jesús como el segundo hombre. Todo en Adán es caída, todo en Cristo es triunfo. Todo en Adán es pecado, todo en Cristo es santidad y perfección.

¿Cómo cambiar de familia?

Ahora bien, ¿cómo podríamos nosotros desligarnos de una familia con tan terribles características como la familia de Adán, para nacer a una nueva familia, la familia del Segundo Hombre? Al comparar a estos dos hombres, es evidente que todos nosotros nos inclinamos por el Segundo. ¿Pero, cómo trasladarnos a él?

Pongamos un ejemplo: cada uno de ustedes lleva un apellido y ese apellido significa que pertenecen a una determinada familia. Ahora bien, ¿cómo yo podría dejar de ser Apablaza y venir a ser Sepúlveda, por ejemplo? ¿Cómo podría hacerlo? Humanamente hablando, imposible.

Pero, en realidad, hay una posibilidad, una posibilidad extrema: que yo muriera como Apablaza, y pudiera nacer de nuevo, esta vez como Sepúlveda. Sin embargo eso es un gran problema. Morirme como Apablaza es posible para mí (en el peor de los casos). Pero nacer de nuevo, como Sepúlveda, es absolutamente imposible. Porque ustedes entenderán, si yo decido morirme como Apablaza, yo me muero en pecado, y la paga del pecado es muerte. ¿Y luego, cómo podría resucitarme? ¿En virtud de qué justicia, si el único que podría resucitar es uno que no haya sido alcanzado por el pecado? Así que éste es un problema insoluble.

Así también, el camino para salir de la familia de Adán y entrar en la familia de Cristo es la muerte y la resurrección. Es

la muerte a la familia de Adán, y luego la resurrección a la familia de Cristo. Para mí, esto es imposible. Sin embargo, para Dios, todo es posible, porque *«lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios»* (Lucas 18:27).

El postrer Adán

Estamos hablando de los hechos de Dios. Vengamos a las proezas de Dios, vengamos a las maravillas de Dios. ¡Grandes y maravillosas son las obras de Dios! Yo no podía salirme de una descendencia caída, pero Dios me dio la solución, Dios hizo algo para que esto fuera posible.

En el versículo 45 hay una frase muy interesante: “el postrer Adán”. ¿Quién es el postrer Adán? Se habla de él que es ‘espíritu vivificante’, y la contraposición es tan clara que es innegable que se refiere al Señor Jesús. ¿Y qué significa ‘postrer’? Postrer es ‘último’. ¿O sea que hubo uno que fue declarado ‘el último Adán’? ¿Significa que esa descendencia de pecado tuvo un fin? ¡Esa sí es una buena noticia! Hubo uno de quien se dice que es el ‘postrer Adán’. O sea, que esa raza caída terminó, se cerró el ciclo de la maldición.

Jesús nació de María. En cuanto hombre, él fue también un miembro de la familia de Adán, pero como no nació de padre humano, no heredó el pecado de Adán, porque la caída y la herencia de pecado es por Adán. Así lo hizo Dios para que pudiera nacer un hombre sin pecado, y que fuera, sin embargo, un hombre. Él perteneció a la familia de Adán, pero no cometió pecado. Como el postrer Adán, él es el último descendiente de esta familia maldita. Cristo acabó con Adán.

Decir que Cristo acabó con Adán es una verdad que da lugar a muchas otras gloriosas verdades. Si Cristo terminó con Adán, y yo estaba incluido en esa familia adámica, entonces, cuando Adán fue destruido, yo también fui destruido. En el postrer Adán nosotros morimos a la familia de Adán.

Eso soluciona mi problema, así que ya no necesito morir-me. ¡Cristo murió, y Cristo me incluyó, yo morí en él! Cuando Cristo murió, murió como hombre, para que fuera representativo de los hombres. No murió como ángel, para salvar a los

ángeles; murió como hombre, para salvar a los hombres. ¡Bendito es el Señor Jesús-hombre! (1ª Tim. 2:5).

Muertos con Cristo

Ahora miremos la primera frase de Colosenses 2:20, que dice: «*Habéis muerto con Cristo*». ¿A quién le dice eso Pablo? Evidentemente, a los hermanos de Colosas. Pero no es sólo a ellos, sino también a nosotros. «*¡Habéis muerto con Cristo!*». Respecto de este punto, no estamos pidiendo el parecer de nadie. «¿Está de acuerdo usted?». No; ¡simplemente, estamos declarando los hechos de Dios! Por eso decía antes: ¡Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios todopoderoso! Cuando declaramos los hechos de Dios, entonces nosotros lo único que podemos hacer es inclinarnos y adorarle. “Señor, tus hechos son magníficos”. ¡Hemos muerto con Cristo!

Veamos también el capítulo 3, versículo 3 de Colosenses: «*Porque habéis muerto...*» ¡He aquí por segunda vez esta verdad en la misma epístola! ¿Le queda a alguien alguna duda respecto de este hecho de Dios con respecto a nosotros? Hermanos de Colosas, no queda duda; hermanos de Temuco, no hay duda. Como el postrer Adán, el Señor Jesús nos incluyó.

Veamos Romanos 6. En este capítulo aparecen tres alusiones a este hecho. Romanos 6:3: «*¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?*». Esta es una pregunta con carácter afirmativo. Ahora bien, ¿qué significa «bautizados»? «Bautizado» significa «sumergido». Hermanos, hemos sido sumergidos en Cristo Jesús. Como postrer Adán, Cristo no murió solo, sino que Dios decretó que nosotros fuéramos sumergidos en él.

Versículo 5: «*Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte...*» Dice aquí que fuimos plantados juntamente con él. Antes dijo: ‘sumergidos en Cristo’, ahora dice ‘plantados juntamente con él’. Y, por si fuera poco, en el versículo 6 dice: «*Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él*». Hermanos, unamos las tres cosas: fuimos *sumergidos* en Cristo, fuimos *plantados juntamente* con él y fuimos *crucificados juntamente* con él. Y, ¿de qué

nos hablan estas tres cosas? De su muerte y de nuestra muerte. Hermanos, de verdad hemos muerto.

Así que podemos decir: “Adán, estoy libre de ti, estoy libre de tu hedor. Tú estás descompuesto, Adán, pero yo estoy libre de ti.” ¡Estamos libres de Adán! ¡Fuimos incluidos en el postrer Adán para morir a Adán!

No sólo muertos: también resucitados

Pero volvamos a la obra del segundo Hombre. No dice ‘segundo Adán’, sino ‘segundo hombre’. En realidad, no convenía que hubiera un segundo Adán. Y, a la luz de esta Palabra, a Adán ya lo despedimos. Jesucristo es el segundo Hombre, no el segundo Adán. 2 Corintios 5:17 dice: «*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*». Todo lo perfecto que yo ansiaba y que en Adán no encontré, lo hallé en Cristo. ¿Estamos agradecidos del Señor por esta obra preciosa?

Colosenses 3:1 dice: «*Si, pues, habéis resucitado con Cristo...*» Si nosotros le quitáramos ese condicional «*Si, pues...*», que sirve para iniciar el razonamiento que viene, entonces, tenemos una afirmación: «*Habéis resucitado con Cristo*». He aquí que no sólo hemos muerto: también hemos resucitado con Cristo. De tal manera que no hay sólo muerte inclusiva; también hay una resurrección inclusiva. En Cristo yo puedo morir; pero no sólo eso, en Cristo puedo resucitar. En Cristo como postrer Adán, muero. En Cristo como el segundo Hombre, resucito. Y aquí está solucionado del todo mi gran problema. Lo que yo no podía hacer para cambiarme de familia, Dios lo hizo en Cristo. «*Y todo esto proviene de Dios...*» (2 Corintios 5:18).

¡El haber resucitado es algo que hizo Dios! Esto es imposible para los hombres, pero es posible para Dios. Yo no hice nada, todo fue hecho por Dios, en Cristo. Si yo lo hubiese hecho (en el hipotético caso), podría decir: «Estoy seguro de ello, porque yo lo hice. ¿Cómo no voy a saber lo que yo he hecho?». Pero, desde el punto de vista de Dios, el que yo lo haya hecho no representaría ninguna seguridad, no daría ninguna confianza. Fue mucho mejor, indeciblemente mejor el hecho de que Dios

lo haya hecho –que él me haya cambiado de familia– a que lo haya hecho yo.

El cabeza de familia establece el modelo para todos los descendientes de esa familia. Así que, mira ahora al Señor Jesús: *«Cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial»*. Míralo ahora, sin relación con el pecado; míralo ahora, con esa apariencia que Juan lo vio en Apocalipsis. Míralo a él sentado a la diestra del Padre, míralo a él siendo coronado, míralo a él siendo adorado por toda la corte celestial: los ángeles, los seres vivientes. Míralo a él siendo aclamado por la creación, los planetas y las galaxias. ¡Todo lo alaba, todo lo bendice! ¡Con ese Hombre estamos asociados!

Cristo es el modelo, él es el patrón. Luego, todos los que venimos detrás de él, traemos su imagen. No hay derrota en él; no hay tristeza (excepto la tristeza por nosotros, por nuestra dureza) ¡hay plenitud de gozo en él! Nuestra filiación como miembros de la familia de Dios hoy es por medio del Cristo resucitado.

Bendito sea el Señor Jesús, el postrer Adán, el que en la cruz pagó por nuestros pecados y nos incluyó también en su muerte. Pero hoy nuestra asociación no es sólo con Cristo como el postrer Adán, sino también con el Cristo que es el segundo Hombre. Tenemos su vida, y su vida es victoriosa; tenemos su imagen dentro de nosotros, y esa imagen se va expresando en nosotros hasta llegar a la plenitud. Se va resquebrajando el cascarón de afuera, y se va cayendo en pedazos la imagen opaca y pálida de Adán, para ir aflorando este segundo Hombre que está adentro. Ver esto trae un tremendo descanso; creerlo es una tremenda bendición.

El ejemplo de Abraham

Pero ¿estaremos hablando como locos? Si alguien de afuera nos escucha decir esto, tal vez diga: «¿Qué locuras está hablando este hombre?» En esto hemos de ser como Abraham.

Abraham salió de Ur de los caldeos cuando Dios le dijo: *«Sal de tu tierra, de tu parentela, a la tierra que yo te mostra-*

ré». Él salió, sin saber a dónde iba. Todo en la vida de Abraham fue una locura – una locura de fe. Salió a una tierra que nunca poseyó. Tuvo una descendencia que nunca vio – porque se le dijo: «*De ti saldrán reyes*». Abraham nunca los vio. «*De ti saldrá una gran nación*». Abraham nunca la vio. De modo que si nosotros hacemos el loco hablando estas cosas, Abraham mucho más.

Refiriéndose a Abraham, a Isaac y a Jacob, la Escritura dice: «*Conforme a la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos y creyéndolo y saludándolo y confesando...*» Podemos imaginar la siguiente conversación entre Abraham y Sara. «Viejita, Dios me dijo que íbamos a tener un hijo». Sara lo mira, extrañada: «Abraham, ¿qué te pasa? ¿No has visto la edad que tú tienes, y todavía no te das cuenta de que yo soy estéril?». ¡Abraham estaba loco! Humanamente hablando, era un soñador. Toda su vida lo fue.

«¿Qué andas buscando, Abraham?» — pudiera haberle preguntado un extraño –. «No te estableces en ningún lugar, no compras un pedazo de tierra para ti. ¡Sienta cabeza alguna vez, Abraham!». «Es que, ¿sabes?, una vez Dios me dijo...». «¿Dios te dijo? ¡Tú estás loco!». «Sí, Dios me dijo que saliera de mi casa y que viniera, que me iba a mostrar una tierra, que me iba a dar un hijo...». «¿Cuál tierra? ¿Cuál hijo?».

Me llama la atención esta frase: «*Mirándolo de lejos, y creyéndolo y saludándolo, y confesando...*». Esas son las características de un creyente. Sobre todo, las últimas: creyéndolo, saludándolo y confesando. Así que creamos esta palabra, despidamos a Adán, digámosle adiós para siempre ... ¡Y saludemos a Jesucristo, el segundo Hombre! ¡Démosle la bienvenida, alabemos la proeza de su muerte y su resurrección!

Tal como Abraham, nosotros también creemos, y saludamos y confesamos estas cosas, aunque no las veamos todavía realizarse plenamente. Declaramos que en ese postrer Adán morimos y que en el segundo Hombre resucitamos. ¡Declaramos que hemos muerto a una generación maldita y que hemos resucitado a una generación nueva, a la familia de Dios!

Primero murió como el postrer Adán; luego resucitó como

el segundo Hombre. No podía resucitar sin primero morir. No podía establecer una nueva familia si primero no echaba por tierra la anterior. Todo tuvo su orden, todo fue perfecto. Él lo hizo todo bien.

Implicancias en la vida presente

Todo lo que hemos dicho hasta aquí tiene tremendas y gloriosas consecuencias en nuestra vida presente, porque no estamos asociados a un Adán pecador, sino a un Cristo vencedor del pecado. No pertenecemos más a una familia de muerte, sino a una creación nueva, libre del pecado y de la muerte. Esto es la base de un caminar en victoria. No hay nada de Adán que nos sirva, nada de los esfuerzos del viejo hombre por enmendarse. Lo que nos sirve hoy es enteramente lo que proviene del Cristo resucitado, de su vida poderosa, que nos fue impartida a nosotros por el Espíritu Santo. Tenemos estos recursos disponibles hoy para nosotros.

Yo estoy contento porque el postrer Adán acabó conmigo. ¿También lo estás tú? ¡Estoy contento porque el segundo Hombre me levantó! Y tanto el postrer Adán como el segundo Hombre son una misma persona. No podría haber una obra tan gloriosa fuera de él. ¡Todo lo hizo Dios en Cristo Jesús!

Así que ahora, hermanos, miremos al Señor ¡Él es el que vence! Es el segundo hombre, y nosotros estamos incluidos en él.

Cristo, nuestra victoria

Lecturas: Romanos 5:17; 1 Samuel 15:29

Reinan los que reciben

Leemos en Romanos 5:17 que si por uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo... «*Reinarán en vida*». Reinarán, gobernarán, tendrán dominio en vida, se manifestará la vida del Señor en vida de los que estamos aquí, ahora. Por uno solo, no por causa tuya o por causa mía. ¡Por Jesucristo! ¿Quiénes serán los que podrán reinar? «*Los que reciben...*» ¡Oh, no son los fuertes, no son los santos o justos en sí mismos, sino aquellos que reciben!

«*Los que reciben...*» Pareciera tan fácil y simple recibir, ¡pero cuánto nos cuesta recibir! Y, ¿saben cuál es la dificultad para recibir? La soberbia, el orgullo, la dureza del corazón, la justicia propia, la incredulidad. ¿Por qué una persona encuentra tantos obstáculos para ser salva? Se le declara: «Todos están muertos en delitos y pecados, pero el Señor ha provisto Su salvación, ha provisto a Su Hijo quien murió por ti y, si tú le recibes y crees en él, el Señor te salva y te perdona». La persona responde: «No puede ser tan fácil. Algo tengo que hacer yo. Necesito hacer algo, yo quiero hacer algo». Y entonces declara: «No estoy preparado (a)».

¿Cuál es la razón por la que alguien dice no estar preparado? Se acordó de la pelea que tuvo hace poco, o de cualquier acto reprobable que pensó o ejecutó días atrás. Contempla a Dios en su santidad en las alturas, y, al compararse, concluye que no está preparado. Pero si alguien pudiese estar preparado por

sus fuerzas, entonces, por demás vino Cristo; si alguien pudiese salvarse por obras, no habría sido necesario que Dios enviara a su Hijo a morir por nosotros. La salvación es por gracia, es por fe y es por Cristo, y en ella no le cabe participación al hombre en modo alguno.

Pero ahora se habla de reinar, es decir, vivir conforme a lo que sabemos que Dios quiere. Sabemos que el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Los que conocemos al Señor y somos salvos decimos: «Bueno, con la ayuda del Señor, podemos hacer esto o aquello». Y entramos en un esfuerzo y en un desgaste propio y particular. Oramos mucho, ayunamos mucho, hacemos muchas cosas, porque queremos ser santos, queremos alcanzar el fruto del Espíritu, queremos hacer la voluntad del Señor. Y hay una semana o un mes en que lo conseguimos, y vamos felices a alabar al Señor, porque hemos visto el resultado de todo nuestro esfuerzo desplegado.

Pero ocurre que a la semana o al mes siguiente, «lamentablemente» tenemos un tropiezo, una caída, una dificultad, y se nos viene abajo toda nuestra edificación y esquema. No hallamos qué hacer, ni siquiera tenemos ánimo para congregarnos, porque percibimos – espantados– toda nuestra falencia e incapacidad. Nuevamente lo mismo.

Pero aquí en Romanos dice categóricamente que reinarán, no por sí mismos, sino por uno solo, por otra persona, «*los que reciben*». Es decir que, para reinar, para experimentar la victoria, se necesita ‘recibir’.

El problema se suscita cuando, al disponernos a recibir, caemos en la cuenta de que ‘nosotros’ quedamos fuera. Esto es contrario al humanismo. Porque el humanismo centra las cosas en el hombre: las cosas son por el hombre, mediante el hombre y para el hombre. Pero Dios se propuso, en sí mismo, reunir todas las cosas en Cristo, para que Cristo sea el todo y en todos.

Así que, la vida vencedora –por decirlo de alguna forma– es algo que se logra, es algo que se recibe. ¿Y qué significa recibir? Significa apropiarse de algo sin necesidad de pagar un precio a cambio. La salvación la adquirimos así. Pues bien, la

vida por la cual el Señor quiere que vivamos en el día presente –la cual no hemos podido conseguir con nuestros esfuerzos– quiere que la recibamos así.

Cristo es nuestra Victoria

En Samuel, cuando se habla de la Gloria de Israel, esta expresión ‘*Gloria de Israel*’ también puede traducirse como ‘*Esperanza de Israel*’ o como ‘*Victoria de Israel*’. La victoria de Israel, es decir, la victoria de los hijos de Dios. No es algo que se logra a través de muchas situaciones, experiencias o circunstancias: la gloria o la victoria de Israel es una Persona. La victoria es en realidad una Persona: es Cristo.

En este versículo, “gloria” es también equivalente a “fuerza”. ¿Te hace falta fuerza? A veces tenemos mucha fuerza propia, y el Señor tiene que debilitarnos. Eso es correcto, porque acuérdense que la victoria es una persona, y él se ha de manifestar. Nosotros somos muy fuertes también, y ahí tiene sentido la palabra de la cruz, del quebrantamiento, porque el Señor ya está dentro y es necesario que sea expresado. Y él permite muchas y distintas circunstancias para que nosotros seamos debilitados. Cuando somos debilitados, el Señor se hace fuerte en nosotros, él puede aparecer y manifestarse mayormente.

He aquí, él es la esperanza de Israel, él es la gloria de Israel, la victoria, la robustez, la consistencia, la solidez, la tenacidad, la resistencia, la virilidad, la pujanza, la energía, la virtud, la eficacia, la potencia, el poder, la validez, la fortaleza, la consolidación de Israel. ¡Todo esto es Cristo! No somos nosotros, sino Cristo en nosotros, la esperanza de gloria.

La victoria, entonces, es una Persona. No un asunto a tratar, no una doctrina de la cual hablar, no un método a seguir, sino una Persona, una persona bendita, ¡Jesucristo! La victoria, en consecuencia, no es el producto de nuestra experiencia. Digo ‘nuestra’ entre comillas, porque igual el Señor viene a ser nuestra experiencia, porque él vino a nuestro espíritu y desde allí él se manifiesta cuando damos el consentimiento a ello voluntariamente. La victoria tampoco depende de lo que somos, sino que radica en que Cristo viva en nuestro lugar. Y eso, her-

manos, no es una utopía, es una realidad. Es todo posible, porque el Señor es real, su Espíritu es real, su obra es real, su sangre es real, su muerte es real, su resurrección es real, su exaltación es real. Y el derramamiento de su Espíritu también es real.

Por tanto, hermanos, no estamos sin armas, ni sin defensa, ni sin gloria, ni sin fortaleza. ¡Tenemos a Aquel que es la fortaleza, el poder, la vida y la victoria de Israel, para que se alienten también nuestros corazones, y para que el Señor encuentre un pueblo preparado!

PRINCIPIOS PARA UNA VIDA VICTORIOSA

Una vida intercambiada

Ahora bien, en primer término, el significado de esta vida de la cual venimos hablando, es una vida intercambiada, no una vida modificada. Gálatas 2:20 dice: *«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí»*. No se trata aquí de un ser humano corregido. ¿Qué dice el apóstol? *«Ya no vivo yo»*. Es decir, ya su centro no es el yo, como era la situación de todos nosotros, sino es Cristo. Y lo que vive ahora en la carne, que es lo que nosotros estamos viviendo en este cuerpo de muerte, lo vive en la fe del Hijo de Dios.

Cuando preguntábamos por qué nos costaba recibir, alguien dijo: «Por falta de fe». Pero mira, aquí hay un apóstol que vive por fe. A veces, nosotros pensamos que vivir por fe es estar a tiempo completo sirviendo en la obra, pero vivir por fe es para cada hermano. Vivir por fe es haber sido salvo por fe, es caminar por fe, es vencer por fe. Y para Pablo, *«lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual... ¿Qué dice? «¡Me amó!»*. Quisiera también impregnar esto en nuestros corazones: ¡El Señor nos ama! Pasarás muchas dificultades, ¡pero las dificultades son porque el Señor te ama! Y las tristezas que pasarás en el Señor serán tristezas que van a llevar fruto, ¡porque el Señor te ama y se entregó a sí mismo por

ti!

Él no espera de ti grandes cosas. Sabe que, sin él, tú no eres nada. Pero el Señor te ama, y por eso se entregó, para que ahora tú -que eres nada- puedas manifestar la vida suya. No por tus fuerzas, sino por lo que él puede hacer. No es un 'yo' malo convertido en un 'yo' bueno, sino que nuestra vida ya no está en la esfera del yo. Para eso es la cruz. La cruz como un trato, en aflicciones, en dificultades, en quebrantos.

Nuestro más grave error es pensar que la victoria supone un progreso. Por ello, pensamos que todo irá bien si es que no perdemos la paciencia, si es que nos portamos bien en la semana, siempre que tengamos una comunión íntima con el Señor. No digo que no haya que tener comunión íntima con el Señor, ni que vamos a dejar que nuestra impaciencia se manifieste como quiera; pero no es eso el asunto fundamental. La victoria no tiene nada que ver con nosotros. Nosotros no tenemos ninguna participación en la victoria. Es Cristo. ¡Cristo es la victoria!

Don, no recompensa

Un principio fundamental de esta vida es que constituye un don, no una recompensa. Un don es un regalo. Cuando nosotros creemos que es una recompensa, entonces hacemos muchas cosas para conseguirla. Pero, gracias al Señor, muchos ya nos hemos dado cuenta que si bien en otro tiempo hicimos cosas con buena intención, al final quedamos humillados viendo que -en realidad- por más fuerzas que hicimos, no conseguimos alterar fundamentalmente nada.

Lo que recibimos como fruto de nuestro trabajo es un pago. Pero lo que recibimos gratuitamente, sin realizar ninguna labor, es un don. Leamos: «*¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo*» (1 Co. 15:55-57). "Mas gracias sean dadas a Dios que *inos da!* ... *¿Compramos nosotros la victoria? De ninguna manera ¡El nos da la victoria! ¿Por quién? Por medio de nuestro Señor Jesucristo. Nuestra victoria no se refiere sólo a una si-*

tuación de carácter; la victoria tiene que ver con el pecado, tiene que ver con la muerte y tiene que ver con la ley.

Considera la victoria que el Señor nos otorga. Nos da la victoria sobre la ley. Porque dice: «*Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley*» (Gál. 5:18). El Señor nos da la victoria sobre el pecado, porque derramó su sangre que nos limpia de todo pecado. Y sobre la muerte, ¿qué decir? ¡Jesús venció la muerte, venció al pecado y cumplió la ley! ¡Él fue el cumplimiento de la ley! De tal modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es. Las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas, en Cristo, y sólo en él.

La victoria no consiste sólo en vencer al pecado, sino también la ley y la muerte. Dios nos ha concedido esta victoria a cada uno de nosotros. ¿Podemos apreciarlo? No estamos sin victoria, no estamos al desamparo. Si tratas de vencer por cuenta propia, no podrás lograr un cambio, aun si lo intentares por el resto de tu vida. Tu mal genio no cambiará, tu orgullo aún te acompañará. Por años, seguirás siendo el mismo. ¡Pero Dios te ha preparado una salvación y victoria plena!

Nosotros no podemos, y esto nos desagrada. Por eso es necesario que, a través de muchas circunstancias, el Señor vaya tratando con nosotros, golpe tras golpe, fracaso tras fracaso, caída tras caída, dolor tras dolor, para que nos demos cuenta que no podemos. Nuevamente es por Jesucristo, ¡a él sea la gloria! De tal modo que no te aflijas si estás en diversas situaciones, disciplinas o padecimientos, sino que ten por cierto que, si estas cosas te están ocurriendo, es porque Dios te ama, porque Dios te trata como hijo, porque Dios te tiene considerado para su gloria, para su reino y para su voluntad.

No te desanimes sobremanera, no reclames sobremanera; más bien pide al Señor que puedas humillarte bajo su poderosa mano, para que él te levante cuando fuere tiempo. Y el Señor te levantará dejándose ver a través de ti; lo que tú no has podido hacer, él lo hará, porque Cristo en nosotros es real.

Recibir esta vida es un milagro

Podemos decir que recibir esta vida es un milagro.

Filipenses 2:13 dice: «... porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad». O sea, no somos nosotros. Otra vez quedamos fuera. ¡Qué humillante para la carne! Qué terrible para nuestro yo, que siempre quiere exhibirse. Es Dios, dice, el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Lo que él produzca en nosotros es bueno, porque lo que él produce ¡es Cristo!

Lo que nosotros producimos es muerte, pero él nos dio su vida en Cristo Jesús. ¡Gracias a Dios por esto! La vida santa y perfecta no se produce por medio de nuestros propios esfuerzos, sino que es exclusivamente una obra de Dios. A veces estamos tan fuertes nosotros, mas él quiere que Cristo se manifieste, pero no le damos la pasada. Él está –como en Laodicea– fuera de la puerta, y llama, porque quiere manifestar su querer y su hacer, pero estamos tan endurecidos que no abrimos la puerta de nuestro corazón, ni tenemos fuerzas para hacerlo. Por eso viene su palabra. Al recibirla, la misma palabra del Señor que es viva y eficaz obra en nuestros corazones. Su Espíritu la toma y trabaja allí, para que podamos abrir las puertas de nuestro corazón al Señor. Y él puede entrar y llenarlo todo.

Para muchas personas, nada que no sea un milagro puede librarlas de su iniquidad. Muchos no son sensibles a sus fracasos, no perciben cuán desesperada es su situación vista desde la perspectiva del Señor. Otros se han rendido, han vuelto atrás ante la imposibilidad de poder cambiar su ‘forma de ser’. Forma de ser. Esto lo engloba todo, y cada cual lo podrá aplicar a sí mismo. «Yo soy así, y esto no lo puedo cambiar». Por ello, o a consecuencia de ello, se han desanimado, y no han abierto la puerta ni han recibido el don. No han recibido al Señor que es su victoria.

¿Hay alguien que pueda vencer al pecado en sí mismo? No, absolutamente nadie. Pero Dios hace un milagro. Quitaa el viejo hombre, y lo reemplaza por Cristo Jesús. Hay quienes tienen barreras que consideran insuperables. ¡Pero Dios puede vencer en Cristo! Cuando él hace un milagro, todo llega a ser posible. Y Dios quiere que recibamos ese milagro, para que

todo llegue a ser posible. Dios quiere que recibamos. ¿Quieres recibir? ¡Dios quiere! Es como con la salvación. La pregunta es ésta: Dios quiere, ¿quieres tú?

Vida de expresión, no de represión

Finalmente, el resultado de esta vida es que es una vida de expresión, no de represión. Una vida que se expresa, no que se reprime. El problema humano es que se procura conseguir tal fruto por la represión. Así, toda la amargura permanece encerrada en una vida reprimida. A veces vemos hermanos tan amargados, no se les ve el gozo. ¿Saben lo que creo, hermanos? Que ellos han querido ser fieles al Señor y no han podido. No han visto que su victoria es Cristo. Entonces tienen la amargura de ese fracaso. Son cristianos, pero han fracasado miserablemente, y no han podido ver que esa miseria les encamina hacia la verdadera solución. Se han quedado en su amargura y frustración.

Pero nosotros podemos dar gloria al Señor. Nuestra victoria es una vida de expresión, no una vida de represión. Una vida de expresión se manifiesta en el vivir lo que uno ya ha recibido. Filipenses 2:12 dice: *«Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor»*. Ocupaos. Ocupaos en vuestra salvación. Ocupaos en Cristo. Ocupaos en esta vida que habéis recibido. Llevad a cabo, ejerced esta salvación. Ya la habéis recibido, ejercedla. Ya la tenéis, dejad que se manifieste. Dadle libertad. Antes tratábamos de escondernos todo lo que pudiéramos; pero ahora la victoria de Cristo se puede expresar. Cuanto más nos reprimíamos, mejor creíamos estar. Ahora, cuanto más nos expresamos en el Señor, mucho mejor.

La vida cristiana es diferente

La victoria no tiene nada que ver con nosotros. La vida cristiana es diferente a todas las religiones. La diferencia no radica solamente en la cruz, en sus aspectos externo e interno. Las religiones se centran en tu 'yo': que lo vayas desarrollando.

«En ti están todos los recursos», dicen. Esa es una sutileza bien grande, porque esto habría sido así si Adán hubiese comido del árbol de la vida en Edén: habría tenido a Cristo. Al tener a Cristo, en lo más profundo de su ser habría tenido la virtud necesaria para dar cumplimiento a la voluntad de Dios, porque nosotros fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios. Pero, con la caída, quedamos fuera, muertos en delitos y pecados.

Ahí está la sutileza de la Nueva Era, cuando pone su centro en el corazón del hombre, y dice: «Si tú te lo propones, todo es posible». Y hay algo de real en eso. Alguno dice: «El querer es poder». Y hay algo de verdad en eso, y eso es lo peor del caso, porque a algunas personas tales cosas les resultan, en parte. Pero quiero decir que una naturaleza caída, que está en pecado, nunca podrá hacer las cosas que a Dios agradan y de la forma como a Dios le agradan. Para que esto sea real, es necesario que Cristo en nosotros se manifieste, y que él agrade al Padre. ¡Cristo en nosotros es la esperanza de gloria!

La vida cristiana es diferente a todas las religiones, y no sólo por la cruz, sino por el hecho de que tenemos a un Cristo viviente en nosotros. La victoria es un asunto de quitarse uno de en medio y que haya una expresión de Cristo. ¡Una vida vencedora no es otra cosa que Cristo mismo! Cuando hablamos del quebrantamiento, o de la cruz, o de la disciplina del Señor, tenemos que decir que es una experiencia que no se puede imitar, que es algo que Dios hace. Cuando se habla de que el creyente ha de ser manso y hay una exhortación a la mansedumbre, a las virtudes, al fruto del Espíritu, esto no se puede producir por el esfuerzo humano. Y si alguien lograra avanzar algo en este camino, tarde o temprano –según el grado de presión– fracasaría. Todo es un asunto de presión. Hay quienes aguantan diez, otros veinte, otros treinta, pero, finalmente, aunque haya alguno que aguante noventa y nueve, tampoco le sirve al Señor. El único que aguantó el cien por ciento fue Cristo, y él agradó y venció.

Así es que no menospreciemos al que aguanta diez, si nosotros aguantamos veinte. Líbrenos el Señor de aquello. ¡Es sólo el Señor el que vence! Entonces, según nuestra experiencia,

ningún logro nuestro tiene validez alguna, ya que lo verdadero es lo que el Espíritu Santo genera, esto es, Cristo en nosotros. Sólo él conoce nuestra condición y, por ende, prepara las circunstancias del caso con el fin de quebrantarnos, de tal modo que tengamos la capacidad de hacernos a un lado, y que él se manifieste.

Nuestra responsabilidad

Nuestra responsabilidad consiste en pedir la iluminación de Dios para reconocer y aceptar su obra en nuestra vida. Debemos ser sumisos bajo la poderosa mano de Dios y aceptar que él no se equivoca en nada de lo que nos ocurre. No deberíamos ser semejantes a una mula, sin entendimiento; por el contrario, deberíamos someternos voluntariamente a los tratos del Señor y a la corrección que viene de Dios. Cuando presentamos nuestra vida voluntariamente para que su mano poderosa la moldee, a veces comprendemos que deberíamos haberlo hecho mucho tiempo atrás, y nos lamentamos por el tiempo perdido. Pero no debemos dejar que pase ni un día más sin presentarnos a Dios.

Hagámoslo ahora. “Señor, todo este tiempo he sido ciego, no entendía de dónde me querías rescatar, ni hacia dónde me querías conducir. Ahora entiendo que deseas quebrantarme para que Cristo pueda manifestarse. Por lo tanto, te rindo mi vida completamente.”

La vida abundante

Lectura: Isaías 54:1-17.

Un mensaje a la iglesia

En el capítulo 54 de Isaías, Dios habla a la iglesia. Aunque fue dicha a Israel, el cumplimiento de esta palabra es para la iglesia. Varios pasajes en este capítulo nos permiten pensar que esto es así.

Aquí se hace una comparación de la estéril con la que daba a luz. La que daba a luz era Israel, la que no daba a luz era la iglesia. La iglesia –que fue tomada de entre los gentiles– era la que no tenía marido. Ella no tenía pacto, no tenía promesas. La Palabra dice que los hijos de la que era estéril serán enseñados por Jehová, y eso es propio del Nuevo Pacto; que en los días del Nuevo Pacto nadie diría a su hermano: Conoce al Señor, porque desde el más pequeño hasta el más grande todos le conocerán. Esta palabra es para la iglesia, y ha tenido cumplimiento en nosotros. Quisiera destacar la frase final que dice: «...*Porque esta es la herencia de los siervos de Jehová*» (v.17). Se refiere a todo lo positivo del capítulo 54.

Hay aquí varias parejas de términos que contrastan: la esterilidad y la fructificación; la escasez y la abundancia; la vergüenza y la honra; la soledad y la comunión; la conspiración y la defensa, la ira y la misericordia del Señor. Todos estos contrastes nos hablan de cómo el Señor nos hace pasar de un estado negativo a otro positivo.

La promesa de una vida abundante

Hay en este capítulo unas hermosas palabras que Dios habla a la iglesia como el marido a la esposa amada: «*No seas escasa, alarga tus cuerdas, refuerza tus estacas, porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda, y tu descendencia heredará naciones*». Dios nos saca de la escasez, para ensancharnos; nos trae de una vida mezquina, a una vida abundante.

Y es que la vida que Dios dispuso para nosotros es nada menos que la vida de su Hijo. Es una vida preciosa, una vida poderosa, una vida rica, suficiente por sí misma. No falta nada en ella, lo incluye todo para ser un vencedor, para dar fruto.

¿Por qué no experimento la vida victoriosa?

Usted tal vez se preguntará: si Dios dispuso esta vida para mí, si esta vida tiene todo lo que yo necesito, ¿por qué yo no la experimento?

Hagamos un poco de historia. Al conocer a Cristo, se rompieron prisiones, cayeron gruesas cadenas de nosotros. Nuestra vida cambió, experimentamos una transformación, y pasamos así un buen tiempo, viviendo gozosos. La vida vieja había terminado, andábamos en vida nueva, con Cristo. Caminamos por mucho tiempo teniendo la sensación de que no había pecado que pudiera vencernos. El mundo, el diablo y la carne tentaban; pero la vida del Hijo de Dios en nosotros nos defendía poderosamente.

Mas un día volvieron a aparecer antiguos pecados que pensábamos estaban vencidos. En ese momento, empezamos a luchar contra ellos en nuestras fuerzas, y nuestra visión se nubló. Y cedimos a la tentación, o hubo más de algún pecado, o reapareció aquel viejo carácter heredado de los antepasados que había sido aplastado por la vida poderosa de Cristo. Entonces vino el sufrimiento y las lágrimas. En nuestras propias fuerzas, empezamos a orar más, pensando que así tendríamos victoria. O ayunamos. O nos recriminamos diciendo: «¡Qué malo estuvo lo que hice, la próxima vez no lo voy a hacer. Esta vez respondí de mala manera, pero la próxima vez me voy a domi-

nar!». Y no nos damos cuenta que estamos tratando de vivir nosotros la vida que sólo Cristo puede vivir.

Somos confrontados por la palabra del Sermón de la Montaña, y de las tres peticiones que el Señor nos hace –que volvamos la mejilla, que andemos la segunda milla y que demos también la capa– no somos capaces de cumplir ninguna. Y si alguien nos ofende, o respondemos de la misma manera, o bien tenemos capacidad de controlarnos; pero aun en los que se controlan, su reacción es nada más que humana –la buena actitud de una persona bien criada, pero todavía humana.

Lo que el Señor nos enseña en esas tres demandas es algo más profundo que una mera norma de conducta. Él quiere que efectuemos un acto trascendental, un acto humanamente imposible de hacer: volver la mejilla, callar, dejar que nos den la otra bofetada, no defendernos, caminar la segunda milla, entregar la capa además de la túnica. Eso sólo puede hacerlo la vida de Cristo en nosotros.

Sin embargo, intentamos vivir nosotros. Nos cuesta convencernos que en nuestra carne no mora el bien, que no tenemos remedio; nos cuesta convencernos que hemos de aborrecer nuestro carácter. Nos cuesta darnos cuenta que cada fracaso que experimentamos, cada tentación a la que cedemos, cada falla de carácter que tenemos, son golpes que Dios nos envía para matar nuestro ego.

Dios sacó a Job de su centro

Un día, Job compareció delante de Dios, después que Satanás lo hirió. Había sido despojado de sus bienes, sus hijos habían muerto, le vino una sarna maligna, sufría tremendamente. Sus amigos vinieron a decirle que estaba pasando esa experiencia a causa de algún pecado. Y cuando argumenta con sus amigos –en el capítulo 29–, él usa el ‘mí’, el ‘me’ y el ‘yo’ más de treinta veces.

Job presenta una defensa de sí mismo. Podemos ver que su vida estaba centrada en su ego, y entender por qué le pasó todo aquello. De la misma manera, tendríamos que entender que todo lo que nos ha ocurrido a nosotros ha sido precisamen-

te por lo mismo, pues la vida del hombre gira en torno al eje de su 'yo'. Pero la vida de Dios gira sobre un eje que se llama Cristo.

Y no es casualidad que, cuando Job termina su discurso, Dios aparece en un torbellino, que es un viento huracanado que gira sobre su centro. Job está girando en otro centro y Dios lo atraerá desde su torbellino para sacarlo de su eje y traerlo al centro de su voluntad. Desde allí, Dios muestra sus magníficas obras a Job. «¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?». Job no estaba allí. «Pero has de saber, Job, que todo esto lo hice en Cristo, por Cristo y para Cristo, que la creación no fue hecha por causa tuya. Entonces tú no puedes girar sobre tu 'yo', tienes que venir al centro de mi voluntad».

Cuando Dios habla desde un torbellino, hermanos, es como si Dios hablara como un viento abrasivo para purificar, para quebrantar. Cuando estamos viviendo en nuestras fuerzas, es bueno que Dios nos hable desde un torbellino para sacarnos de nuestro centro.

Mi gracia es suficiente

Nosotros no podemos imitar a Cristo. Esta vida abundante que Dios nos ha dado no es una vida que nosotros tenemos que vivir: es una vida que Cristo vive en nosotros. No nos ha llamado para que hagamos obras para él; más bien, él quiere que nosotros le dejemos hacer sus obras a través de nosotros.

Si fracasamos, es porque cuando las tentaciones vienen, cuando los pecados asoman, cuando las pasiones aparecen de nuevo, queremos levantarnos nosotros a vivir la vida que sólo Cristo puede vivir. Hemos dejado de mirar a Cristo, para mirarnos a nosotros mismos, y así, hemos vuelto a fracasar.

Pablo decía que cuando él estaba enfermo, había rogado muchas veces a Dios para que le quitara un aguijón que tenía en su carne. Dice: «Tres veces he rogado, pero Dios me ha respondido: "*Bástate mi gracia*". Hay una versión que traduce: «*Mi gracia es suficiente*». El solo hecho que diga «*Mi gracia es*», es una expresión que tiene relación con el verbo 'ser', con el 'Yo soy', con lo que Dios es en nosotros. El 'Yo soy' es Cristo.

Cristo es el que es, y que era, y que ha de venir. ¡Cristo en nosotros es suficiente!

Hermano, Cristo es suficiente para tu debilidad, para tu enfermedad, para tus tentaciones, suficiente para esa pasión que se te ha enquistado y que no quiere salir. Cristo es suficiente para ese pensamiento obstinado. ¡Cristo es suficiente!

«*Mi gracia es suficiente*», dice el Señor. Cuando estamos orando para vencer un pecado, o estamos ayunando para vencer una tentación, o estamos consagrándonos y diciendo: «Señor, la próxima vez no lo voy a hacer así, ¡ayúdame!», estamos obrando mal; porque si estamos diciendo «¡Ayúdame!», es que todavía pensamos que podemos nosotros hacer algo, y que Dios hace el resto; pero eso no es así. Es Cristo el que lo hace todo, es él quien vive su vida en nosotros.

La vida que Dios dispuso para nosotros es una vida abundante, rica, poderosa. No depende de ninguna circunstancia, no depende de si hay o no trabajo. Podríamos estar viviendo en medio de la crisis en Argentina. Allá también está el Señor. Pudiéramos estar viviendo en Colombia, en medio de las guerrillas, donde muchos ministros del evangelio han muerto. O pudiéramos estar viviendo en Cuba, donde no hay libertad para predicar a Cristo. La vida abundante de Cristo no depende de las circunstancias, no depende de si hay dinero o no hay dinero, si hay salud o no hay salud. ¡La vida de Cristo en nosotros es poderosa!

La herencia del Señor para sus siervos

«Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunco, y sobre zafiros te fundaré. Tus ventanas pondré de piedras preciosas, tus puertas de piedras de carbunco, y toda tu muralla de piedras preciosas. Y todos tus hijos serán enseñados por Jehová; y se multiplicará la paz de tus hijos. Con justicia serás adornada; estarás lejos de opresión, porque no temerás, y de temor, porque no se acercará a ti. Si alguno conspirare contra ti, lo hará sin mí; el que contra ti conspirare, delante de ti caerá».

Esta es la herencia del Señor para sus siervos. Ya la igle-

sia no será más «pobrecita». No estará más fatigada, nunca más estará sin consuelo. El Señor está por nosotros, nos ha enviado al Santo Consolador, y nos ha rodeado de piedras preciosas. ¿Puedes mirar a tu lado? El hermano o la hermana que está a tu lado es una piedra preciosa en la casa del Señor. No estás sola, hermana; no estás solo, hermano. ¡Estás rodeado de piedras preciosas! El Señor te ha puesto en un lugar inmejorable, él te ha puesto en su casa. ¡Oh, gracias, Señor, por mis hermanos; gracias, Señor, por la iglesia, por estas piedras vivas! No estás solo. Ya nunca más te dirán ‘pobrecita’, nunca más estarás desolada. ¡Nunca más! Y si alguno se atreviera a conspirar contra nosotros, no tengamos cuidado, porque Dios nunca se mezclará con alguien que quiera hacer daño a los suyos.

Hermano, ¿puedes ver que ésta es la vida resurrecta de Jesucristo para nosotros? ¿Puedes creer que esta vida es tuya, que Dios la dispuso para ti?

Cuando andamos en la carne

Quien no tiene ojos para ver esta vida, tiene la sensación que Cristo está muerto, que no le oye. Es como María Magdalena cuando fue a la tumba. Llevaba perfumes, iba a ungir el cuerpo de su Señor. Y de repente alguien le habla, le dice: «¡María!». Ella confundió esa voz con la voz del hortelano, del jardinero. ¡No se dio cuenta que era su maestro el que le hablaba!

Es así, cuando nosotros andamos en nuestra fuerza natural, es como si el Señor no estuviera. Toda nuestra disposición es de tristeza, y sólo podríamos compadecernos del Señor para ir a ungir su cuerpo. Pero, cuando él le habló otra vez, ella reconoció que era la voz de su Señor. Entonces fue corriendo, gozosa, a dar la noticia a los discípulos. La vida de María cambió en ese instante: ya no era la mujer sin visión. Ahora que había visto al Señor resucitado, su vida había sido transformada completamente.

Sucedió algo semejante con los discípulos de Emaús. Iban cabizbajos, tristes, hacia su aldea. Tal vez nunca alguien ha caminado doce kilómetros tan largos y tan amargos como los que anduvieron ellos esa tarde. Aunque el Señor iba a su lado, no lo

percibían; aunque el Señor les iba abriendo las Escrituras y les explicaba la palabra, no tenían oídos para oír.

Cuando andamos en la carne, cuando andamos en la fuerza natural, podemos oír la palabra y no percibir al Señor. No distinguimos su voz. Puede él parecernos como un forastero cualquiera. Sólo cuando él partió el pan, les fue abierto el entendimiento y lo reconocieron. ¿Y qué pasó en seguida? Dejaron todo allí, y volvieron la misma noche a Jerusalén para llevar la noticia a los discípulos. ¡Se habían encontrado con su Señor, él estaba vivo!

Hermanos, nosotros no vamos a cambiar nunca. Nuestra vida humana, el carácter que heredamos, no tiene remedio. Todo lo que el Señor espera es que nos convenzamos que por nosotros mismos jamás podemos cambiar. Pero cuando aparece Cristo resucitado, cuando se manifiesta su vida poderosa, es él quien hace cambiar todas las cosas. ¡Todo es nuevo y diferente cuando él está!

Cuando Pedro caminó sobre las aguas, mientras miró a su Señor, se mantuvo a flote; cuando miró el agua, se hundió. Así nos pasa a nosotros. Cuando nos miramos a nosotros mismos y miramos las circunstancias, cuando miramos que viene la cuenta del agua, de la luz, del gas, y el sueldo no alcanza, cuando vemos que se enferma un hijo, nos desestabilizamos. Cuando viene el pecado, cuando viene la tentación, cuando viene el mal pensamiento, cuando viene aquella obstinación que quiere arrastrarnos hacia el camino de las tinieblas, entonces es como si el Señor no estuviera.

Pero si miramos al Señor, y vemos que esa vida que Dios dispuso para nosotros está aquí, está en nuestro corazón, y que no nos abandona nunca, entonces viene la victoria.

La apostasía que viene

En 2ª Tesalonicenses 2:3 leemos: “*Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá (el Señor) sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición.*” Aquí el apóstol está hablando acerca de la venida de nuestro Señor Jesucristo. En la época en que Pablo escribió esta epístola, parecía muy inminente la venida del Señor, y muchos estaban vendiendo sus posesiones y dejando sus trabajos.

Pablo se había referido a ello en la primera epístola a esta misma iglesia, pero al ver las medidas extremas que los hermanos estaban tomando, les hace aquí una advertencia. ¿Qué vendrá antes de que el Señor regrese? La apostasía. Y luego también, más o menos en el mismo tiempo, y como una culminación de la apostasía, se va a manifestar «*el hombre de pecado, el hijo de perdición*». Más abajo, en el versículo 8 y 9 dice: «*aquel inicuo*» ¿Quién es ése? Es el anticristo.

Por tanto, no nos extrañemos de estar comenzando a ver hoy la apostasía, porque ella es la antesala del regreso de nuestro Señor Jesucristo.

En este ambiente que tenemos aquí, en esta reunión preciosa, parece muy fuera de lugar hablar de la apostasía, porque nosotros de verdad hemos sido bendecidos; hemos sido traídos a la casa de Dios. A nosotros nos pueden sonar muy raras estas palabras. La apostasía... ¿de qué apostasía me habla, si estamos mirando al Señor, si la gloria del Señor ha descendido? Parece un tema extraño en este ambiente. Sin embargo, no lo es, si miramos el mundo cristiano de hoy en día.

La cristiandad está comenzando a vivir los días de la apostasía.

Tiempos peligrosos

En 2ª a Timoteo, capítulo 3, se nos muestra en qué consiste esta apostasía de los postreros días: «*También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos*». La palabra ‘peligrosos’ se puede traducir también como ‘trabajados’.

Tiempos trabajados. Es decir, tiempos donde hay que esforzarse. Tiempos cansadores. Los postreros tiempos para los cristianos serán tiempos de agotamiento, en que parece que hay un gran peso sobre el corazón que impide caminar con agilidad, con prestancia. Tiempos trabajados, porque cuesta mantener la fe, porque el gozo de la salvación pareciera que rápidamente se pierde, porque cuesta caminar en santidad, porque el ambiente está corrompido, porque el pecado ha sobreabundado.

Los cristianos de los postreros días deben saber esto: por causa de la apostasía, el amor de muchos se enfriará y será difícil caminar. Son tiempos peligrosos, agobiantes.

Intelectualmente desarrollados

En el versículo 2 se comienza a explicar por qué serán tiempos trabajados o peligrosos: «*Porque habrá hombres amadores de sí mismos*». Ellos son idólatras, y el principal fetiche en su idolatría son ellos mismos. Ellos tienen un altar en su corazón donde se inclinan ante su propia figura.

Luego dice: «*avaros*». En otra versión dice así la frase completa: «*Amadores de sí mismos y del dinero*». En vez de ‘avaros’ dice ‘y del dinero’. ¿Conoce a alguno de éstos usted? Puede que tengan mucho, pero no se conforman con lo que tienen. Pese a su mucho dinero, no tienen paz, no hallan descanso. El dinero es para ellos un ídolo.

También dice que son *vanagloriosos*. Vanagloriosos, que buscan el aplauso, que buscan aparecer ante los demás. No aceptan sufrir, les gusta el placer, aman gozar de los deleites del pecado.

«*Hombres soberbios*», dice luego. Éstos no se inclinan ante nadie. Los soberbios son altivos, orgullosos; son duros. Su corazón es más duro que la piedra, es como el pedernal. Tocarlos a ellos es como tocar un vidrio. Se mantienen siempre muy erguidos aunque la vida los golpee. Pueden estar derrotados, pero siguen siendo soberbios. Pueden estar al borde de la muerte, pero siguen muy erguidos. Esos son los hombres de los postres días, tanto los vanagloriosos como los soberbios.

Luego dice más abajo: «*implacables ... crueles, aborrecedores de lo bueno*». Si nosotros tuviéramos que resumir en qué se parecen todos estos hombres aquí descritos, podríamos decir que son personas fuertes intelectualmente, autosuficientes, exitosas, personas que tienen una mente muy hábil. Ellos conocen las ciencias, han alcanzado altas etapas en los estudios. Ellos consideran que la fe es vana, creen que el hombre se basta a sí mismo, y que, aun si Dios existiera, no necesitarían de él.

Ellos han llenado los colegios y las universidades. Nuestros jóvenes están siendo víctimas de su incredulidad, de su altivez, de su vanidad, de su ateísmo, de su humanismo. Nuestros jóvenes y niños están recibiendo la semilla de muerte en sus mentes. Están siendo conducidos por sus filosofías extrañas y huecas sutilezas: la Nueva Era, el humanismo, las filosofías orientales.

¡Oh, es una pesada carga soportarlos a ellos con su pedertería! Son impíos. Se burlan de los que creen, de los que esperan en Dios. Ellos son los burladores que dicen: «Desde el principio de la Creación las cosas han sido igual. ¿Dónde está la promesa de su advenimiento?» –refiriéndose a Cristo. Ellos se ríen, se burlan. Tienen teorías para explicar todas las cosas; con su vana palabrería envuelven a los incautos para hacer creer que sus teorías son válidas, que sus demostraciones están comprobadas, que sus asertos son correctos. ¡Oh, la vanamente llamada ciencia, que ha vuelto engreídos a los hombres, como si sus principios fueran irrefutables! Son los adoradores de la ciencia.

Son los intelectualmente desarrollados. También están

éstos en los ambientes cristianos. Son los teólogos, los doctores de la ley, que se llenan la mente con teorías, tratando de explicar lo inexplicable. Son los que tratan con una mente finita de entender a un Dios infinito. Y están diseminados por toda la cristiandad. Escriben gruesos libros, y tienen cátedra en los principales lugares de instrucción religiosa.

Tal vez a todo este grupo lo podemos resumir bajo esta característica: tienen un alma desarrollada, una mente fuerte. Ellos no creen a la Palabra, no le creen al Señor. Conocen muchas cosas acerca de Dios, pero no conocen a Dios. Conocen muchas cosas acerca de Jesús; sin embargo, se dan el vano lujo de dudar de su deidad, de su resurrección, de su nacimiento virginal, de sus milagros. Ellos ostentan la vanidad de poner en duda las sanas palabras de Dios reveladas en las Escrituras.

Tenemos que denunciarlo: la apostasía ya está llegando. Estamos viéndonos rodeados de ella.

Una invasión de sensualidad

Pero también otra gran característica de la apostasía que se está manifestando consiste en una expresión de sensualidad, de lascivia, de concupiscencia. Esta es otra caterva de falsos maestros que introducen herejías destructoras. En 2 Pedro 2:2 dice: «*Y muchos seguirán sus disoluciones*». Es decir, sus prácticas lascivas. En el verso 3 dice «*Y por avaricia –de nuevo la avaricia– harán mercadería de vosotros*». ¿Conoce usted a alguno de éstos? Si no los conoce, los conocerá muy luego. Hombres que, por avaricia, harán mercadería de los cristianos. Muchos han descubierto que los cristianos son un poder adquisitivo considerable. Los cristianos pueden comprar muchos libros, pueden comprar mucha música, los cristianos necesitan viajar. Entonces, hay librerías que hacen negocio con los cristianos, hay músicos que hacen negocio con los cristianos, hay empresas ‘cristianas’ que hacen negocio de los cristianos.

Mercadería, tráfico, comercio. «*Sobre los tales*» –dice la palabra inspirada– “*ya de largo tiempo la condenación no se tarda y su perdición no se duerme*». Hermanos: ¿saben ustedes cuánto dinero se puede recoger en un estadio lleno de cristia-

nos pagando su entrada? ... ¡Oh, pero no quiero decir más de eso! ... ¡No quiero decir más de eso! ¿Cuánto dinero puede ganar un escritor si escribe un libro que se vende por millones? ... *«Harán mercadería de vosotros»*. ¿Sabía usted que hay libros que se escriben no porque Dios haya dicho una palabra para su pueblo, sino porque la industria editorial lo necesita? Entonces los escritores cristianos forman grupos de trabajo y escriben el libro en el más breve plazo.

«Por avaricia harán mercadería de vosotros». Sin embargo, sobre ellos *«la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme»*.

Dios no perdonó

Luego dice que Dios no perdonó a los ángeles que pecaron. Los ángeles estaban muy cerca de Dios, rodeaban su trono, eran perfectos y hermosos, alababan a Dios con melodías preciosas. Pero cuando los ángeles pecaron, dice en el verso 4, ¿qué hizo Dios con ellos?: *«...arrojándolos al infierno, los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio»*. Los ángeles que pecaron fueron condenados a prisiones de oscuridad.

En los días de Noé, ¿qué pasó? Verso 5: *«Dios no perdonó»*. Dios no perdonó al mundo antiguo en los días de Noé. Por eso trajo el diluvio sobre el mundo de los impíos. No perdonó al mundo antiguo, no perdonó a los ángeles. ¿A quiénes tampoco perdonó? En el verso 6: *«No perdonó a Sodoma y Gomorra, reduciéndolas a ceniza y poniéndolas de ejemplo a los que habían de vivir impiamente»*.

Podemos hacernos la siguiente pregunta: El Dios que no perdonó a los ángeles, ni tampoco al mundo antiguo, ni perdonó a Sodoma y Gomorra, ¿perdonará al mundo actual, a la cristiandad apóstata? ¿La perdonará? El verso 9 dice: *«Sabe el Señor librar de tentación a los piadosos y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio»*. Estas dos cosas Dios las sabe hacer muy bien. Lo ha hecho en el pasado, lo hará en el futuro, y lo hace en el presente también.

¿En cuál lado estamos nosotros? ¿En el de los piadosos o en el de los injustos? Si estás en el de los piadosos, entonces el

Señor sabrá librarte de la tentación. Sabemos lo que es cuando el Señor libra de una tentación. Tu pie ya resbalaba, y el Señor te cogió. Tu boca ya se apresuraba para caer, para proferir maldición y mentira, y el Señor te la cerró. Tu corazón amenazaba con extraviarse en pos de los ídolos, y el Señor te retuvo. Tu pie ya se iba por la senda del mal y sentiste que alguien te tiraba la rienda. ¡Ese es nuestro Dios, que sabe librar de tentación a los piadosos!

Pero él reserva ... Mire, la palabra 'reserva', ¿qué significa? Es como que él los aparta. Les dice: «Quédense aquí un rato. Aquí esperen. Todavía no, pero esperen». *«Los reserva para ser castigados en el día del juicio».*

Esta clase de gente que se está introduciendo en la cristiandad, son gente de conducta nefanda. *«Abrumado por la nefanda conducta de los malvados».* Esa palabra 'nefanda'... Es la conducta depravada de los malvados allí en Sodoma y Gomorra.

Nosotros no tenemos que escandalizarnos de estas cosas, porque Sodoma y Gomorra están a nuestro alrededor hoy día.

Algunos ejemplos

Hace poco en Estados Unidos, la Corte Suprema de Justicia, decidió anular dos normas que ponían restricciones a la pornografía infantil en Internet. La Corte Suprema de Estados Unidos está posibilitando de esta manera que la gente pervertida explote sexualmente a los niños y las imágenes de esas perversiones aparezcan en Internet. ¡Por seis votos contra tres! ¡Hay seis hombres allí que pagarán por su pecado! *«De largo tiempo su condenación no se tarda y su perdición no se duerme».*

Recientemente tres jueces echaron por tierra la posibilidad de bloquear en las Bibliotecas Públicas el acceso a la pornografía en Internet. Es decir, cualquier niño norteamericano podrá, desde la Biblioteca de su pueblo, acceder a Internet y ver allí lo que quiera. Ha aparecido también un libro escrito por Judith Levin, en que ella defiende los «derechos sexuales» de los niños. Se inspira en la legislación de Holanda, donde el año 90, el Parlamento legalizó el sexo entre adultos y niños desde los doce años de edad, «siempre y cuando haya un consenti-

miento mutuo». ¿Qué creen ustedes que está pasando a partir de esta legislación? ¿Qué creen ustedes que ocurrirá con estos libros que se están publicando?

La relajación de muchos cristianos

Nos llegó una noticia sobre un evangelista norteamericano. Se divorció por segunda vez. Él dijo que la anulación de su matrimonio surgió «como consecuencia de los acontecimientos que ocurrieron antes del matrimonio y de una situación más allá de su control, y que no había cuestiones morales implicadas en el asunto». Y agregó que, a pesar de los problemas personales, su ministerio era muy exitoso, que en enero había «disfrutado» una cruzada, la más grande en la historia de su ministerio, una campaña de cinco días donde asistieron unas 30.000 personas y donde unas 15.000 personas aceptaron al Señor. (Sin comentarios).

A Anne Graham, una predicadora, hija de Billy Graham, se le ocurrió predicar contra el pecado en una congregación norteamericana, y específicamente denunció la homosexualidad como un pecado. Dijo que los ataques del 11 de septiembre eran un mensaje de Dios para Estados Unidos y que había que arrepentirse. Cuando estaba hablando esto, del coro que estaba detrás, se pararon ocho de los veinte integrantes, y salieron del lugar en un gesto de protesta por lo que ella estaba diciendo. Al día siguiente, Anne Graham recibió críticas en el diario local.

¡La apostasía ya viene!

«Tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar», -dice el verso 14 del capítulo 2- «seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón habituado a la codicia, y son hijos de maldición. Han dejado el camino recto, y se han extrañado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad».

El camino de Balaam ... Y Judas agrega: *“El camino de Caín... el error de Balaam... la contradicción de Coré.”*

El evangelicalismo posmoderno: Una denuncia

El Señor Jesús no vendrá sin que antes se manifieste la

apostasía, y el hombre de pecado, el inicuo. No hay oraciones que puedan detener la maldad, porque el pueblo de Dios se ha olvidado de orar, de interceder, de clamar, de gemir. El pueblo de Dios está ‘de fiesta’. No tiene tiempo para la Palabra, ni para la oración, ni para el ayuno. No tiene tiempo para sentirse abrumado “*por la nefanda conducta de los malvados*”, como Lot.

Tengo aquí un documento. Voy a leer algunas partes. Ha sido publicado por la agencia de Noticias ICPress, de España. Es parte de una ponencia que hizo César Henríquez, en una convención en Venezuela hace un tiempo. Este hermano hace una denuncia: «Las iglesias cristianas están cayendo en las redes de la ‘posmodernidad’.

“La posmodernidad, esta cultura humanista, esta influencia mundana se está metiendo -dice él- en las iglesias evangélicas”. Henríquez es evangélico, y él dice esto de las iglesias evangélicas. Echa de menos los primeros tiempos cuando los cristianos «se reunían como iglesia para celebrar y vivir la fe de Jesucristo», en torno a Jesucristo. La reunión de la iglesia -dice él- en los primeros tiempos, en torno a Jesucristo, «orientaba su razón de ser, y era a la vez como un termómetro que permitía medir la fe de la iglesia». Pero ¿qué pasa ahora -dice- en la posmodernidad? En estos últimos diez años -dice- se han introducido cambios rápidos «en las rígidas liturgias anteriores», y se ha instalado un modelo de culto, que «ha uniformado a las iglesias de las diversas tradiciones». Antes era posible distinguir lo que era una iglesia tradicional de una iglesia de corte pentecostal, donde había mucha algarabía. Ahora -dice- se está globalizando todas las iglesias evangélicas en esto, en sus cultos. Desde los días de la llamada ‘renovación de la alabanza’, el culto «ha adquirido características de espectáculo y entretenimiento» ... «La sociedad posmoderna ha dejado atrás la cultura de la palabra y ha abrazado la cultura de la imagen» ... «Las megaiglesias posmodernas prefieren utilizar salas de cinematógrafos, donde tienen facilidades técnicas que requiere el espectáculo, utilizan músicos profesionales, juegos de luces, butacas cómodas» ... «El sermón ha dejado de ser el centro del culto, sustituido por la música y el canto».

Esa es una característica de la iglesia posmoderna: ha sustituido la palabra de Dios por la música y el canto.

«Otra característica -dice él- es la catarsis emocional» ... «Absolutiza los sentimientos. Las grandes concentraciones no son motivadas por ideas o proyectos, sino por la búsqueda de sensaciones colectivas. La alabanza, que ahora ocupa el 70% del tiempo del culto, se convierte en espacio de psicoterapia espiritual» ... «La espiritualidad se confunde con la emoción y la evasión de la realidad» ... «La Biblia se subordina a la experiencia. Esta producción y búsqueda de sensaciones y emociones puede ayudar a sentirse bien en el momento, pero no tiene ningún tipo de trascendencia en la vida» -agrega.

«Y una tercera característica -dice este hermano- se expresa con la palabra inglesa de moda: 'light', que significa ligero, frívolo, liviano. La cultura 'light' de la posmodernidad expone los contenidos fundamentales de las cosas, dejándolas en una vaciedad, repleta de incoherencias y provoca una vida sin compromisos ni complicaciones».

Cristianos que no se comprometen, ni se complican la vida. Ellos asisten a un show, a un espectáculo con mucha música, luces, colores, y una buena animación desde el frente, con una persona carismática que haga conmovir las multitudes.

Sigo leyendo: «En esta cultura, el culto se vacía de sus contenidos fundamentales, para que pueda ser aceptado fácilmente. El evangelio se presenta como un producto que debe ser ofrecido en un formato que no espante a la clientela. Debe ser atractivo y llamativo, y vaciarse de todo aquello que significa compromiso, sacrificio, esfuerzo y entrega.»

Primero, reemplaza la Palabra por la música y el canto. Luego, la vida cristiana se vacía de espiritualidad para transformarse en un ir y venir de emociones, en una búsqueda de sensaciones para llenar un momento, nada más. Y la tercera característica, es una iglesia 'light', que no se compromete. El evangelio es un producto: ofertas, bienestar, felicidad. No hay demandas, no hay compromiso, no hay cruz.

Luego, el hermano Henríquez hace un llamado. Dice: «Estamos obligados por el evangelio de Jesucristo a celebrar cul-

tos proféticos ...» (iproféticos!, que digan la verdad, que traigan la luz de Dios, que denuncien la mentira y la falsedad, que anuncien los juicios que van a venir) «... en el sentido de denunciar todo aquello que atenta contra la lógica del reino de Dios y a anunciar las posibilidades que Dios nos ofrece para ser instrumentos transformados para transformar». Y concluye: «Para que la propuesta salvadora del reino de Dios sea atractiva, no tenemos que trivializarla y exhibirla como producto, sino profundizarla, encarnarla con todas sus implicaciones y sus riesgos.» Hasta aquí la cita.

La vida cristiana es una vida de implicaciones, de compromisos, de riesgos, de cruz, de sufrimientos. No es vanidad, no es una cosa que toca la epidermis, los sentimientos y las emociones. La palabra de Dios penetra hasta partir el alma y el espíritu. La vida de Cristo vino para meterse dentro de nosotros. No para llenar un momento, un buen rato, para evadirnos momentáneamente de los problemas. ¿Esto que describe Henríquez es una excepción, o es la norma? Véalo usted mismo a su alrededor.

Esta es la apostasía que viene.

Acuérdate de Jesucristo

Hay una palabra en 2ª Timoteo 2:8-10, con la que iremos terminando. La primera frase que aparece en este versículo es: «*Acuérdate de Jesucristo*».

Hermanos, ¿está clara la frase? «*Acuérdate de Jesucristo...*». Sigamos leyendo: «... *del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio, en el cual sufro penalidades, hasta prisiones a modo de malhechor, mas la palabra de Dios no está presa. Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna*».

2ª de Timoteo –ya sabemos– fue escrita en tiempos de apostasía. Pablo había sido dejado solo, le habían abandonado todos los de Asia, y en ese momento su corazón está afligido. ¡Si hemos leído esta epístola con detenimiento podemos percibir que su corazón está afligido! Le dice a Timoteo, su hijo amado

en la fe: «*Acuérdate de Jesucristo*». Cuando todos le olvidan, cuando todos le han vuelto la espalda, cuando la iglesia se ha quedado sin Cristo, sin cruz; cuando surgen los Demas que aman al mundo, entonces él dice: «*Acuérdate de Jesucristo... resucitado de los muertos conforme a mi evangelio*».

Cristiandad, iglesia: ¡Cristo está vivo! ¡No lo ignoremos! ¡No tengamos sólo un slogan con su nombre! ¡No leamos sólo un versículo con su nombre! ¡Él ha resucitado de entre los muertos, y él está aquí! ¡Él debe gobernar la vida de la iglesia, él debe ser el centro de atracción, el motivo de las reuniones! ¡Cristo, y sólo Cristo tiene el primer lugar, Él es nuestro primer amor!

Parece tan raro que Pablo le diga: «*Acuérdate de Jesucristo, resucitado de los muertos*», como si Timoteo no lo hubiese sabido. Pero era necesario recordarle: «Timoteo, Jesucristo ha resucitado de entre los muertos. No te olvides de eso. Por él sufro penalidades, hasta prisiones a modo de malhechor». Pablo sufre penalidades, hasta prisiones. ¿Se han olvidado de eso los cristianos? ¿La iglesia de hoy es una iglesia sufriente o es una iglesia contemporizadora, una iglesia que se confabula con el pecado, que pasa de fiesta en fiesta, una viuda que se ha olvidado de sus vestidos de viudez? ¿Es la iglesia una mujer que se sienta como reina, como aquella Babilonia de Apocalipsis? (Ap.18:7).

No, la iglesia hoy sigue siendo como una viuda en la tierra. Su Amado está lejos. Lo único que ella quiere es el reencuentro con él. Si hay algo que la alegra es el recuerdo de su persona. ¿Qué es lo que nos alegra a nosotros? ¿Cuántos se han reunido hoy a partir el pan? ¿Es para ti una pesada carga acercarte a la mesa? ¿Es la reunión del partimiento del pan algo que se puede reemplazar por otra cosa? ¿Saben lo que significa el partimiento del pan? Es una reunión para esto: para acordarse de Jesucristo.

Iglesia, ¡acuérdate de Jesucristo! Acuérdate de sus dolores en la cruz, de su sufrimiento en Nazaret, de su humillación, de su rechazamiento.

Participando de su rechazo

«Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuereis del mundo, el mundo amaría lo suyo, pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece» (Juan 15:18-19).

Esta frase es una rareza hoy, porque los cristianos se co-dean con los políticos, los cristianos hacen fuerza para cambiar las leyes de los países, los cristianos aparecen en los escenarios con los gobernantes, los grandes predicadores han vendido de alguna manera el testimonio de Cristo por causa de la honra humana. Los cristianos están perdiendo el sabor, la sal se está desvaneciendo. *«A mí me aborreció el mundo, a vosotros os aborrecerán»*, dijo el Señor. *«A mí me han perseguido, a vosotros os perseguirán»*.

Les hago una pregunta: Si Cristo fue rechazado y los cristianos de hoy son aceptados, ¿quién está mal? ¡Alguien está mal! ¿Estará Cristo mal? ¿Debió haberse hecho amigo de Pilato para escapar de la muerte? ¿O haberse congraciado con Herodes para no morir? Cristo está siendo olvidado en los propios ambientes cristianos.

Acordémonos de Jesucristo, nacido en Belén en un establo, criado como un niño pobre en Nazaret, ayudándole a su padre en las labores de su carpintería. Acordémonos de su bautismo en el Jordán, de la sencillez de su vida. No tenía dónde recostar la cabeza. Y su caminar por los caminos de Galilea, desconocido, anónimo, rehuyendo la popularidad. Recordémoslo viajando a Jerusalén la ciudad amada, la ciudad del gran Rey, que le rechazó, que le crucificó, que le humilló, y por la cual lloró.

Acordémonos de Jesucristo en el sepulcro, acordémonos de Jesucristo apareciéndose a esas mujeres el primer día de resurrección. Acordémonos de Jesucristo quien restaura a Pedro, y les dice a las mujeres que vayan a Galilea porque allí le verían. Recordemos a Jesucristo dándoles de comer a los discípulos a orillas de aquel mar, diciéndole a Pedro *«¿me amas?»*. Acordémonos de Jesucristo siendo rechazado.

No, el camino de los cristianos nunca será diferente, nun-

ca será un camino de rosas. ¡No hay tal cosa como un cristianismo 'light'! El cristianismo tiene cruz. La cruz donde el mundo me es crucificado a mí y yo soy crucificado al mundo, la cruz que hace separación entre los muertos y los que viven, la cruz que me ha despojado a mí de mi viejo hombre, la cruz que nos ha trasladado de muerte a vida.

Un cristianismo sin cruz es un cristianismo apóstata.

Hagamos preparativos

Hagamos preparativos para esperar al Señor, y no nos descuidemos, que la apostasía ya viene. El Señor nos libre de las oleadas de inmundicia, de perversión, y de incredulidad que sobrevendrán, y nos preserve sin mancha para el día de su gloriosa manifestación. Amén.

Las contradicciones de Sansón

Vamos a tener la Biblia abierta en el libro de Jueces, desde el capítulo 13 en adelante. Nuestra meditación se va a centrar en la figura de Sansón, el juez de Israel. Esperamos obtener de esta palabra algunas enseñanzas útiles para todos nosotros.

Un hombre carismático

Sansón nació en un hogar piadoso. Unas de las primeras cosas que el ángel de Dios había dicho a su madre fue que el niño habría de ser un varón apartado para Dios. Es lo que se conoce en las Escrituras como un nazareo. Él no debería beber nunca vino ni sidra, ni debería comer ninguna cosa inmunda.

En las páginas siguientes encontramos a un hombre poderoso en su fuerza, que era capaz de matar un león como se mata a un cabrito, y de matar a muchos hombres con la quijada de un animal. Era capaz de tomar las puertas de una ciudad y caminar muchos kilómetros con ellas a cuestas. Era un hombre tan dotado, que aunque lo amarraran con cuerdas, bastaba que hiciera un pequeño esfuerzo y éstas se rompían. Ninguna cosa podía menguar su poder porque tenía un don de Dios.

Sansón era un hombre carismático. («Carisma» significa «don»). Él no siguió un entrenamiento especial para llegar a tener mucha fuerza. Sansón era un hombre que estaba dotado por Dios para ser un hombre fuerte.

Así ocurre cuando Dios da sus dones. Él los da gratuitamente a quien él quiere. Él no mira la clase de persona que uno es para darle sus dones. Lo hace porque a él le parece bien. Así

también, ¡a Dios le ha parecido bien darnos a Jesucristo, que es el Don inefable de Dios! Nosotros alabamos su gracia, y declaramos que el mayor don que hemos recibido es Jesucristo. Somos más bienaventurados que Sansón: Tenemos a Jesús el Hijo de Dios.

Un mal administrador de los dones

Sansón, sin embargo, no fue un buen administrador de los dones que Dios le dio. Vemos en él a un hombre muy caprichoso y solitario. Muchas veces usó la fuerza para su propio provecho. Muchas veces le vemos cometer pecados, pero como era un hombre talentoso de parte de Dios, él seguía venciendo a los enemigos y seguía librándose de los peligros.

Una metáfora

Sansón no sólo existió en aquellos días de los jueces. Desde allí hasta acá en la historia ha habido muchos Sansones. Siempre ha habido hombres de Dios que han tenido mucha fuerza espiritual, una capacidad que deslumbra a los demás. Sin embargo, a la hora de administrar los recursos que Dios les ha dado, no han sido sabios. Tal vez conozcamos a algunos de los Sansones de hoy. Nosotros mismos podemos estar en peligro de convertirnos en un Sansón más. Por eso nos conviene mirar atentamente el caminar de este hombre y obtener las lecciones que el Señor quiere darnos.

No se sujetó al Dador

Una de las cosas que llama la atención es que Sansón muchas veces hizo uso de su don, pero nunca le vemos preguntarle al Dador de ese don acerca de cómo debía usarlo. Él vivía su vida con tanto despilfarro, que jamás le dice a Dios: «Señor, tú me diste esto que es algo maravilloso, que es algo para mantener a tu pueblo libre de sus enemigos, ¿qué debo hacer con él? ¿Cuál es la mejor forma de administrarlo?». Él vivía muy confiado en sí mismo. No tenía una actitud sujeta a Dios.

Un hombre sensual

Además de eso, Sansón tenía una gran debilidad. Era un hombre muy sensual. Fue seducido una y otra vez por lo deseos de la carne. Cierta vez fue a una ciudad filistea, donde encontró a una mujer que le agradó. Luego les dijo a sus padres: «*Yo he visto en Timnat una mujer de las hijas de los filisteos. Os ruego que me la toméis por mujer*». Fue todo muy rápido.

Él miró a una mujer del pueblo enemigo, como si dijéramos «una mujer del mundo». Los padres trataron de disuadirlo. Sin embargo, él insistió: «Tómame ésta por mujer, porque ella me agrada». No dijo: «Dios la escogió para mí». Ni dijo: «Dios me ha dicho que debe ser mi esposa».

De aquí en adelante comienza –muy tempranamente– un descenso en la vida de este varón de Dios. ¡Fueron tantas las complicaciones que tuvo con esa mujer! Sansón había sido seducido por los deseos de los ojos.

La ramera de Gaza

Un poco más adelante, Sansón fue a otra ciudad filistea que se llamaba Gaza. Y allí se metió allí con una mujer ramera. Cuando los hombres de Gaza lo supieron, le hicieron una encerrona. «Cuando se levante en la mañana para irse, lo mataremos». Pero Sansón tenía astucia además de fuerza. A medianoche él se escapó, tomó las puertas de la ciudad, y se las llevó.

La caída

Después vino la tercera mujer, Dalila. Y la Escritura dice, simplemente: «*Después de esto, aconteció que se enamoró de una mujer en el valle de Sorec, la cual se llamaba Dalila.*» (16:4). Aquí comienzan las desdichas con esta mujer. El único objetivo de Dalila fue obtener el secreto de su fuerza. Sin embargo, él no tuvo ojos avisados para darse cuenta de esa intención, y comenzó una relación muy superficial con ella.

Los filisteos la amenazaban para que obtuviera el secreto, pero tres veces Sansón se burló de ellos. Finalmente, aconteció que «*presionándole ella cada día con sus palabras e importunándole, su alma fue reducida a mortal angustia.*» Y cayó

en la trampa. Cuando él quiso escapar, no pudo. No sabía que Jehová ya se había apartado de él. Los filisteos lo tomaron, le sacaron los ojos, le llevaron a la ciudad de Gaza, y le ataron con cadenas para que moliese en la cárcel, como un esclavo sometidos a trabajos forzados.

La amistad con el mundo

Sansón nos muestra a qué extremos puede llegar un hombre de Dios en su amistad con el mundo. «*Los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida no proceden del Padre, sino del mundo*» (1ª Juan 2:16). Y esta es la fuente de mayores dificultades para un hombre que quiere caminar en rectitud. El mundo le sonrío con el dulce rostro de una mujer. Una sonrisa angelical, pero un corazón diabólico. El escritor inspirado dice: «*¡Oh almas adúlteras, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?*» (Santiago 4:4).

La tercera mujer provocó la caída de Sansón. Lo que había comenzado como un enamoramiento fácil, provoca al final de la vida de este hombre, su caída, su ceguera, su esclavitud, su humillación y su muerte.

El peligro de jugar con fuego

Nosotros leemos en el libro de Proverbios 6:27: «*¿Tomará el hombre fuego en su seno sin que sus vestidos ardan? ¿Andará el hombre sobre brasas sin que sus pies se quemem?*». Estas dos preguntas son importantes. Es bueno que nos las hagamos. Tal vez haya alguno que dice: «Déjenme; yo soy fuerte. Yo no voy a caer. Yo puedo caminar sobre las brasas, y no me voy a quemar. Yo puedo tomar un poco de fuego aquí en mi pecho y nada me va a pasar». Así tan ilusos han sido muchos siervos de Dios que han jugado con fuego y se han quemado.

La caída de Sansón nos muestra que tanto puede ir el cántaro al agua que al fin se rompe. ¡La mujer de Timnat fue tan insistente, que Sansón le declaró el enigma! ¡Dalila fue tan insistente, que le dijo su secreto! Hay veces en que el mundo viene con forma de una mujer, importunando una y otra vez,

intentando seducir una y otra vez hasta que se provoca el quiebre de la voluntad. El acoso constante es una de las armas favoritas del diablo. Si él se nos presentara en forma repentina, diciendo: «Yo soy Satanás; yo te voy a hacer caer», difícilmente va a lograr su propósito. Pero él actúa de otra forma: Hoy día un poco; mañana otro poco. Al tercer día un poco más. Al décimo día o al undécimo, se produce la caída.

No podríamos decir que Sansón tuvo un momento de debilidad. ¡Fue una seguidilla de momentos! Fue un camino que tomó tempranamente y que lo llevó al fracaso.

Más que una figura histórica

Sansón no es sólo una figura histórica. Sansón nos habla de un hombre que ha perdido la capacidad de decir «no» al pecado, que ha perdido el temor, y se ha llenado de autocomplacencia. Que confía en sus dones y en su capacidad para resistir hasta el final.

Sansón también nos muestra lo que ha sido la cristiandad a través de los siglos, la iglesia que se ha prostituido con el mundo, que ha cedido ante la tentación sutil de la carne, de la gloria humana y el deleite. La iglesia que se ha apartado del temor de Dios; que se ha ido a jugar con los filisteos –o con las filisteas– del mundo. La iglesia que debió haberse guardado como un nazareo para Dios, pero que, como este varón, se deja seducir por los ojos hermosos, o por la mirada provocativa. «*La amistad con el mundo es enemistad contra Dios*». No hay términos medios.

El triste final

El final de Sansón es muy triste. Los filisteos no fueron compasivos con él: Le sacaron los ojos, los mismos con los que se había llenado de sensualidad y concupiscencia. Allí donde estuvo el origen de su pecado, allí estuvo su castigo.

Nosotros vemos en Apocalipsis el juicio contra la gran ramera. Las figuras son distintas, pero son semejantes también. Aquí, es un hombre quien está esclavizado, al que le sacan los ojos y es juzgado por Dios. Allá, es una mujer la que se sienta

como reina, que ha cometido fornicación con los reyes de la tierra y con el mundo. Este sacarle los ojos a Sansón es similar a aquella vergüenza que vendrá sobre Babilonia –la cristiandad apóstata– el día en que el Señor la juzgue. En aquel día, en una hora vendrán los juicios sobre ella, y se llenará de vergüenza la que alguna vez se codeó con los grandes, la que tuvo acceso a los sitios de honor en el mundo. Entonces será humillada hasta lo sumo.

“*Y le llevaron a Gaza*». Allí estuvo cautivo en una ciudad extranjera, la misma donde él había estado con esa ramera. La misma ciudad cuyas puertas se había echado al hombro y se las había llevado. Esa misma ciudad fue su cárcel. Todo se le vuelve en contra. Es el pago por su carnalidad. «*Dios no puede ser burlado; lo que el hombre sembrare, eso también segará*».

En este día en que nosotros vivimos, la cristiandad está siendo tentada como Sansón por Dalila. También hay mujeres filisteas que caminan por las calles contoneándose, y que aparecen por las pantallas de televisión o del cine, exhibiendo una hermosa figura, sin que los hombres incautos sepan lo que hay detrás de ello. Hay muchas filisteas y filisteos acechando. Las mujeres para tentar y los varones para destruir. Unas ponen la trampa, y los otros dan el golpe de muerte. Dalila atrapa, y los filisteos cortan el cabello de la consagración. El mundo ofrece y el diablo derriba. El mundo y el diablo aliados contra los cristianos.

«*Y le ataron con cadenas*» Estas cadenas no pudieron ser rotas esta vez. ¿Cómo habrá clamado Sansón, y habrá forcejeado? Así nos parece que está hoy gran parte del pueblo cristiano en el mundo. Está ciego, esclavo en el mundo (y por el mundo), y atado con gruesas cadenas.

Pero lo más vergonzoso viene a continuación. Sansón fue obligado a moler, como un esclavo. ¿Podemos imaginarnos un molino de piedra, y a Sansón, con algunos arneses sobre su cuerpo, dando vueltas y vueltas en torno? ¿Podemos imaginarnos el juez de Israel, al hombre poderoso de otro tiempo, girando como un asno en torno a una noria? Sus días no tienen alternativa, no hay cómo salir de esa rutina. Pasa un día y otro día, y lo único

que él puede hacer es dar vueltas y vueltas, sin destino.

El mundo de Sansón es un mundo giratorio. Es un mundo donde no hay una meta. Es un ir y venir, y en esto nos recuerda a Israel en el desierto, donde vagó 40 años. ¿Para qué? ¿Cuál era su norte? Israel daba vueltas en el desierto y su fin era la muerte. Dios los llevaba para que murieran allí.

¿Pueden imaginarse lo que es eso, cuando sobre un hombre hay una sentencia de muerte, y él sabe que sus días y sus noches son una espera para morir? ¿Qué importa que el sol salga hermoso un día? ¡Él está dando vueltas y tiene que morir! ¿Qué importa que afuera la vida bulla en toda su diversidad? Él está dando vueltas y espera la hora de su muerte.

Seguramente los otros presos se burlaban de él. «Hey, tú, ¿no eras el libertador de Israel? ¿No eras el Juez? ¿No tenías tanta fuerza? ¿No te burlabas de tus enemigos? ¿No matabas con una quijada de animal a mil filisteos? ¿No tomaste un león y lo desjarretaste como si fuera un cabrito? ¿Y qué de la historia de los cadáveres amontonados, quinientos a un lado y quinientos al otro? « Las victorias de otro tiempo se le trocaron en ignominia.

Esta es la condición de un hombre apóstata, de una cristiandad esclavizada, dando vueltas y vueltas, sin reparar en el futuro que le espera.

Un día los filisteos tuvieron fiesta. Ofrecían sacrificios a su dios Dagón. Querían hacer una gran algarabía. Ellos decían: «Nuestro dios nos entregó a Sansón en nuestras manos. Hagámosle fiesta. Rindámosle culto». Después que hubieron bebido un poco y cuando sintieron alegría en su corazón, dijeron: «Llamen a Sansón para que nos divierta. Llamen a ese payaso para que nos entretenga». ¡Llevaron a Sansón, el cual sirvió de juguete delante de ellos!

Un cristiano apóstata, por muy bien dotado que haya sido, llega a ser un juguete en las manos de sus enemigos, un motivo de risa. Esta es una de las frases más tristes de las Escrituras: «*Sirvió de juguete delante de ellos*» (Jueces 16:25). Un hombre llamado a ser santo, a una consagración absoluta.

En ese momento le había crecido algo el cabello. Sansón

concibe entonces una idea que va muy de acuerdo a su personalidad: la venganza. Entonces se pone entre las dos columnas del edificio, se apoya en ellas y el edificio se viene abajo. Los filisteos murieron. Pero Sansón también murió.

No fue una venganza perfecta como las que él acostumbraba realizar, porque él también murió. ¿Es ese un fin digno para un siervo de Dios?

Nacido de Dios

Ahora bien, ¿cómo salir de esa encerrona en que el diablo ha metido a muchos hijos de Dios? Nosotros tenemos que ver que hay una salida. 1ª de Juan capítulo 5. ¿Cómo dice este primer versículo? «*Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios*». Este versículo habla de creer algo respecto de Jesús.

Creer que Jesús es un profeta no tiene mucho sentido. Si la gente cree que Jesús es un profeta meramente entonces nada sucede en su corazón. Pero aquí dice que ocurre algo sobrenatural con aquellos que creen que Jesús es el Cristo. Esa fe produce un milagro en el corazón: el milagro del nuevo nacimiento.

Sin embargo, esto no es suficiente para vencer.

Una fe victoriosa

En el versículo 5 de este mismo capítulo tenemos la fe completa, para una victoria completa. «*¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?*» ¿Están los filisteos allí amenazando? ¿Están las mujeres filisteas tentando? ¿Está el mundo y sus oropeles con una red para hacer caer a los hijos de Dios? ¡Tenemos la victoria! ¡Los que creen que Jesús es el Hijo de Dios ellos vencen al mundo!

Creer que Jesús es el Cristo y creer que Jesús es el Hijo de Dios son dos expresiones que constituyen una misma realidad, porque Jesús es uno solo. Pero esta fe tiene una doble expresión y un doble efecto. Los que así creen son nacidos de Dios y también vencen al mundo.

¿Cuál es la causa por la que Sansón, es decir, el cristianis-

mo apóstata, o los cristianos mundanos en particular, caen en poder de los filisteos, de las mujeres en la tentación, y de los hombres para su destrucción? Porque la fe de los cristianos hoy en día es una fe ambigua: «Sí, yo creo que Jesús era un buen hombre, era un profeta»; o bien una fe incompleta: “Yo creo que Jesús es el Salvador.» Por supuesto, si tú crees que Jesús es el Salvador de tu alma, sin duda eres salvo, pero eso todavía no te dará la victoria sobre el mundo.

No sólo salvos; también vencedores

Dios quiere que su pueblo no sólo sea salvo de la condenación eterna, sino que sea un pueblo vencedor. ¡No sólo creemos que Jesús es el Salvador; creemos que Jesús es el Hijo de Dios! Y esta fe es una fe victoriosa. Sansón no lo supo, pero tú lo sabes, y yo lo sé.

Creer que Jesús es el Hijo de Dios significa que él es como un grano de trigo que murió para que los muchos recibieran su vida y pudieran vivir su victoria. Jesús en la cruz venció, y nosotros hoy vencemos también, porque tenemos esta vida victoriosa. Tenemos un privilegio mayor que el que tuvo Sansón.

¿Alguno de ustedes no tiene esta fe? ¿O ha tenido una fe claudicante, que cree y no cree? ¿Te has sentido frustrado, con alguna victoria esporádica, pero más que nada con derrotas? Hoy es el día de creer. No simplemente creer que Jesús es un profeta, sino creer correctamente lo que él es. Y cuando la tentación venga, ya sabemos lo que tenemos que creer, confesar y declarar: “¡Yo he creído y confieso que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios!”

ICABOD, o cuando la gloria de Dios se va

Lectura: 1 Samuel 4:17-22, Ezequiel, caps. 8 - 10, 40 - 43, 47.

Este pasaje que hemos leído se ambienta al final del período de los jueces, un período oscuro en la historia de Israel. Aquí encontramos a un hombre llamado Elí, un anciano de noventa y ocho años. En esos días, sus dos hijos, Ofni y Finees, habían corrompido el sacerdocio, por lo que Dios estaba cansado de soportarlos.

Quitada es la gloria de Israel

En este tiempo se produce una batalla con los filisteos, quienes capturaron el arca. Esta terrible noticia provoca una serie de descalabros, entre ellos la muerte de Elí y de una de sus nueras, que estaba embarazada. Antes de morir, la mujer alcanza a decir una palabra, que fue finalmente el nombre que llevó su hijo: «*Icabod*». (Sin gloria). Esta palabra refleja muy bien lo que significaba para ellos la pérdida del arca.

El arca contenía el testimonio de Dios. Para Israel representaba la presencia y la gloria de Dios. Ahora la gloria de Israel había sido quitada. ¿Qué puede hacer el pueblo de Dios cuando la presencia de Dios le es quitada? Sin embargo, en aquella oportunidad, Dios intervino para defender su testimonio, de modo que los filisteos tuvieron que devolver el arca.

Eran los días en que Dios todavía tenía misericordia de su pueblo.

Otra época, pero la misma pérdida

Pero avancemos en las Escrituras, y vayamos al libro de Ezequiel capítulo 10. Aquí encontramos al pueblo de Israel en otra época histórica, pero con el mismo problema: de nuevo han perdido la presencia de Dios.

Aquí vemos cómo Dios abandona el templo en Jerusalén. ¿Qué puede haber ocurrido para que la gloria de Dios abandonase el templo, ese lugar santo donde él había hecho morada? Después de este capítulo 10 nosotros encontramos sólo desolación y destrucción. Vinieron los babilonios, Nabucodonosor y sus ejércitos, y luego el templo fue destruido y quemado. Llegó a ser una ruina, el templo y la ciudad entera.

Las causas de la pérdida

Las causas de esto las encontramos en el capítulo 8. Era el sexto año del cautiverio de Ezequiel en Babilonia. El profeta estaba en su casa, con los ancianos de Judá, también cautivos; y entonces el Señor lo tomó y lo llevó en visión a Jerusalén para mostrarle cuál era la causa de por qué Dios había decidido retirar su gloria de ese lugar.

Un ídolo en la entrada

“Y me llevó en visiones de Dios a Jerusalén, a la entrada de la puerta de adentro que mira hacia el norte, donde estaba la habitación de la imagen del cielo, la que provoca a celos». Aquí encontramos la primera causa: a la entrada misma del templo, por el norte, había un ídolo. ¿No les había dicho él en la Ley acaso que no se debían crear imágenes de cosa alguna bajo el cielo, ni menos inclinarse ante ellas y adorarlas?

El Señor le dice a Ezequiel: «¿No ves lo que ellos han hecho? Han construido esa abominación para alejarme de mi santuario». No es que Dios se quiera ir: ellos le están alejando.

El pecado de los ancianos

En los versículos 6b al 12 tenemos la segunda causa. Los ancianos representaban la autoridad en Israel, eran los hom-

bres respetables. Ellos, en un número de setenta, estaban contemplando esa pared llena de imágenes de ídolos, de figuras de reptiles y bestias abominables.

Cuando el pueblo de Dios llega a esa condición de decir: «No nos ve Jehová; podemos hacer lo que nosotros queramos», es que ha llegado a una total inconsciencia de la presencia de Dios, y a una falta absoluta de temor. Esta es una de las señales de la apostasía.

El pecado de las mujeres

Sin embargo, no era todo. El Señor le dice al profeta: *«Vuélvete aún, verás abominaciones mayores que hacen éstos. Y me llevé a la entrada de la puerta de la casa de Jehová, que está al norte; y he aquí mujeres que estaban allí sentadas endechando a Tamuz»*. (v.13). Tamuz era un ídolo procedente de Babilonia. Tamuz se representaba como un niño en brazos de su madre, Astarot. Según las fábulas paganas, Nimrod se había divinizado y se había manifestado de nuevo en su hijo, Tamuz. Los babilonios creían que éste era el salvador del mundo anunciado en Génesis 3.

Esta teología babilónica se había infiltrado en Israel. Y aquí están estas mujeres israelitas –llamadas a ser santas, a adorar al único Dios vivo y verdadero– endechando a Tamuz dentro de la propia área del templo. ¿Qué historias se contarían respecto de él que producían en estas mujeres tal emoción y llanto?

El pecado de los ministros

«Luego me dijo: ¿No ves, hijo de hombre? Vuélvete aún, verás abominaciones mayores que estas. Y me llevó al atrio de adentro de la casa de Jehová; y he aquí junto a la entrada del templo de Jehová, entre la entrada y el altar, como veinticinco varones, sus espaldas vueltas al templo de Jehová y sus rostros hacia el oriente, y adoraban al sol, postrándose hacia el oriente». (vv.15-16).

Cuando se ordenó el servicio levítico en el templo, se establecieron veinticuatro turnos para servir en la casa. Aquí en-

contramos en estos veinticinco varones un representante de cada uno de esos turnos levíticos, más el sumo sacerdote. Éstos eran los que se acercaban para ministrar delante de Dios. Pero ellos están postrados adorando el sol.

El culto a la imagen

He aquí tres grupos representativos de Israel cometiendo pecados abominables delante de Dios, y en el mismo lugar santo. Parece increíble. ¿No era suficiente todo esto para que Dios decidiera retirar su gloria?

Permítanme hacer ahora una aplicación de estas tres abominaciones que vio Ezequiel en el templo de Jerusalén. Creo que hay un mensaje aquí para nosotros.

¿Qué nos puede hablar a nosotros esos setenta ancianos contemplando la pared pintada con imágenes diversas, con formas de animales, bestias abominables? Desde lo más recóndito de la historia hasta el siglo XX, las civilizaciones se habían desarrollado en torno a la palabra. Sin embargo, en estas últimas décadas, la cultura está cada vez más centrada en la imagen. Desde los días en que el cine se inventó, a fines del XIX, la forma de comunicación más influyente es la imagen. «Una buena imagen habla más que mil palabras».

Sin duda las figuras que los setenta ancianos contemplaban eran representaciones de los ídolos de los pueblos vecinos. ¿Qué formas de pecados, de depravaciones, estarían figurados allí? Cuando se habla en las Escrituras de culto idolátrico se refiere a las prácticas depravadas que se realizaban en honor de los ídolos. A cada ídolo se le consagraban sacerdotisas, que estaban allí para servir el culto con los que acudían a adorar.

Aquellas formas de abominación nos sugieren el moderno culto a la imagen a través del cine y la televisión. La sexualidad orgiástica –incluido el bestialismo– ya está siendo divulgada desvergonzadamente. La depravación se sabe cómo comienza, pero no se sabe dónde termina. Cuando el corazón del hombre se ha depravado, no le basta la normalidad, sino que cae en las formas más grotescas de sexualidad contra natura. Creo que esto es una advertencia para los cristianos de hoy.

Cuidado con las imágenes que se ofrecen ante nuestros ojos. La manifestación de esta forma de abominación se está cumpliendo de manera literal, porque ya existen televisores tan delgados que se pueden colgar en la pared como si fueran un cuadro. Si usted tiene dinero, puede comprar uno de tamaño gigante que cubra toda la pared.

La idolatría

La segunda de estas abominaciones son las mujeres que lloran a Tamuz. Esto tiene que ver con la idolatría.

Cuando el catolicismo por allá por el siglo IV quiso abrirse para recibir a todo el mundo en el seno de la iglesia, entonces adaptó su teología a las teologías paganas permitiendo que dejaran su huella en el cristianismo. La figura de María con el niño Jesús en brazos no está tomada de las Escrituras, sino que es herencia del paganismo babilónico.

Aunque no se quiera reconocer, la imagen de María y el niño en brazos es un ídolo al cual no sólo se venera, sino también se adora. Usted seguramente ha visto imágenes con muchas flores y velas encendidas. La gente se acerca y se arrodilla frente a ellas. ¿Qué es eso? ¡Eso es idolatría!

¡Cuánto de Babilonia se ha infiltrado allí! En el libro «Babilonia, misterio religioso», Ralph Woodrow muestra cómo Babilonia está presente en todas las falsas religiones y también en el catolicismo, introduciendo varias figuras, símbolos y celebraciones. ¡Esto es asombroso y espeluznante!

«La reina del cielo»

Cuando se produjo el cautiverio de Israel, un pequeño remanente huyó a Egipto escapando de Nabucodonosor. El profeta Jeremías fue obligado a ir con ellos. Estando allí, Jeremías llamó al remanente allí en Egipto a volverse a Dios.

Sin embargo, la respuesta que dieron las mujeres a ese llamado es un discurso desfachatado y soberbio, en que ellas adhieren desvergonzadamente a “la reina del cielo”, atribuyéndole todas las bondades que no fueron capaces de atribuir al Dios de Israel. (Jer.45:16-19). Así también, hay un ídolo hoy día

en el mundo cristiano al cual suelen denominar la 'reina del cielo'. Este es uno de los muchos títulos que tenía Astarot, la madre de Tamuz.

Puede llegar a tal extremo el extravío y la dureza del corazón idólatra, que se puede defender un ídolo en contra de Dios. Si a una mujer idólatra tú le tocas el ídolo que tiene ese niño en brazos, lo más probable es que se haga enemiga de ti, y que diga: «Gracias a él (o ella en este caso) yo estoy bien». La idolatría se introduce de forma disimulada hasta atrapar el corazón y encadenarlo.

Las religiones de Oriente

Veamos ahora la tercera abominación. Esos veinticinco varones estaban vueltos hacia el oriente, postrados ante el sol. La entrada al tabernáculo en el desierto estaba hacia el oriente. En Ezequiel encontramos que Dios se manifestaba desde el oriente. Sin embargo, aquí ellos estaban vueltos hacia el oriente no para adorar a Dios, sino para adorar al sol.

Hoy el mundo entero está vuelto también hacia el oriente. El oriente está invadiendo a occidente con sus filosofías. La Nueva Era está teñida por las filosofías orientales. Ellas tienen en común la creencia de que el hombre puede llegar a ser dios por medio de ciertas prácticas y disciplinas; que el hombre puede perfeccionarse por sí mismo.

Esta filosofía se está infiltrando también en la cristiandad apóstata. Muchos de los e-mails que los cristianos se envían a través de Internet son mensajes de autoperfeccionamiento. Ellos instan a los cristianos a desarrollar su potencial: «Mira lo que está en ti, déjalo fluir, déjalo salir. No busques fuera, busca dentro de ti». Ellos no dicen: «Dentro de ti está el Señor», sino «Mírate a ti y ve que tú eres capaz si te perfeccionas, si te disciplinas».

Hace poco tiempo se denunció que las Naciones Unidas están intentando formar una nueva religión, que integra elementos de ecología, de humanismo y, sobre todo, de filosofías orientales. Creo que los cristianos van a ser tentados más y más por estas filosofías en los días venideros.

Hay libros extraños en la mesa de noche de muchos cristianos, libros con clara influencia oriental. Hay ahí autores muy conocidos y admirados, que suelen asociarse con la sabiduría y la prosperidad. Parecen inofensivos, pero son dañinos. ¡Cuidado, son víboras que muerden fuerte!

Los juicios caen

Cuando estas tres clases de abominaciones se introducen en medio del pueblo de Dios, entonces Dios decide retirarse. En el capítulo 8 de Ezequiel se denuncian las abominaciones, y en el capítulo 9 vienen los juicios. Los verdugos aparecen con sus instrumentos para destruir, pero también llega un varón vestido de lino para marcar a aquellos que gemían y clamaban por las abominaciones que se hacían en medio de Jerusalén. Todos los que no tenían la marca fueron exterminados, comenzando desde el santuario.

Así también, los juicios de Dios van a caer sobre la cristiandad apóstata, sobre los cristianos acomodados al mundo, que se han entregado a los placeres y a toda conducta abominable.

La gloria del Señor abandona el templo

El capítulo 10 de Ezequiel muestra cómo el Señor se va. El arca todavía estaba allí; sin embargo, el Señor se va. La gloria de Dios se posó sobre unos querubines y se fue alejando, hasta posarse en un cerro cercano a Jerusalén. Y «*desde allí, desapareció*». No sólo abandonó el templo, sino también iabandonó la ciudad! Ya no había ningún lugar que mereciera tener su gloria.

Cuando el arca fue robada en los días de Elí, Dios mismo se vindicó y la trajo de vuelta. Sin embargo, aquí encontramos que el arca todavía está en el templo, pero Dios ya no está allí. El arca ya no tenía la gloria.

Ved lo que hay en la cristiandad hoy: el arca está allí, pero la gloria no está. El nombre de Cristo está, y su doctrina; pero la gloria de Cristo se ha ido.

Oh, amados hermanos, ¡no dejemos que la gloria de Dios nos abandone nunca! ¡Él no quiere irse; somos nosotros los que

podríamos alejarle! Guardemos la santidad en el temor de Dios, librémonos de estas contaminaciones, guardemos nuestra conducta pública y privada, tengamos paz unos con otros, amémonos, bendigámonos y tengamos comunión.

Dios muestra su plan futuro

Vayamos a Ezequiel capítulo 40. Habían pasado como veinte años desde las visiones anteriores y Ezequiel tuvo una nueva visión. Versículo 2: *«En visiones de Dios me llevó a la tierra de Israel, y me puso sobre un monte muy alto, sobre el cual había un edificio parecido a una gran ciudad, hacia la parte sur»*. En la realidad lo que había era una ciudad destruida, un templo quemado. Pero en la visión, Ezequiel ve un nuevo templo.

Luego, en el capítulo 43 de Ezequiel se anuncia una nueva etapa en el desarrollo del propósito de Dios. Dios tuvo que desechar una ciudad contaminada y corrupta. Dios tuvo que aceptar que quemaran el templo sagrado, pero él no se quedó así. Le mostró a Ezequiel lo que habría de ocurrir en los tiempos futuros: él se habría de conseguir una nueva ciudad, él iba a tener un nuevo templo.

Versículos 6 y 7: *«Y oí uno que me hablaba desde la casa; y un varón estaba junto a mí, y me dijo: Hijo de hombre, este es el lugar de mi trono, el lugar donde posaré las plantas de mis pies, en el cual habitaré entre los hijos de Israel para siempre»*. ¡He aquí un lugar donde Dios habitará para siempre! ¡Un lugar del cual Dios no se irá nunca, porque es santo, santo, como Dios es santo! A la luz del Nuevo Testamento, podemos decir que esta casa nueva y definitiva es la iglesia.

La primera Jerusalén, aquel santuario terrenal, fracasó. Pero, he aquí, hay un santuario celestial que no fracasará. Dios habitará en él para siempre. Los judíos pueden pensar que este templo descrito aquí en Ezequiel es un templo que hay que construir ahora. De hecho, ellos han tomado estas indicaciones para levantar un nuevo templo en Jerusalén. Pero nosotros hablamos de la Jerusalén celestial, del santuario celestial, no hecho de manos. ¡La gloria nunca más se irá de nosotros! ¡El habitará en medio nuestro para siempre!

Las aguas vivas

En Ezequiel capítulo 47 se muestra que de debajo del umbral de esa casa salían aguas, y que el profeta es introducido en ese río. ¿Cuál es el templo del cual fluyen las aguas vivas? ¿Cuál es el lugar donde halla saciedad, reposo y paz todo hombre? ¿Donde recibe sanidad todo aquel que entra en este río? Este no es un edificio hecho de manos, este es un edificio espiritual. Nosotros hemos sido saciados con estas aguas salutíferas. Esta es la iglesia del Dios Viviente. En medio de ella está Aquel que dijo: *“El que tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí ... de su interior correrán ríos de agua viva”*.

Nuestra honra presente

Aborrecemos y nos limpiamos de toda contaminación y de toda idolatría. Nos declaramos un pueblo santo, un pueblo justo, un pueblo para Dios. Que nunca tengamos que decir. «Él ya no está, él se ha ido».

¿En qué consiste la gloria de Dios? ¿Consistirá en luces, en llamarazos? ¿Consistirá en una gran humareda? Oh, la gloria de Dios a veces es un viento suave y apacible, es una cosa delicada que se va transmitiendo de uno a otro cuando damos testimonio, cuando oramos, cuando juntos adoramos. No es algo visible. Donde Dios está, allí está la gloria de Dios.

La gloria de Dios nos cautiva por dentro. Es una atracción, es un gozo, es un deseo de estar ante su presencia. Es sentir sus caricias, es saber que nada nos falta, porque estamos en él y porque él está en nosotros. Es saber que sus cuidados no se han apartado. No lo alejemos nunca.

No pretendamos imitar la gloria de Dios. Tampoco es necesario que hagamos esfuerzos: la gloria está, simplemente, porque Dios ha decidido que ésta sea su habitación.

El peligro de las tres «T» (Torá - templo - Talmud)

Hay tres palabras que empiezan con la letra T, y en torno a ellas quisiéramos compartir hoy. Esas palabras tienen que ver con los tres grandes pilares de la religión judía: La Torá, es decir, la Ley, el Templo de Jerusalén, el lugar donde Dios habitaba, y el Talmud, el libro de la tradición rabínica.

Los pilares de toda religión

Así como la religión judía tiene una Torá, tiene templo (o aspira a tenerlo hoy en día), y tiene un Talmud, así también la mayoría de las religiones que hay en el mundo tienen su propia Torá, su propio templo y su propio Talmud.

Cuando el Señor Jesús vino, se encontró con un Israel que estaba aferrado a estas tres cosas, las cuales, en vez de ayudarles a reconocer al Mesías, lo ocultaron de sus ojos. Es importante ver que estas mismas tres cosas están presentes hoy también en la cristiandad. ¿Ayudarán ellas al pueblo de Dios a esperar al Señor, o, al igual que antaño, serán más bien un tropiezo? El Señor nos ayude para verlo.

El peligro de la «Torá»

La Torá es la ley de Moisés. Los judíos eran expertos conocedores de la ley. Ellos encontraron que en la ley había más de seiscientos mandamientos, y procuraban enseñarlos a sus niños. Su celo por la Torá es un asunto muy conocido. Sin embargo, cometieron un error: ellos tomaron ese libro sagrado y

lo levantaron tan arriba, que lo convirtieron en una especie de ídolo. Cuando el corazón del hombre se vuelve religioso, las Sagradas Escrituras pueden convertirse en un ídolo.

Las Sagradas Escrituras son un libro precioso. Hay ahí ochocientas, o mil páginas, que desafían el ingenio de los estudiosos. Así como hay expertos en obras literarias (como el Quijote, por ejemplo), que se pasan toda la vida estudiándolas, hay eruditos, grandes teólogos, que hacen lo mismo con este Libro. Aquí hay profecías, hay misterios, hay cosas ocultas que ellos intentan desentrañar. Así las Sagradas Escrituras se transforman en un fin en sí mismas.

Elas tienen un lugar importante en la vida de un cristiano. Sin embargo, tenemos que precisar cuál es la función que cumplen, para que no nos ocurra lo que a los judíos. Ellos eran conocedores del Libro; sin embargo, cuando se encontraron cara a cara con la Persona de quien habla el Libro, no lo supieron reconocer. ¡Qué tragedia! ¡Cuando llegó la hora de la verdad no supieron aplicar lo aprendido!

El Señor dijo a los judíos: «*Ustedes estudian con diligencia las Escrituras, porque piensan que en ellas hallan la vida eterna...*» (Juan 5:39, NVI). Aquí se revela cuál era el problema que tenían los judíos. Hay un problema cuando se piensa que en la Biblia está la vida eterna, porque en la Biblia no está la vida eterna. En Juan 5:40, el Señor dice: «... *Y no queréis venir a mí, para que tengáis vida*». El Señor cambia el foco de atención: «No en las Escrituras, sino en mí está la vida eterna». Pero los judíos no lo habían visto. El verdadero sentido y la razón de ser de las Escrituras es este: «Elas son las que dan testimonio de mí» – dijo él.

Un peligro complementario

Así como los judíos no supieron discernir la persona de Jesucristo cuando estuvo delante de ellos, pese a su conocimiento de las Escrituras, los cristianos pueden también conocer la Biblia sin conocer al Señor Jesucristo. Esto es una desgracia muy grande. ¿Cómo evitar caer en ella?

En Efesios 1:17, encontramos la solución de Dios: «...*para*

que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él». Pablo ora para que el Padre de gloria les dé a los hermanos de Éfeso algo que era fundamental para poder conocer a Jesucristo y los misterios de Cristo. ¡Espíritu de sabiduría y de revelación! El Espíritu Santo, que inspiró las Escrituras, él es el único que puede abrir el entendimiento de los hombres para que conozcan lo que él puso en ellas.

¿Recuerdan cuando el Señor les abrió el entendimiento a los discípulos después de la resurrección, para que entendieran las Escrituras? Lo que por años habían estado escuchando en las sinagogas como una enseñanza respecto del Mesías, recién allí lo pudieron entender aplicado a Jesús. El «Espíritu de sabiduría y de revelación» es el único que puede abrir el entendimiento para conocer a Jesús, y para entender espiritualmente las Escrituras.

Para estudiar la Biblia con provecho se requiere algo muy distinto de la capacidad intelectual o la erudición teológica: se requiere tener el socorro de lo alto, un toque del Espíritu Santo al corazón.

El reclamo de Dios a Israel

En los días de Jeremías, Dios tenía un reclamo contra Israel. «*Los sacerdotes no dijeron: ¿Dónde está Jehová?...y los que tenían la ley no me conocieron...*» (2:8). Ellos se preocupaban de las cosas externas, de estudiar la ley, y de cumplir con el aparataje religioso, ¡pero no lo conocían a Él! «*Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua*» (2:3). ¿Cuál es el mal mayor? «*Me dejaron a mí*». Así también, pudiera darse el caso de que nosotros tengamos mucho conocimiento bíblico, ¡y lo hayamos dejado a él! El gran dolor del Señor es que nadie buscaba conocerlo a él.

Avancemos unas páginas más en Jeremías. Veamos 9:23-24. «*Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en enten-*

derme y conocerme, que yo soy Jehová...» A juzgar por estas palabras, en Israel había sabios que se gloriaban en su sabiduría, valientes que se alababan por su valentía, y ricos que se alababan por sus riquezas, pero no había quienes se gloriaran en conocer a Dios.

¿Cuál es tu motivo de gloria, amado hijo de Dios? ¿Conocer la Biblia? ¿Tener comprensión acerca de ciertas cosas espirituales? No; sólo conviene alabarse en entender y conocer al Señor.

El problema de quedarse a mitad de camino

En Romanos 1 se dice que, habiendo visto los hombres el poder y la majestad de Dios reflejados en la creación, ellos no fueron más allá para decir: «¿Quién es el maravilloso Ser que hizo estas cosas maravillosas para darle gloria?».

Fácilmente el hombre se queda a mitad de camino al no discernir lo que son los *medios* y los *finés*. La contemplación de la creación debiera arrojar a los hombres tras la búsqueda de Dios. Asimismo, el estudio sincero de las Escrituras debiera arrojar al hombre en brazos de Dios, y no dejarlo enredado en las profundidades y misterios que ellas encierran. La creación y las Escrituras son sólo *medios* y no *finés* en sí mismos. La gran invitación que hace la creación es que adoremos a Dios por su grandeza. La gran invitación que hacen las Escrituras es que encontremos a Cristo, que sea donde sea que las tomemos, lo veamos a él.

El problema es quedarse a mitad de camino. La perfección y la hermosura de este libro habla de la perfección más grande, de la hermosura mayor, ¡del Creador de este libro! Por lo tanto, rechazamos toda enseñanza que nos deje enclaustrados en un conocimiento meramente bíblico, porque tenemos que ir más allá, a Aquel de quien ellas nos hablan.

Tres sistemas de interpretación

Cuando el Señor Jesús vino, había tres grandes sectas judías: los fariseos, los saduceos y los esenios. Cada una de ellas tenía una postura interpretativa particular de las Escrituras.

Los fariseos eran flexibles; los saduceos eran racionalistas; los esenios eran espiritualistas. Sin embargo, ninguno de estos sistemas de interpretación bíblica capacitó a sus defensores para reconocer al Mesías cuando vino.

Hoy también existen los fariseos, los saduceos y los esenios. Están los liberales, los racionalistas y los exclusivistas en materia de interpretación bíblica. ¿Estarán ellos preparándose para recibir al Señor o ya lo habrán extraviado en su maraña teológica? ¿Volverá a repetir la cristiandad la triste historia de Israel en tiempos del Señor Jesús?

La segunda «T»

Veamos la segunda «T», el Templo. De todas las ciudades de Palestina, había una ciudad que era santa: Jerusalén. Y, dentro de ella, había un lugar aún más santo. Allí, sobre una explanada preciosa estaba construido el templo.

Los judíos en tiempos de Jesús se sentían orgullosos del templo. Marcos 13:1 nos dice: *«Saliedo Jesús del templo, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, mira qué piedras, y qué edificios»*. Al decir esto, el discípulo esperaba un gesto de admiración del Señor, pero su reacción fue muy distinta de lo que él esperaba. Le dijo: *«¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada»*.

Esos grandes edificios habían sido levantados por el rey Herodes. Y eran tan majestuosos y fastuosos que habían demorado cuarenta y seis años en construirlos. Ese era el orgullo de todo Israel. Sin embargo, ese templo habría de ser destruido pocos años después, igual que los dos templos anteriores que Israel había tenido en su historia.

Ese lugar tan sagrado había sido para ellos muchas veces causa de tropiezo, debido a su propia dureza de corazón. En Jeremías 7 encontramos una queja de Dios por causa de que ellos habían puesto su confianza en el templo, apartando su corazón de él. *«Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Mejo-rad vuestros caminos y vuestras obras, y os haré morar en este lugar. No fiéis en palabras de mentira, diciendo: templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este» (7:4-5)*.

Ellos cometían adulterio, hurtaban, mataban, juraban en falso, ofrecían incienso a Baal, oprimían al huérfano, a la viuda, ellos derramaban sangre inocente. Sin embargo, tenían su templo. Teniendo el templo, se sentían seguros: Dios estaba allí, ¿quién les podría hacer mal? Sin embargo, lo que ellos no querían ver era que la permanencia de Dios en el templo era condicional: dependía de su obediencia.

Desde el momento que el pueblo comenzó a apartarse, ya ese templo no fue un lugar grato para el Señor. Ellos lo habían convertido en “cueva de ladrones” (v.11). Así que, llegó un momento en que la nube de Dios, que estaba en el Lugar Santísimo, abandonó el templo. Y cuando Dios abandona un lugar, ese lugar queda expuesto a la barbarie, al vandalismo, a Satanás. (¿Qué lugar puede ser inexpugnable cuando Dios ya no vela sobre él?). Vino Nabucodonosor y tomó Jerusalén, después uno de sus lugartenientes se llevó los utensilios sagrados a Babilonia y quemó el templo. Sin embargo, había sido profanado mucho antes por los propios sacerdotes y levitas, y Dios ya no quiso morar allí.

Una buena noticia

Pero nosotros tenemos una buena noticia: el Señor tiene un nuevo templo. El Señor en cierta ocasión dijo: «*Destruid este templo, y en tres días lo levantaré*» (Juan 2:19). Él se refería al templo de su cuerpo, que fue a la cruz, pero que al tercer día se levantó, incorruptible. Y con la muerte y la resurrección del Señor surgió la iglesia, el Cuerpo de Cristo, que es la habitación de Dios en esta dispensación.

¿Habitará Dios hoy en Jerusalén, en ese lugar donde estuvo el templo de Herodes? ¿Habitará Dios en alguno de los muchos fastuosos templos que hay en la cristiandad? Algún hermano nuevo podría decir: «Voy a la casa de Dios». Otro pudiera decir: «Voy a la casa de oración». Eso es incorrecto. Los lugares donde los cristianos se reúnen no son ni casa de Dios ni casa de oración: son simplemente edificios donde se reúne el verdadero templo de Dios que es la iglesia.

Así que, no es este lugar de reunión un lugar sagrado.

Por supuesto, si los creyentes están aquí, podemos ver la gloria de Dios. Pero también si los creyentes se reúnen debajo de unos árboles a la orilla del río, allí desciende la gloria de Dios. Si se reúnen en una cancha de fútbol, allí también desciende la gloria de Dios. Este lugar es santo ahora, porque aquí está la iglesia. Si se va la iglesia, es un lugar como cualquier otro.

La idea de ‘casa de Dios’ o ‘casa de oración’ es una herencia judía. En la religión judía había un templo donde Dios moraba, pero en esta era de la iglesia Dios no tiene un templo físico donde habitar. En el libro de los Hechos, se dice que los cristianos se reunían en «el templo y por las casas». Ellos eran cristianos judíos, que todavía estaban como tomados por un cordón umbilical del judaísmo. Pero ese cordón umbilical se cortó con la iglesia en Antioquía. Desde ahí ya no existe más.

No un lugar, sino adoradores

¿Se acuerdan de la conversación del Señor con la mujer samaritana? La mujer le dijo al Señor: *«Ustedes los judíos dicen que en Jerusalén es donde se debe adorar ... (porque ahí estaba el templo) ... nosotros creemos que es en este lugar donde se debe adorar»*. *«Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte (tal vez el monte Gerizim) ni en Jerusalén adoraréis al Padre»*. (El templo de Jerusalén iba a ser destruido cuarenta años más tarde). *«Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren»*. Aquí queda muy claro que no hay un lugar santo, sino que hay adoradores. Donde se juntan los santos para adorar, allí hay adoración. Hermanos, no se trata de lugares, se trata de adoradores.

Para terminar esta parte, veamos Hechos 17:24: *«El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas»*. ¿Quién está diciendo esto? El apóstol Pablo. ¿Es Pablo un falso maestro? No. Es el príncipe de los apóstoles, y él dijo esto a los griegos reunidos en el Areópago. Lamentable-

mente, en muchos ambientes cristianos el templo se ha transformado en exactamente lo mismo que para los judíos. Piensan que Dios habita allí, y que, en consecuencia, es un lugar santo. Hay cristianos que piensan que el único lugar donde ellos pueden tener comunión con Dios es el templo. Entonces lo arreglan y lo embellecen con esmero. Incluso piensan que ciertas partes del templo son más sagradas que otras, como la tarima donde está el púlpito, que es como el equivalente al Lugar Santísimo. Esa es una imitación del templo de los judíos con su atrio, su lugar santo y su lugar Santísimo.

Nosotros no juzgaremos mal a los cristianos que se esmeran por tener hermosos templos, pero tenemos que advertir claramente que el templo puede transformarse en un ídolo y en un objeto de confusión. Puede hacer creer a los cristianos que Dios tiene lugares físicos especiales donde él habita. Y la Escritura no nos permite afirmar tal cosa.

Las paredes de un templo son demasiado frías y duras. En cambio, las paredes de tu corazón son cálidas; allí él quiere habitar. Debes dar siempre gracias al Señor por haber venido a habitar en tu corazón, y por querer habitar en ti y no en un templo de mármol. Dios prefirió tu corazón a un templo de oro.

Así que, no nos engañemos ni nos deslumbremos por la fastuosidad de los templos que los hombres han levantado. No compartamos nosotros la admiración de aquel discípulo por el templo de Jerusalén, porque esa admiración era una ceguera que anunciaba los juicios de Dios sobre ese lugar.

La «T» de la tradición

Veamos ahora la tercera «T», el Talmud. El Talmud es un libro que contiene los comentarios que los grandes rabinos judíos han hecho en diversas épocas sobre la Torá. El Talmud reúne toda la tradición oral rabínica sobre la Torá. A falta de sacerdote y profeta, la figura del rabino surgió con mucha fuerza durante el exilio en Babilonia. Desde entonces, las tradiciones orales comenzaron a ocupar un importante lugar en la vida religiosa judía, hasta el punto que hoy el judaísmo se apoya en una mezcla de la Torá y el Talmud.

El Talmud no son las Sagradas Escrituras; son comentarios y preceptos agregados a las Sagradas Escrituras. Un escritor judío cristiano, Barry Rubin, ha dicho que los eruditos judíos se glorían más en conocer el Talmud que en conocer la Torá. Es más apasionante.

Pero hay un problema con el Talmud. El Talmud, en vez de ayudar a explicar la Torá, suele hacerla más confusa. Rubin llega a afirmar: «*Tristemente, la gente (los judíos) terminó enredándose tanto en la multitud de reglas y regulaciones religiosas, que algunos de los significados esenciales en la Torá se perdieron. La tradición oral prevaleció sobre la verdad*». (En “¡Te tengo buenas noticias!” , p.148).

El Talmud representa lo que el hombre agrega a las Escrituras. Son los reglamentos de la tradición. En tiempos del Señor Jesucristo existía una fuerte tradición oral, y muchas veces él debió enfrentarla. ¿Se acuerdan cuando el Señor, en Marcos 7, recrimina a los judíos, porque ellos habían invalidado la palabra de Dios por las tradiciones? «*Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres: los lavamientos de los jarros y de los vasos de beber; y hacéis otras muchas cosas semejantes. Les decía también: Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición*» (8-9). Esta tradición de la que habla el Señor es el Talmud.

Toda religión que se precie de tal tiene una tradición. Y esa tradición está escrita: reglamentos, comentarios, interpretaciones. Sin embargo, la tradición no tiene su origen en Dios, sino en el hombre.

El Talmud enceguece

Barry Rubin plantea una cosa interesantísima: ¿Por qué razón los judíos esperaban un Mesías político, poderoso, capaz de zafarlos a ellos del yugo romano, siendo que había varias profecías, como Isaías 53, en que se decía que el Mesías sería un varón de dolores, que moriría y resucitaría? Simplemente porque las interpretaciones que el Talmud había hecho no contemplaban la venida de un Mesías como un cordero, sino como rey. ¡El Talmud había tergiversado la interpretación profética!

La tradición oral había logrado opacar la Torá y los profetas, y confundir a los judíos respecto del Mesías.

Amados cristianos, ¡cuidado con vuestro Talmud! Es fácil atarse a una corriente interpretativa de las Escrituras, enredarse en las opiniones de los grandes hombres del pasado, y agregarlos a nuestro bagaje doctrinal. La tradición se convierte fácilmente en una red de cadenas que nos atan a los hombres y al pasado, y que nos impidan ver la voluntad de Dios para este día. Tenemos que conservarnos libres de todo ello para servir así al Señor.

El Talmud puede tomar también la forma de un conjunto de procedimientos aceptados por el grupo. ¿Han escuchado frases como ésta?: «Nosotros nunca lo hemos hecho así. ¿Por qué tendríamos que hacerlo?». «Nunca hemos creído eso. ¿Por qué tendríamos que creerlo?». ¡Eso es Talmud!

Cuando una congregación no cree que el Espíritu Santo la esté dirigiendo, entonces tiene que asegurarse un camino. Ese camino se lo ofrecen los reglamentos y ordenanzas. Si no los tiene, se extravía y se confunde. Pero si hay una congregación que cree ciertísimamente que hay Uno de arriba, el Espíritu de verdad, que la conduce, entonces no necesitará consultarle al pasado para enfrentar el futuro: ¡simplemente le consultará al Señor! Los que tienen una fuerte tradición piensan que no necesitan preguntarle al Señor. Basta que miren atrás, y lean su Reglamento: «En el artículo uno dice... ¡de esta manera tenemos que hacerlo!». Para el Espíritu Santo es sumamente difícil guiar por un camino nuevo a quienes se enorgullecen de su propio camino largamente recorrido.

Amados hermanos, en el mundo una institución es más o menos respetable si puede decir: «Desde 1845», o «Desde 1920». Nosotros, más vale que no digamos nada. Nosotros tenemos que servir a Dios en nuestra generación. Otros tomarán después la antorcha del testimonio y harán su propio camino. ¡Y si a él le place, que nos interrumpa cuando quiera! Más que conformar una tradición, la iglesia debe irse zafando de ella, para ser dúctil a la conducción del Espíritu.

Hemos de tener cuidado, porque la tradición se nos pue-

de ir pegando sin que nos demos cuenta de ello. Cuesta juzgarnos con objetividad, porque la tradición llega a formar parte de nuestra subjetividad. Para romper este círculo debemos aceptar el juicio de otros, y el escrutinio permanente del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo nos lleva por caminos siempre nuevos. Si reconocemos que el propósito de Dios es lineal y no circular, tenemos que aceptar que él nos lleve más allá, por caminos nunca antes andados. A la carne y la sangre le gusta tener todo planificado y bajo control. Sin embargo, cuando seguimos al Espíritu, el camino se va conociendo sólo paso a paso.

¿Cómo nos encontrará el Señor?

Cuando el Señor vino la primera vez, encontró a su pueblo enredado en estas tres “T”. Cuando el Señor venga por segunda vez, ¿encontrará a su pueblo tropezando en la misma piedra? ¿Lo encontrará venerando su Torá, pero sin conocer a Aquel de quien ella da testimonio? ¿Lo hallará levantando templos para que habite Uno que hace mucho que ya no habita más en templos hechos por manos humanas? ¿Lo hallará aferrado a su Talmud, para observar con celo los preceptos de la tradición humana?

Nosotros queremos ser tajantes en rechazar estas tres «T», porque ellas impiden al pueblo de Dios depender del Espíritu Santo y glorificar al Señor Jesucristo. No queremos las Escrituras por sí. Queremos al Cristo de las Escrituras. No queremos un templo como un lugar sagrado. Queremos a Dios que habita en medio de la iglesia. No queremos una tradición, sino buscar la dirección permanente del Espíritu. ¡Que las cosas santas (y las supuestamente santas) no nos impidan ver al Santo!

El carácter de los co-reinantes

Lectura: Mateo 5:1-12.

”**M**ientras el Rey estaba en su reclinatorio, mi nardo dio su olor” (Cantares 1:12). Cuando el cristiano es atraído por Cristo para seguirle, en respuesta al clamor “*atráeme, en pos de ti correremos*”, lo primero que el Señor hace es introducirlo en sus cámaras, y mostrarle uno de los aspectos más solemnes y a la vez más terribles de su gloriosa persona: el de Rey.

Hay un libro de la Biblia que nos muestra al Señor Jesucristo especialmente en esta faceta de Rey. Es el evangelio de Mateo. Allí también se habla mucho del reino de Dios. Y hay tres capítulos de ese evangelio –el 5, 6 y 7– que algunos denominan “La Carta Magna del Reino de Jesucristo”, es decir, el conjunto fundamental de leyes, mandamientos y ordenanzas que rigen el reino de Dios.

Noten ustedes que al final de este cuerpo de enseñanzas, en el último versículo del capítulo 7, dice: “*Porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas*”. Estas enseñanzas fundamentales fueron entregadas con autoridad, la autoridad de Rey.

Llegará un día en que el reino del Señor Jesucristo se establecerá sobre la tierra. Entonces reinará él sobre todo el planeta; pero no reinará solo, sino con cierta clase de gente. Esta gente está descrita en los primeros versículos de Mateo capítulo 5.

Preparándose para reinar

Aquí aparecen nueve bienaventuranzas. Estas bienaventuranzas se han interpretado de muchas maneras. Se ha dicho, por ejemplo, que ellas describen nueve tipos de personas que agradan a Dios, o que son nueve rasgos de la persona del Señor Jesucristo. Ambas ideas pueden ser correctas. Sin embargo, quisiéramos ver cómo estas bienaventuranzas caracterizan a los hijos de Dios que compartirán el reino con Cristo, los cuales hoy están siendo preparados – en la formación de un carácter, de una cierta forma de ser y de actuar. A esta gente se le encomendarán grandes decisiones y gran autoridad. Tendrán autoridad sobre ciudades y sobre naciones.

Cuando los gobiernos en el mundo buscan colaboradores, establecen sus propios requisitos. Una persona que ha de ser Ministro de Estado debe tener cierto perfil: ser una persona emprendedora, capaz de tomar decisiones, con habilidad en el manejo de las personas, y con capacidad de trabajo en equipo.

Un perfil extraño

Si miramos el perfil de una persona exitosa en el mundo, nos imaginamos que así debe ser. Pero cuando miramos estas nueve bienaventuranzas que describen el carácter de los hombres en quienes el Señor va a confiar la dirección y el gobierno de su reino, entonces, nos sorprendemos, porque son características bastante extrañas, sobre todo en el mundo en que nos movemos.

¿Nos podemos imaginar un reino de este mundo gobernado por este tipo de personas? Las bienaventuranzas no nos muestran ninguna característica de lo que hoy podemos llamar un hombre exitoso, sino describen, más bien, a personas que podríamos tildar de ingenuas, que no son de un carácter sobresaliente, ni de las que se abren paso con resolución.

Son pobres, humildes, vulnerables al dolor (ellos lloran), son mansos; ellos están insatisfechos. ¡Andan por la vida siempre insatisfechos! No de oro ni de plata, ni tampoco de deleites. Ellos no podrían estar satisfechos en esta tierra. Tienen hambre y sed de justicia. Aman la rectitud. Son misericordiosos,

tienen un corazón limpio, son pacificadores. Están ejercitados en el sufrimiento. No son victimarios: son víctimas. Son vituperados, perseguidos. Son objeto de mentiras. No reaccionan con fiereza: ellos *padecen*.

Pero revisemos, al menos, unas tres o cuatro de estas bienaventuranzas con mayor detalle.

Pobres en espíritu

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (5:3). Los pobres en espíritu son aquellos que reconocen su necesidad. Ellos no tienen aquello que hoy se enfatiza tanto en la educación: una buena autoestima. Al contrario. Son quienes, después de haber luchado por algún tiempo, reconocen que llevan dentro de sí un vacío, una pobreza, una orfandad que nada sino Dios puede llenar.

El Señor dijo en cierta ocasión que él había venido a predicar buenas nuevas a los pobres. Cuando uno mira el evangelio pareciera ser que la pobreza en espíritu también está asociada con la pobreza material. Por eso son los pobres materialmente los que han sido más enriquecidos por Dios. Ellos están acostumbrados a la escasez. Saben que tienen una deficiencia crónica, no tienen muchas cosas a qué echar mano para ser felices. Ellos están restringidos, y en esa pobreza material, con mayor facilidad que otros se arrojan en los brazos del Señor para encontrar la verdadera riqueza.

La Escritura nos dice que el Señor, siendo rico se hizo pobre, para que nosotros fuésemos enriquecidos (2ª Cor. 8:9). Un hombre y una mujer pobres de espíritu serán enriquecidos por Dios. En cambio, un hombre que no conoce la pobreza en espíritu, tendrá muy alto concepto de sí. Se sentirá satisfecho, tal como se sentía la iglesia en Laodicea; por tanto, nunca conocerá la verdadera riqueza ni la promesa que el Señor hace a los pobres en espíritu.

Yo no sé si usted sabe lo que es esta pobreza. Una persona pobre en espíritu, en algún momento de su vida, busca a Dios. No podrá concebir la existencia humana sin Dios. No podrá seguir intentando llenar el vacío de su alma con las riquezas ma-

teriales, porque se da cuenta que no son suficientes. Llegará el momento en que se quebrantará su alma, en que doblará su rodilla, en que reconocerá su miseria.

¿Qué promesa se hace a esta clase de gente? Se dice que de ellos es el reino de los cielos. ¿Podemos imaginar lo que significa eso, al menos por un momento? ¡Cuántos luchan en la tierra por tener un puesto de mando, por un cargo, o por un reconocimiento en algún reino de este mundo! Pero he aquí los pobres en espíritu poseerán el reino eterno.

Y en aquel día, cuando ya se esfumen las tinieblas que rodean al mundo, cuando dejemos de ver las cosas como en un espejo, entonces estos hombres anónimos, menospreciados, que caminaron por la tierra mirando hacia el cielo, que nunca buscaron grandes posesiones, que nunca pretendieron arraigarse aquí ni que su nombre alcanzara notoriedad, los que en otro tiempo fueron pobres en espíritu, brillarán con toda la gloria del Señor Jesucristo en su reino.

¿Podemos imaginar eso? Es difícil para nuestra mente, porque nunca lo hemos visto con nuestros ojos; sin embargo, los que conocemos a Jesús sabemos que sus promesas son fieles y verdaderas. Nos anticipamos a anunciar el establecimiento del reino de Jesucristo sobre la tierra, y a asegurar que los pobres en espíritu reinarán con él.

Lloran

“Bienaventurados los que lloran porque ellos recibirán consolación” (Mateo 5:4). En nuestra sociedad y en nuestra cultura hay muchas lágrimas falsas. En un filme vemos personas que lloran y tal vez lloremos nosotros con ellos. Pero los que están en el set de grabación saben de qué tipo de lágrimas se trata. Esos ojos no lloran de verdad, porque sus corazones no están destilando lágrimas. En cambio, los bienaventurados son aquellos que tienen un corazón que llora, que tienen un alma quebrantada. Éstos recibirán consolación. No simulan, sino que lloran de verdad. Ellos ven su miseria. Han conocido los fracasos. Ellos añoran el día en que se manifiesten las cosas verdaderas, inmovibles. ¡Cuántas veces estos bienaventurados han

llorado anhelando la venida del Señor! Están cansados por la adversidad, los padecimientos, la persecución. Por eso lloran. Ellos no tienen otra reacción cuando son ofendidos; no pueden alzar la mano para devolver el golpe.

El Señor le dijo cierta vez al rey Ezequías: *“He oído tu oración y he visto tus lágrimas”* (Isaías 38:5). El rey estaba afligido, clamó al Señor y el Señor oyó su oración, vio sus lágrimas, y le concedió lo que pedía. ¡Cuán capaces de conmover a Dios son las lágrimas de un hombre o de una mujer que se derraman delante de él! Recordemos a María, la hermana de Lázaro. Mientras su hermana Marta recriminó al Señor porque no había llegado antes para evitar que Lázaro muriera, María se derramó a los pies del Señor y lloró con lágrimas tan angustiosas, que el Señor, al verla así, también lloró. Fueron las lágrimas de María, y no los argumentos de Marta, que trajeron – por así decirlo– un milagro a favor de Lázaro.

Recordemos a esa otra mujer pecadora que llegó y comenzó a regar con lágrimas los pies del Señor. Ella se sentía acusada en su conciencia. Era una mujer de mala vida. No tenía méritos que exhibir; sólo tenía pecados que llorar. Y el Señor Jesús la acogió. Y cuando ese fariseo se levanta para apuntar a la mujer con el dedo, el Señor sale en su defensa. ¡Qué poder tienen las lágrimas delante de Dios! ¡Cómo se apresura su mano para enjugarlas, y para defender a quien las derrama delante de él!

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación”. Hay hombres que tienen tan endurecido el corazón que sus ojos están secos. Hace mucho que no derraman una sola lágrima. Y aunque lo quisieran hacer, no pueden. ¡Qué desgracia es tener un corazón de piedra! Socialmente es mal visto llorar en público. “Cualquier cosa –dicen algunos–, pero que no me vean llorar”. Ellos nunca recibirán el consuelo de Dios. Ellos no conocen la mano del Señor cuando acaricia, o su unguento que sana las heridas. ¡Los que lloran sí tienen esta bienaventuranza!

Cuando miramos al Señor en los días de su carne ofreciendo ruegos con gran clamor y lágrimas (Hebreos 5:7), nos

damos cuenta que para un cristiano las lágrimas no pueden ser extrañas. No son algo ocasional tampoco, como no lo era para Pablo, el que solía servir al Señor con muchas lágrimas, amonestar a los hermanos con lágrimas, y escribir a los hermanos con muchas lágrimas (Hechos 20:19,31; 2ª Cor.2:4).

¡Bienaventurados los que lloran! Ellos tienen un corazón que puede sentir el dolor ajeno. Y también pueden sentir su propia desgracia, su propia necesidad, sus propias faltas. ¿Cómo no llorar después de ver que una y otra vez le hemos faltado al Señor? ¿Cómo no llorar después de ver que hemos mancillado su nombre, hemos ofendido al hermano, hemos buscado nuestra propia defensa y vindicación? ¿Cómo no llorar la desgracia de tener un carácter tan terreno? ¿Cómo no llorar la desgracia de ser tan duros todavía?

Lágrimas delante de Dios

Hay un versículo en un Salmo que es muy consolador. Dice: *“Pon mis lágrimas en tu redoma. ¿No están ellas en tu libro? Serán luego vueltos atrás mis enemigos el día en que yo clamare”* (56:8). Ninguna de las lágrimas que derrama un hijo de Dios pasa inadvertida para el Señor. Esas lágrimas que lloraste, él las vio y están anotadas en su libro. Seguramente esa redoma donde están nuestras lágrimas tiene una medida, y tendremos que llorar todo el tiempo que sea preciso hasta que esa medida se complete. Seguiremos llorando por los que amamos, pidiendo por los que nos ofenden, y por todas las circunstancias adversas que no hemos podido superar.

Dice también este versículo: *“Serán vueltos atrás mis enemigos el día en que yo clamare.”* ¡Qué confianza tiene el salmista! El día en que yo clamare, algo ocurrirá, vendrá un movimiento desde los cielos, se moverán los ángeles, el Señor extenderá su mano. Mis enemigos serán vueltos atrás. ¿Lo has comprobado, amado hijo de Dios?

También dice la Escritura: *“Atravesando el valle de lágrimas lo cambian en fuente”* (Salmo 84:6). Esto es algo que puede parecer extraño a los del mundo. Los cristianos lloran, pero con la misma facilidad que lloran, ellos ríen. Después del

llanto viene el consuelo. Las lágrimas se lloran en el valle, pero, al final de ese valle, hay una fuente que salta. Hay un frescor en el alma, hay una risa en la boca. Sí, más allá de las lágrimas, porque ellos reciben consolación.

¿Delante de quién lloramos? Hay dos clases de lágrimas que derraman los hombres impíos, por las cuales nunca serán consolados: las que derraman ante el policía cuando infringen la ley, o delante del juez para aminorar el castigo. Y son también las lágrimas que lloran a solas en su soberbia porque no lograron lo que quisieron. Hay lágrimas de ira, de impotencia, que nunca recibirán consolación. Pero *“bienaventurados los que lloran (delante de Dios), porque ellos recibirán consolación.”*

Mansos

“Bienaventurados los mansos porque ellos recibirán la tierra por heredad” (Mateo 5:5). Los mansos son los que se someten a los designios de Dios. Son los que inclinando su cabeza, dicen: “No sé por qué lo hiciste, Señor, pero lo acepto. No entiendo tus razones, pero inclino mi cabeza ante ti. No sé por qué viene de nuevo esta prueba, este vendaval, pero, Señor, tú eres Dios, tú eres Rey, y yo sólo soy un siervo.” Los mansos son sumisos, son suaves de tratar, no tienen aristas. No hay nada en ellos que te hiera a ti. Tú pasas la mano por ellos –hablando en forma figurada– y hay suavidad en todo lo que tocas. Su alma ha sido quebrada en sus fortalezas. ¡Cuánto se agrada el Señor en los mansos! El Señor mismo dijo en cierta ocasión unas palabras que siguen tocándonos a todos nosotros: *“Venid a mí los trabajados y cargados, que yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.”* Sólo uno manso y humilde puede hallar descanso para su alma. Aunque lleve el yugo más pesado, lo encontrará fácil, delicado, suave, y hallará ligera su carga.

Para los mansos hay una promesa preciosa: *“Ellos recibirán la tierra por heredad.”* Ellos son herederos. Ellos no tienen dinero en el banco, pero tendrán la tierra, y la tierra es la mayor señal de riqueza.

Tienen hambre y sed de justicia

Finalmente, veremos la cuarta bienaventuranza: *“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados”* (Mateo 5:6). Tener hambre y sed de justicia no consiste en querer que se nos haga justicia de alguna injusticia, sino en tener un deseo profundo de rectitud, de santidad. Los que tienen hambre y sed de justicia son los que quieren ser justos, perfectos, los que aborrecen la mediocridad de una vida en la carne, los que aborrecen la inconstancia de su corazón. ¡Éstos serán saciados!

Usted sabe que el hambre y la sed son apetitos físicos, y son recurrentes. Puede saciarlos ahora y en un rato más volverán. Así también ocurre con estos hombres y mujeres. Aunque ellos han sido saciados de esa gran hambre y de esa gran sed que tenían antes de conocer a Dios, sin embargo, aun teniéndolo a Él, siguen experimentando hambre y sed. A diferencia del hambre y sed física, esta hambre y sed de justicia, cuando es saciada, reclama más justicia, despierta más hambre y más sed. Uno que conoce al Señor Jesús, que conoce su carácter, su nobleza y su hermosura, va a querer seguir avanzando en el conocimiento de esa nobleza y de esa hermosura, va a querer seguir apropiándose de eso que él admira tanto.

Sería terrible no tener más hambre y sed. Sería terrible conformarse con que alguna vez hace tiempo atrás mi hambre y sed de justicia fueron saciadas. Uno que camina cerca del Señor, uno que está en la contemplación de Cristo, tendrá hambre y sed una y otra vez, para ser saciado una y otra vez.

Que el Señor levante una generación de hombres y mujeres sedientos de esta justicia, que se lancen en una búsqueda de los valores eternos. Que sean capaces de menospreciar las cosas pasajeras, los afanes de cada día, que pongan la mirada en el trono de Dios y en Quien está sentado en él. Que se afanen no por las cosas que perecen, sino por las que a vida eterna permanecen.

Las sanas palabras de nuestro Señor

Una de las palabras de Pablo a Timoteo es: *“Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de*

nuestro Señor Jesucristo, nada sabe ...” (1ª Tim. 6:3). Estas que hoy hemos compartido son de esas sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo. Suenan a locura, parecen una ingenuidad en un mundo impersonal donde imperan el dinero, la avaricia, la dureza de corazón y la mirada fulminante. Pero el Señor sigue diciendo, contra la corriente del mundo, contra los burladores, contra los triunfadores de esta tierra: *“Bienaventurados los pobres en espíritu ... bienaventurados los que lloran ... bienaventurados los mansos ... bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia ...”* ¡Qué sanas son sus palabras, aunque al mundo parezcan una locura!

Hace unos días atrás se hizo una encuesta acerca de religión (la encuesta Gallup) en los Estados Unidos. Un 80 y tanto por ciento de los norteamericanos se declararon cristianos, pero la mayoría de ellos no sabía quién había dicho el Sermón del Monte. Las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo están siendo ignoradas. Por eso hay cristianos tan duros, tan soberbios, tan altivos, tan amadores de sí mismos, tan avaros, tan rencorosos.

Ellos dicen como Laodicea. *“Yo soy rico. No tengo necesidad de nada”*. Pero las palabras del Señor se dejan caer una tras otra como golpes de espada. *“He aquí tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas”* (Apoc. 3:17-18).

Esta clase de gente

Amados hermanos y amigos: La gente que hemos descrito esta mañana es la clase de gente que Dios aprueba, y que reinará con él. Que el Señor, que nos ha dejado al descubierto por su Palabra, nos socorra a cada uno de nosotros, para llegar a estar entre esos bienaventurados. Amén.

Vuestra justicia

“Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.” (Mateo 5:20)

Cuando el Señor Jesús dijo estas palabras estaba sentado en la cumbre de un monte, y los discípulos y la multitud estaban a su alrededor, oyéndole. Era un hombre que les hablaba, sin ningún elemento exterior que revelara la grandeza de su persona.

Sin embargo, para nosotros, este versículo y toda esta enseñanza, tiene el mismo valor que si hubiese sido dicha desde un trono, en un palacio gigantesco y lujoso, con la presencia de personalidades connotadas, porque el que lo dijo es el Señor Jesucristo, el cual es el Rey. Estas son las palabras del Rey.

¿De qué clase de justicia se habla?

Aquí dice: *“Vuestra justicia”*. La primera pregunta que surge es ésta: ¿De qué justicia está hablando aquí el Señor? ¿Está hablando de esa justicia objetiva que es de Cristo, y que se imparte gratuitamente a todo hombre que cree en él? ¿O es otro tipo de justicia?

Si se tratara de la justicia de Dios, entonces no tendríamos otra cosa que hacer ahora sino alabar a Dios y darle gracias por este regalo.

Pero dice aquí: *“Vuestra justicia ...”* Si miramos el capítulo 6:1, dice: *“Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres ...”* En el 5:20 dice *“Vuestra justicia”* y aquí en 6:1

otra vez dice: “*Vuestra justicia*”. Si miramos el resto del capítulo 6 encontramos que habla de la limosna, de la oración y del ayuno. Entonces, se trata de algo que es nuestro, y que es producto de un cierto obrar y de un cierto hacer.

El Señor enseñó: “Guardaos de dar limosnas para que os vean, guardaos de orar para que os oigan, guardaos de ayunar para que os alaben”. Aquí estamos hablando de una forma de vivir que es propia de los que aspiran a entrar en el reino de los cielos. “*Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.*” Y este “no entraréis” que aparece aquí, en el griego es más categórico todavía: Dice: “*De ningún modo entraréis.*”

Hay, por tanto, una justicia objetiva, que es un regalo de Dios en Cristo, y hay también una justicia subjetiva, que se va perfeccionando en nosotros en la obediencia del caminar diario. Cuando esta justicia se cultiva y progresa en el creyente, llega un momento en que podemos decir: He aquí un hombre muy parecido a Cristo. Por el hecho de poseer esta justicia, tenemos dentro de nosotros la semilla, el germen de santidad, de rectitud que espera ser expresada en la vida práctica.

La justicia de los escribas y fariseos

Los escribas y fariseos solían hacer ostentación de sus obras buenas. En el cap. 6 dice que cuando daban limosna, hacían tocar trompeta delante de ellos, para que toda la gente se enterase. Al hacerlo, subían a coro las alabanzas de los hombres. Con eso ya tenían su recompensa. En el acto mismo de ser alabados, ya estaban recibiendo su recompensa. La expresión “*De cierto os digo que ya tienen su recompensa*”, puede traducirse también: “*Ya están recibiendo (completa) su recompensa*”.

También oraban en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres. Entonces, ellos recibían su recompensa, porque los demás decían: “¡Qué piadoso es este hombre!”

También ayunaban. Y cuando lo hacían, dejaban que su rostro luciera la palidez propia de quien no ha comido por al-

gún tiempo, para mostrar a los hombres que ayunaban. Visitaban también a las viudas y a los huérfanos. Pero en Mateo 23 dice que, en vez de ir a ayudar y a consolar, ellos devoraban las casas de las viudas. Caminaban por las calles con solemnidad, y les gustaba que la gente, al pasar, se inclinara y les dijera: “¡Cómo está, Rabí!”. Y también, dentro de sus hábitos de justicia, ellos diezmaron de todo lo que ganaban.

La justicia de los escribas y fariseos era, en cierto modo, admirable. Si les miráramos externamente, parecería que de verdad eran justos. Sin embargo, el Señor desnudó su justicia una y otra vez, y dijo que eran hipócritas. La hipocresía supone un doble estándar. Supone mostrar algo que no es. La hipocresía es un arte: es el arte de hacer ver como verdadero algo que es falso. Es el arte de causar una impresión que no es real. Por eso el Señor les dijo en una ocasión que eran semejantes a sepulcros blanqueados, hermosos por fuera, pero llenos de huesos de muertos y de inmundicia por dentro. (Mateo 23:27-28). ¡Qué figura más fuerte usó el Señor! ¡Un sepulcro! Lo podemos pintar por fuera, lo hermoseamos, si queremos lo adornamos con oro, mármol, o lo que queramos, pero por dentro no deja de ser lo que es, no deja de tener lo que tiene todo sepulcro: Huesos de muertos.

La justicia de los súbditos del reino

Luego el Señor nos da algunas muestras de cómo ha de ser nuestra justicia. “Súbditos míos –parece que nos dijera el Señor–, ustedes no se pueden enojar contra su hermano. Ustedes no pueden decirle ‘necio’, ni ‘estúpido’, ni ‘desgraciado’ a su hermano. Si lo hacen, se exponen a las llamas del infierno.” La enseñanza antigua era; “No mates”. Con el hecho que no mataran, los judíos ya llenaban la medida de su justicia. Sin embargo, el Rey dice: “No te enojas contra tu hermano. No abras tu boca para maldecirlo; no uses epítetos indecorosos cuando te refieras a él.”

¡Cuidado con las miradas impuras, súbditos del Rey! ¿Miraste una mujer para codiciarla? ¡Adulteraste! No estuviste en su alcoba, pero la miraste con lascivia, ¡adulteraste! Por tanto,

si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo. Si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala. ¡Súbditos del Rey!: No basta con pedir perdón por haber codiciado a una mujer extraña. Es necesario sacarse el ojo y echarlo. Si esa costumbre que tú tienes te es ocasión de caer, deséchala. Si ese hábito arraigado que tienes te es ocasión de caer, córtalo. No sólo el Señor está diciendo que hay adulterio en tales casos, sino está enseñando cómo hacer para evitar volver a caer en lo mismo.

Este es el abuso que se comete contra la gracia de Dios: La sangre está disponible, los pecados son perdonados; por tanto, puedo seguir pecando. Pero el Señor dice: “Si eso te es ocasión de caer, sácalo.” Así evitarás volver a caer. La voluntad del Señor no es que tú tengas que echar mano a la preciosa sangre a cada rato. La voluntad perfecta del Señor es que quitemos aquello que nos es ocasión de caer. ¿Qué cosas hay en la vida de los súbditos del Rey, que son ocasión de caídas, de tropiezos, de pecados? ¿Qué cosas están haciendo provisión para la carne?

¡Cuidado, súbditos casados! Cuidado con repudiar a vuestras mujeres. Alguien pudiera decir: “Yo no la he repudiado. Yo la sigo soportando”. ¿Dices “soportando”? ¿No es eso acaso una forma de repudio? ¿Cuántas veces ha habido un repudio en el corazón que no llega al extremo de despedir a la mujer, pero que sí alberga en el corazón sentimientos hostiles?

El Señor Jesús dijo: *“Ojo por ojo y diente por diente, mas yo os digo: No resistáis al que es malo”*. Antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra para recibir el segundo golpe. ¿Qué es lo que normalmente ocurre? Después que vino el golpe, huimos. O bien damos el golpe de vuelta. A lo más que llega nuestra justicia es a huir. Pero ninguna de esas dos opciones es el mandamiento del Señor. Él dijo: *“Cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra.”*

¿Alguien te puso un pleito para quitarte algo? La solución: Contrata un abogado. Así no va a poder quitarte lo que quiere. No permitas que te quiten lo que es tuyo, lo que tú ganaste con el sudor de tu frente. Pero el Rey dice: *“Si alguien quiere quitártelo, dale también la capa. Si alguien te obliga a*

llevar carga por una milla, ve con él dos". No sólo has de hacer lo que es justo, sino más que eso. No sólo la bondad: más que eso. Es una bondad absurda. ¡Humanamente es absurda!

Testimonios

Recuerdo la historia de un muchacho negro que vivió como 22 años solamente, pero en esos pocos años mostró mucho del carácter de Cristo. Samuel Morris viajó en un barco desde África a Estados Unidos. En el barco todos le hablaban duro; algunos lo pisotearon y golpearon. El muchacho hizo exactamente lo que el Señor mandó aquí. Al terminar ese largo viaje, casi todos en el barco se habían convertido a Cristo, desde el capitán para abajo. Y los hombres que primero lo insultaban, al final de la travesía casi lo adoraban. ¿Qué había hecho él? ¡Era sólo un muchacho negro! Pero tenía la vida de Cristo, amaba al Señor, y ponía en práctica lo que conocía del Señor. Cuando lo golpearon, nunca reaccionó, puso siempre la otra mejilla. Siempre obedeció las órdenes; cuando había uno enfermo, corría a ayudarlo, y cuando había uno necesitado él era el primero en socorrerlo.

Nosotros somos demasiado racionales e inteligentes, y entonces comenzamos a cuestionar esta Palabra y a decir: "No, esto es impracticable. Si yo hago esto, la próxima vez me van a pasar por encima. Si yo hago esto, me van a usar como estropajo."

Watchman Nee cuenta la historia de un hermano en China. Tenía un arrozal en una ladera y almacenaba el agua para regarlo. Su vecino también tenía un arrozal al lado abajo del suyo. Un día el vecino hizo un boquete en su estanque, para regar su propio arrozal. Y así hizo varios días. El hermano cerraba el boquete y almacenaba agua para su arroz, y el vecino lo abría y hacía correr el agua para el suyo. Él no dijo nada. No hubo ninguna injuria en su boca. Simplemente, iba y corregía el asunto y recibía el agua para su arrozal. Sin embargo, no tenía plena paz y gozo. Consultó con los hermanos, y le dijeron que no sólo debía soportar el daño, sino que debía ir más allá. Así que el hermano comenzó a regar el arrozal del vecino por las mañanas y el suyo

por la tarde. Cuando el vecino se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, quedó perplejo. Al final, quiso conocer qué clase de gente era la que procedía así, y se entregó al Señor.

Estas palabras del Señor hablan de una justicia que va más allá de toda lógica. Richard Wurmbrand, en su libro “Torturado por Cristo” cuenta de sus 14 años en las cárceles de Rumania por causa del Señor. Él fue testigo de la conversión de muchos carceleros que veían cómo los cristianos, después de ser golpeados y privados de alimentos, los bendecían y los amaban todavía. Eso no lo podían entender. Estaba fuera de toda lógica.

¿Qué hacéis de más?

Cuando leemos Mateo 5:43-48, ¿Qué vemos allí? ¿Qué hacen los publicanos? Ellos aman a los que los aman. ¿Qué hacen los gentiles? Saludan a quienes los saludan. Pero vosotros ¿qué hacéis de más? Mire la pregunta: “¿*Qué hacéis de más?*” (v.47). Saludar al que nos saluda es hacer lo justo, lo que hacen todos. Es proceder según el sentido de la justicia natural. Amar a los que nos aman es lo mismo que hacen quienes no conocen al Señor. Pero vosotros, ¿*qué hacéis de más?* ¿Hacéis lo justo solamente, lo que demanda el buen criterio y la justicia de los hombres? ¿O hacéis algo de más?

¡La justicia de Dios en nosotros consiste en hacer cosas de más! Consiste en ir más allá de la bondad humana. Es ir la segunda milla, regalar la capa cuando nos quitan la túnica. Bendecir a los que nos crucifican es hacer algo de más. Jesús desde la cruz pidió al Padre que perdonara a quienes lo crucificaban. Cuando era maldecido, no respondía con maldición; él solamente bendijo. ¿Cuál es la regla de nuestra justicia? Aquí hay tres reglas de medida: la de los fariseos, la de los publicanos y la de los gentiles. Pero ninguna de ellas es digna de un súbdito del Rey Jesús. Ninguna de ellas es suficiente.

Estas enseñanzas del Señor Jesucristo han sido por demasiado tiempo descuidadas, o han sido guardadas en un baúl. Han sido leídas como se lee el diario. Pasamos rápido por ahí, porque no nos conviene leerlas. Sin embargo, mira la gravedad

del asunto: “*Si vuestra justicia no es mayor que la de aquellos, no entraréis de ningún modo en el reino de los cielos.*” ¡Y algunos de nosotros presumimos de estar tan seguros de entrar en el reino de los cielos!

Los afanes del mundo

“Los gentiles buscan todas estas cosas, pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”. ¿Qué hacen los gentiles, es decir, los incrédulos? Ellos se afanan por la comida, por la bebida, y el abrigo. “¿Qué comeremos, qué beberemos, qué vestiremos?” – dicen. Los gentiles buscan todas estas cosas. No tienen Dios. Ellos piensan que si no trabajan duro les va a faltar el pan. Ellos acumulan dinero, procuran tener una cuenta de ahorro bien grande, o adquieren terrenos y casas. Ellos están afanados. Piensan que si les falta ese dinero no van a poder vivir. ¿Qué será del mañana? ¿Qué será de los hijos? ¿Qué será de la esposa? ¡Oh, qué desesperación! ¡Hay que acumular dinero, hay que trabajar mucho! ¡Así hacen los gentiles! ¡Ellos no tienen Dios!

¿Pero qué hacen los súbditos del Rey? Cuando ellos ven un pajarillo cantando feliz en la rama de un árbol, o dando saltitos en una pradera, dicen: “¡Qué lindo es ese pajarillo. No le ha faltado de comer. No se ve lánguido. Está feliz. Él escarba en la tierra y encuentra qué comer. Va detrás de los animales, y siempre encuentra. Así el Señor los sustenta”. ¿No hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? *“Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia”.* El reino de Dios tiene una justicia. Es el reino y su justicia, su rectitud. Es la santidad propia del reino de Dios.

En otra parte, la Escritura dice: *“Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”.* ¿Por qué los hombres no conocen la paz y el gozo? Porque ellos se afanan. Ellos no creen que Dios les sustentará, que Dios les guarda, que Dios les ama más que a esas avecillas. Entonces se afanan tras los tesoros de la tierra. Entonces sirven a un dios extraño que se llama Mamón, la riqueza idolatrada.

Las actuales hipocresías

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21). Noten ustedes las siguientes frases: “No todo el que me dice, sino el que hace”. No se trata de decir, sino de hacer. “Muchos me dirán en aquel día: Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?” ¡Qué trabajos más santos son éstos! “Entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.” Dijimos antes que la justicia de los fariseos consistía en hacer obras en público para ser alabados por los hombres. Acá encontramos otro tipo de justicia. Es la justicia de predicar en el nombre del Señor, de echar fuera demonios y de hacer milagros. Los que esto hacen también tienen una justicia que exhibir. Tal vez podamos decir que aquella justicia –la de los fariseos– es la justicia del Antiguo Pacto, y ésta la del Nuevo Pacto. (Más bien, la justicia de los hipócritas del Nuevo Pacto).

Parece tan difícil de entender que estas gentes que hacían estas cosas tan buenas eran también hacedores de maldad. ¿Podemos imaginarnos las dos cosas juntas? ¿Uno que profetiza y que a la vez es hacedor de maldad? ¿Uno que echa fuera demonios que es también hacedor de maldad? ¿Y uno que hace milagros y que es hacedor de maldad? ¿Es posible que se reúnan en una persona esas características tan contrastantes? ¡Oh, es el Rey el que habla, amados! No es Pablo, no es Pedro. ¡Oh, temamos a las palabras del Rey! “Hacedores de maldad ... no los quiero ver, no los conozco ... apártense ...”. A ese extremo llega el repudio que le provoca al Señor este tipo de personas.

Dones y rectitud

¿Por qué es posible que ocurra esto? Amados hermanos, tanto el profetizar, como el echar demonios y el hacer milagros son acciones propias de la gente que tiene dones. Dios da dones a los hombres. En la cristiandad hay hombres con esos dones. Pero los dones nunca han equivalido a rectitud. No equivalen a santidad práctica. Así se entiende, entonces, el que se pueda

tener estos dones y ser un hacedor de maldad.

Un predicador argentino se preguntaba tiempo atrás cómo es posible que haya este tipo de gente que teniendo tantos dones son reprobados por el Señor. Y él contaba que le preguntó al Señor, orando con mucha aflicción. Y entre otras razones que el Señor le dio, recuerdo esta: Los dones no son dados necesariamente a los más capaces. Para que nadie se gloríe. Un don es un regalo, no una recompensa. Una segunda razón es que todos los que tienen dones han de temer y temblar hasta el final. Esta es una buena advertencia. El día que el Señor nos retire su gracia, nos hundimos.

La prudencia de oír y hacer

“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras y las hace le compararé a un hombre prudente ...” (Mateo 7:24). Noten ustedes estos verbos que hay aquí. “... Que me oye estas palabras y las hace ... le compararé ... ¿A qué? ... a un hombre prudente” ...

La justicia de algunos cristianos es de un nivel muy bajo. Como decía antes, la justicia de algunos maridos consiste sólo en soportar a su mujer. O la justicia de alguna esposa consiste en apenas sobrellevar a su marido. La justicia de uno que antes era un vividor es apenas el hecho de no salir por las noches, pero en su casa tiene todavía alguna forma de libertinaje. ¿Es esa la justicia de alguien que aspira al reino de los cielos? La justicia de algunos cristianos es de un nivel muy bajo, indigna del Señor.

Hemos hablado mucho de la santidad y de la justicia imputada, como verdades objetivas y eternas. Hemos dicho: “Posicionalmente somos santos” y “posicionalmente somos justos”. Pero subjetivamente nuestro *estado* ha andado muy lejos, contradiciendo nuestra posición.

¿Quiénes gobernarán con Cristo?

Amados hermanos y amigos: El reino de los cielos es santo, es justo, es puro. Es de tal nobleza, que nunca se ha visto otro igual sobre la tierra. Y el Señor Jesús está preparando súb-

ditos para que reinen con él. ¿A quiénes pondrá él a gobernar en su reino? Solamente a los que son prudentes, a los que han oído sus palabras y las hacen.

Miremos, por favor, la parábola del hijo pródigo. A nosotros nos gusta la parábola del hijo pródigo. La figura de este muchacho que se va de la casa, que vuelve, que es perdonado, y que es recibido con fiesta, nos enternece. Hay misericordia para él en la casa de su padre. Pero les voy a hacer ahora una pregunta un poco difícil, a propósito de esta parábola: ¿A cuál de los dos hijos el padre pondría a administrar su hacienda? ¿A cuál de los dos le daría la responsabilidad de administrar dinero y de tratar con los jornaleros? Acuérdense de que el padre le dice a su hijo mayor: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas”. El hijo pródigo es digno de misericordia, pero creo que no es apto para administrar los recursos en la casa de su padre.

El Señor está buscando súbditos a los cuales asignarles la administración de una ciudad, de un reino. Está buscando a quienes entregarles la tuición sobre otros y sobre muchas cosas. Hay cristianos que viven siempre con el ciclo del hijo pródigo, yéndose de la casa y volviendo a casa. Lo único que ellos conocen es la vida disipada afuera y el perdón después en la casa del padre. Su vida es un círculo vicioso. Se van y vuelven. Ellos nunca administrarán nada.

Amados hermanos santos: recibamos a los hijos pródigos, amémosles, perdonémosles, así como nosotros hemos sido perdonados. Pero tengamos una meta más alta que ser permanentemente perdonados por nuestros desvaríos. Tengamos un caminar en justicia. Seamos personas a las cuales Dios les pueda asignar tareas, trabajos y responsabilidades. Que el Señor nos socorra.

El imperativo de dar fruto

Por algunos años nuestra atención ha estado centrada en la persona del Señor Jesucristo y en su obra. Obra, por lo demás, perfecta, acabada, que nos ha hecho perfectamente justos, perfectamente santos, perfectamente aprobados delante de Dios, obra que nos ha salvado eternamente.

Hemos hablado por años de estas cosas preciosas, de la obra del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, que nos ha favorecido tanto, y que nos ha puesto en un sitio de honor. Sin embargo, en estos últimos días, el Señor ha puesto la atención en que nosotros escuchemos sus enseñanzas. En que nosotros, por algún tiempo, atendamos a lo que él nos ha dado para nuestra edificación, y sobre todo, para nuestro caminar.

Las enseñanzas modifican nuestro caminar

Hemos dejado a un lado momentáneamente la justicia de Dios para hablar acerca de nuestra justicia. Hemos dejado momentáneamente de hablar de la santidad de Dios para hablar de nuestra santidad. Hemos dejado momentáneamente de hablar de los hechos de Dios para hablar de los hechos que incumben a los hijos de Dios. Y cuando entramos en esta materia, suele ocurrir lo siguiente: que los creyentes no siempre se alegran con las enseñanzas del Señor. No porque no las amen o no las valoren, sino porque se dan cuenta que su caminar está muy por debajo de ellas. Yo sé que en estos días ha habido hermanos que han salido tristes de aquí. Pero esa no es una tristeza de la cual haya que arrepentirse. Antes bien, es una tristeza según

Dios que nos lleva al arrepentimiento y nos lleva a enmendar nuestras conductas.

Cuando nos introducimos en las enseñanzas del Señor Jesucristo, entonces algo dentro de nosotros se remueve. Entonces nos damos cuenta de que no basta con creer en él. Que no basta con confesar su nombre. Que no basta con haber recibido la salvación del alma, sino que es necesario también obedecer. Las enseñanzas del Señor son radicales, son revolucionarias. Las enseñanzas de Cristo cambian la dirección de una persona, sus perspectivas y prioridades. Las enseñanzas del Señor Jesús vienen a trastocarnos por entero.

El peligro de interpretar sus enseñanzas

En la cristiandad muchas veces se han suavizado las enseñanzas de Cristo. O bien se ha añadido una interpretación personal o el peso de la tradición. Los fariseos y escribas en los días del Señor Jesús habían hecho lo mismo con las enseñanzas de Moisés, interpretándolas a su manera o añadiéndoles cosas que Moisés nunca había dicho. El Señor Jesús varias veces les recriminó por eso, porque habían invalidado la Palabra de Dios por seguir la tradición de los ancianos.

Cuando estudiamos las enseñanzas de Cristo en las Escrituras, muchas veces le añadimos: “Lo que el Señor quiso decir con esta enseñanza es...” Y lo que sigue a esa frase es lo que nosotros entendemos que él dijo o lo que nosotros queremos que el Señor haya dicho. O bien le añadimos el comentario de algún gran hombre de Dios y decimos, por ejemplo: “Es que Calvino interpretó de esta manera esta palabra.” O, “es que Lutero interpretó de esta manera esta enseñanza.” ¿Y qué ocurre, entonces? Que se invalida la palabra de Dios. Se le quita todo el peso, y entonces sucede que esa espada que debería cortar, ya no corta. ¡Cuánto se ha tergiversado y acomodado su enseñanza!

Permítanos el Señor revisar hoy algunas de sus palabras y rescatar con sencillez el sentido original de lo que él enseñó.

Buenas obras

En Mateo 5: 15 y 16, el Señor dijo que nosotros éramos una luz puesta sobre el candelero para alumbrar a todos los que están en casa. Luego dijo el Señor: “*Así alumbré vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.*” ¿Cómo va a ser glorificado nuestro Padre que está en los cielos? Cuando vean nuestras buenas obras. Si no tenemos buenas obras, ¿cómo glorificarán al Padre?

A los cristianos que creen que la fe basta, les pregunto: ¿Cómo y cuándo el Padre va a ser glorificado delante de los hombres? ¡Cuando ellos vean nuestras *buenas obras*!

Los buenos frutos del buen árbol

Hay cristianos que dicen que basta con tener fe, y que no es necesario que esa fe tenga obras. Que basta con ser un árbol, no importa que no lleve fruto. ¿Cómo dice Mateo 7:19? “*Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego*”. Si no hay necesidad de dar buenos frutos, ¿cómo es que dice que todo buen árbol tiene que dar buen fruto, porque si no es cortado y echado en el fuego?

Quisiera preguntar si alguien tiene alguna buena interpretación, que haga decir a esta palabra otra cosa que lo que dice. Tal vez alguien nos diga: “Lo que el Señor quiso decir es que si eres buen árbol, entonces de alguna manera, algún día, tal vez, a lo mejor, si tú quieres, vas a dar algún fruto”. ¡Hay cristianos que tienen una fe grande, pero que no tienen ningún fruto!

¿Cómo le torceremos la nariz a esta palabra del Señor? ¿Cómo le doblaremos la mano? “¡Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego!” Estas son las sanas palabras del Señor.

¿Cuánto hemos dejado?

Mateo 9:9: “*Pasando Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: “Sígueme”, y se levantó y le siguió.*” Cuando el Señor llamó a

Mateo, éste, dejándolo todo, le siguió. Lo mismo ocurrió con Pedro y Juan. Cuando ellos estaban trabajando junto al mar en las redes, el Señor vino, los llamó, y ellos, dejando sus redes, le siguieron.

¿Pensamos nosotros que un Dios justo como es nuestro Dios va a recompensar igual con el reino a uno que nunca dejó nada por seguir a Cristo? ¿Habría la misma recompensa para Mateo que para uno que nunca dejó nada para seguir a Cristo? ¡Imposible! Cristianos de hoy: ¿Cuánto habéis dejado para seguir a Cristo? ¿A cuánto habéis renunciado por seguir a Cristo? Hay cristianos que dicen: “¡Señor, Señor!”, pero no son capaces de renunciar a nada para seguirle.

Recompensas y castigos

Algunos dicen que no hay recompensas ni castigos para los cristianos. Pero si así fuera, ¿cómo es que dice que seremos recompensados si recibimos a un profeta, a un justo o a un discípulo, y más aun, que esas recompensas serán diferenciadas? (Mateo 10:40-42) ¿Cómo es que no hay castigo, si dice la Escritura que de toda palabra ociosa que hablen los hombres tendrán que dar cuenta en el día del juicio? (Mateo 12:36)

La diferencia entre los distintos tipos de tierra la hacen los frutos

Ustedes conocen la parábola del sembrador. Mateo 13:19 dice: “*Cuando alguno oye la palabra del reino ...*” Aquí se dice cuál es la semilla que el sembrador sembró: “*La palabra del reino ...*” Luego, se dice que hubo distintos tipos de tierra. Nosotros sabemos cuáles son los cuatro tipos de tierra. En el versículo 23 dice: “*Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta y a treinta por uno.*” ¿No se enseña en esta parábola que la diferencia entre una tierra y otra la hace el fruto que dan? ¿No hay implícita aquí una alabanza del Señor a la buena tierra? Sin embargo, hay cristianos que no llevan fruto, pero pareciera que están muy contentos de no llevarlo. Hay cristianos que son como la tierra con espinos, consumidos por el afán de este siglo y por

el engaño de las riquezas, y la vanagloria de la vida (13:22). Hay cristianos que escuchan mensaje tras mensaje, pero después de oírlos, llegan a su casa y se olvidan. Van a su trabajo y se olvidan. La palabra en ellos se vuelve infructuosa, y no dan fruto; pero ellos parecen estar muy contentos.

¿Quién compra el tesoro escondido?

En la parábola del tesoro escondido, el hombre que lo halla vende todo lo que tiene para comprarlo (Mateo 13:44). ¿No dice la Palabra que este tesoro es el reino de los cielos? Hay cristianos que nunca han vendido nada y quieren comprar el reino de los cielos.

Hay una interpretación extraña (o que al menos no la entiendo), que dice que este hombre que compró el tesoro escondido es el Señor Jesús. Que él vendió todo lo que tenía para comprar el reino. Es una linda interpretación. El problema es que si esa es la interpretación correcta –la única– entonces nosotros no tenemos nada que vender. Entonces podemos vivir la vida relajadamente. Entonces los cristianos no tienen ningún sacrificio que hacer.

¿Quién es el mercader?

En la parábola de la perla de gran precio, ¿quién es el mercader? (Mateo 13:45-46). ¿Es el Señor Jesucristo? No dice que sea él. Yo quiero entender esta palabra con sencillez, no con la interpretación de algún hombre o de una corriente doctrinal. ¡Aquí se enseña que el reino de los cielos se compra cuando un hombre aborrece todo lo que tiene (pues lo vende) por causa del reino. Estamos hablando a cristianos, a creyentes. No estamos diciendo que la salvación es la que se compra. No. Aquí se está hablando del reino de los cielos.

Conforme a sus obras

“Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras” (Mateo 16:27). Aquí se dice claramente que el Señor Jesús pagará a cada uno conforme a sus obras. Usted tal

vez me diga: “¿Y la fe, hermano, dónde dejó la fe? Pero yo le digo: “¿Cómo dice aquí: “Entonces pagará a cada uno conforme a sus obras?”. ¡Lo que aquí tenemos son las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo! Note que un poco más arriba el Señor habla de tomar la cruz y de perder la vida.

El precio que pagaron los eunucos

“Pues hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que se capaz de recibir esto que lo reciba” (Mateo 19:12). ¿Podemos ver cuál es el sentido de esta palabra que dice que *“hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos”*? ¿Encontramos aquí algún reproche del Señor a este tipo de eunucos? ¿Hay algo aquí que diga que estos eunucos eran hombres fanáticos, desquiciados? No hay ninguna palabra de desaprobación. Al contrario, aquí hay hombres que por el reino de los cielos pagaron un alto precio.

Hay cristianos que piensan que el reino de los cielos se ofrece gratuitamente. Si así fuera, ¿cómo el Señor que es justo podría recompensar de igual modo a uno que se hizo eunuco por el reino de los cielos que a otro que jamás se tocó la más pequeña célula de su cuerpo, sino que la agasajó, que vivió en comodidades, en deleites, comiendo y bebiendo, y malgastándolo todo con los borrachos? ¿Les podría dar la misma recompensa a unos y a otros? ¡No; imposible!

El vaso y el bautismo del Señor

La madre de Juan y Jacobo –y también ellos mismos– pidieron un lugar de privilegio en el reino del Señor; pero la respuesta del Señor para ellos fue: *“De mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado seréis bautizados”* (Mateo 20:23). ¿Qué significa el vaso del Señor y el bautismo del Señor? El vaso fue esa copa amarga en el Getsemaní antes de morir. Y el bautismo con que él fue bautizado fue haber estado en el corazón de la tierra tres días y tres noches.

¡Hijos de Zebedeo!: ¿Queréis reinar? Tenéis que beber de mi vaso y recibir mi bautismo. Es todo lo que os puedo decir. Sobre lugares de privilegio en mi reino, sólo mi Padre sabe. Cristianos del siglo XXI: ¿Queréis reinar con Cristo en su reino? Tenéis que beber de su vaso, y ser bautizados con su bautismo. Es lo único que tenéis que saber.

¿Hablar bien o trabajar?

“Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo. Sí, señor, voy, y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Dijeron ellos: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios” (Mateo 21:31). ¿No nos enseña esta parábola que cuando el Padre manda a sus dos hijos a trabajar en su viña vale más obedecer de hecho que de palabra? ¡Sí! En realidad, obedecer de palabra no sirve de nada.

¡Cristianos del siglo XXI, que siempre le están diciendo al Señor: “Sí, señor, voy”, y nunca van. Sepan que los publicanos y las prostitutas van delante de vosotros al reino, porque ellos han dicho: “No, esto no es para mí”, pero después se han arrepentido, y han ido.

Los nuevos labradores malvados

Mateo 21:41: *“Le dijeron (esta es la parábola de los labradores malvados) al Señor: A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo.”* En esta parábola, ¿no se enseña, acaso, que la viña del Señor le fue quitada a los judíos y le fue entregada a los cristianos, para que éstos le paguen el fruto a su tiempo? Los judíos tuvieron la viña por casi dos mil años, y nunca pagaron el fruto de la viña. Los cristianos ya han tenido la viña por otros dos mil años, ¿y qué fruto le están pagando? El fin de aquellos labradores malvados fue la destrucción. ¿Cuál creen ustedes que será el fin de los nuevos labradores malvados?

Un siervo flojo

En Mateo 25, desde el versículo 14 en adelante se narra la parábola de los talentos. Un siervo recibió cinco talentos y produjo con ellos otros cinco. Otro siervo recibió dos y produjo otros dos. Pero el que había recibido uno, lo escondió en tierra. Cuando el Señor le pide cuentas, le dice: “*Siervo malo y negligente ...*” La palabra negligente posiblemente no todos la entiendan. Es una palabra suave. Diría mejor: “Siervo malo y *holgazán*”. “Siervo holgazán...” ¿Un sinónimo más común todavía? ... ¡Flojo! “Siervo flojo ...”. “*Quitadle el talento y dádsele al que tiene diez. Y a ese siervo inútil y flojo echadle a las tinieblas de afuera. Allí será el lloro y el crujir de dientes*”. ¿Esto es para los incrédulos? ¡No! Es para los siervos de Dios.

¿Para quiénes está preparado el reino?

Desde Mateo 25:31 encontramos el juicio a las naciones. En el versículo 34 dice: “*Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber ...* Noten la primera palabra del versículo 35: “*Porque ...*” ¿Qué significa este “porque”? Significa que el reino ha sido preparado para ellos por la razón que se indica más abajo. No ha sido sin razón, no ha sido al azar. Para ellos es el reino, porque hicieron lo que se desglosa en seguida.

¿Cuáles son los benditos del Padre ahí? ¿No son acaso los que dieron de comer, de beber, los que recogieron, los que cubrieron, los que visitaron ... ¿a quiénes? Versículo 40: “*... en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.*” Pareciera ser que no se trata de la gente del mundo, sino de los hermanos de Cristo. Los hermanos de Cristo sólo son los hijos de Dios.

Una higuera sin frutos está próxima a ser cortada

“*Al día siguiente, cuando salieron de Betania, tuvo hambre. Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, fue a ver si tal vez hallaba en ella algo; pero cuando llegó a ella, nada ha-*

lló sino hojas, pues no era tiempo de higos. Entonces Jesús dijo a la higuera: Nunca jamás coma nadie fruto de ti. Y lo oyeron sus discípulos” (Marcos 11:12-14).

Noten ustedes que el Señor maldijo a la higuera a pesar de que la higuera tenía una buena excusa para no dar higos. Si hubiese tenido voz la higuera tal vez le hubiese dicho: “¿Por qué me maldices? No es mi tiempo aún para dar higos”. Pero el Señor la maldijo. ¿Fue cruel? ¿Fue severo? ¿Fue injusto? ¡Hermano: es el Señor quien lo hizo!

La Escritura dice en 1ª Corintios 10:11 que todas las cosas que están escritas, para nuestra enseñanza se escribieron. Hay una ley por ahí respecto a los bueyes. Dice: “*No pondrás bozal al buey que trilla.*” Y dice que eso no fue escrito por causa de los bueyes, sino por causa nuestra (1ª Cor.9:9-10). Asimismo, creo que esta enseñanza no fue dada por causa de la higuera, sino por causa nuestra. Una higuera con hojas, y sin fruto.

Los cristianos del siglo XXI tienen hermoso follaje, con verdes de distintos matices, pero que no tienen fruto. Y sucede que las hojas no sirven para saciar el hambre de los hombres. Cada uno de nosotros somos una higuera, y tenemos que dar fruto en todo tiempo.

Veamos Lucas 13:6-9: “*Dijo también esta parábola: Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo halló; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? El entonces respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después.*” Esta higuera también nos representa a nosotros. Hubo una época en mi vida en que yo hubiese querido que esta parábola no estuviese en la Escritura. Cada vez que llegaba a estos versículos mi corazón se me revolvía por dentro. Y surgía una oración a Dios, diciendo: “Señor, por favor, dame un año más. No me cortes todavía.” Yo no sé si tú has sentido ese pánico, pero si no lo has sentido nunca, tal vez sería bueno que lo tuvieras.

Tres años sin fruto. Una higuera así no sirve, inutiliza la tierra. ¡Es una vergüenza! ¡Es un derroche!

Los aptos para el reino no miran hacia atrás

“Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Lucas 9:62). Aquí no hay términos medios. Se es apto o no se es apto. Aquí no se habla de gracia, no se habla de perdón, no se habla de misericordia: se habla de ser o no apto para el reino de Dios.

¿Cuándo dijo el Señor estas palabras? ¿Y a quién se las dijo? ¿Se las dijo a un hombre que quería volver a su antigua vida? No; lean en el versículo 61 y verán a quién le dice eso: *“Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa.”* Tal vez tú te sientas tentado a decir: “¡Señor, ¿cómo pudiste ser tan severo con ese hombre?! ¿Por qué no le diste un ratito así no más para que fuera a despedirse de su casa?” No. Le dijo: *“Si tú vuelves, no eres apto.”*

Tú no puedes mirar hacia atrás. No puedes sentirte todavía ligado a los afectos de la tierra. Cuando Cristo está por delante, nada más vale la pena. Cuando Cristo está al frente tú no puedes volver hacia atrás. Si Cristo está a este lado, tú no puedes ir para el otro. Hacia donde está él, hacia allá tenemos que ir. Cualquiera otra dirección es incorrecta.

Las sanas palabras

Vemos al Señor aquí tan exigente al plantear sus demandas. Nosotros, en cambio, parecemos tan flexibles y tan magnánimos. ¡Pero estas son las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo!

¿Por qué crees tú que son sanas estas palabras? Son sanas porque nos limpian. Son sanas porque nos curan de nuestra presunción y desidia. Pareciera ser que él mete su mano dentro de nuestra alma y se escucha un crujir adentro. Toda esa comodidad y esa blandura en la cual la carne se recuesta y deleita, desaparece con una palabra así.

El buen samaritano eres tú

En Lucas 10:25-37 está la historia del buen samaritano. Se ha dicho que el buen samaritano es Cristo. Que él vino, que nos curó cuando nos encontró tendidos, nos puso en el mesón, que pagó por nuestra restauración, etc. Esta es una buena interpretación. ¿Pero dónde dice que fue Cristo el que hizo eso? Es muy cómodo decir que Cristo es el buen samaritano, porque yo puedo pasar de largo como el sacerdote o el levita. Si es Cristo, entonces esa interpretación no me deja a mí hacer más por mi prójimo. (Ver Marcos 7:11-12). En cambio, lo que sí veo aquí al final es: *“Ve, y haz tú lo mismo.”*

Las interpretaciones nos han hecho mal. Hemos menospreciado la Palabra a causa de las interpretaciones de los hombres.

El privilegio de la manada pequeña

“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino ...” (Lucas 12:32). Hasta ahí está todo bien. ¡Cuánto nos gusta la expresión “manada pequeña”! No son los muchos; son los pocos; no es la gran manada; es la pequeña. No es la cristiandad; es el remanente. *“Para vosotros es el reino”*.

Pero en seguida dice: *“Vended lo que poseéis, Dad limosna. Hacedos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye. Porque donde está vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón”* (12:33-34). ¡Hay cristianos del siglo XXI que están afeitados haciendo tesoros en la tierra, y todavía tienen la desfachatez de pensar que van a reinar con Cristo! ¡Hay cristianos holgazanes que jamás han tomado en serio las palabras, las sanas enseñanzas de Cristo, y ellos piensan que tendrán un lugar de privilegio en el reino junto a Pedro o a Jacobo! ¡Sí; ellos piensan que reinarán junto a aquellos santos hombres de Dios que no sólo vivieron por Cristo sino que lo dejaron todo por él y que murieron por él! No; no será así. ¡No será así! Porque si así fuera, entonces estas palabras no tendrían ningún valor. Entonces Cristo hubiera mentido de principio a fin.

La sal insípida es echada fuera

“Buena es la sal; mas si la sal se hiciere insípida, ¿con qué se sazonará? Ni para la tierra ni para el muladar es útil; la arrojan fuera. El que tiene oídos para oír, oiga” (Lucas 14:34-35). La sal sirve para salar, para guardar la carne de la descomposición. ¡Qué buena es la sal! Pero si la sal se hace insípida, si pierde su valor, no es útil para nada, ni para el muladar: la arrojan fuera.

¡Cuántos cristianos están perdiendo su sabor! El mundo se los está tragando. La manera de pensar del mundo los está envolviendo. Satanás los está atrapando. Hay cristianos que no tienen ningún sabor de sal. Ellos están prontos a ser arrojados fuera. ¿Interpretaremos esto de una manera más suave? ¿Diremos que el Señor “lo que quiso decir con esto” fue otra cosa?

¿Cómo administramos las riquezas injustas?

“Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?” (Lucas 16:11-12). Las riquezas de la tierra son injustas, porque forman parte de un sistema injusto, de un mundo corrompido. ¿No exige aquí el Señor que seamos fieles con las riquezas injustas? Ahora bien, si no somos fieles con las riquezas injustas, ¿nos confiará Dios las riquezas verdaderas?

A veces hay cristianos pobres que momentáneamente lleguen a tener un poco de dinero. Lamentablemente ellos suelen ser un ejemplo de cómo se puede derrochar el dinero, gastándolo en puras bagatelas. ¡Dale dinero a un cristiano carnal y vas a ver lo que puede hacer con esas riquezas injustas! Posiblemente gaste el 10 o más por ciento de su dinero en vanidades en vez de ofrecerlo al Señor.

Amados: ¿cómo administramos las riquezas injustas?

¿Dejaremos hablando solo al Rey?

Esta es la percepción que tenemos en estos días: Dios nos está hablando, y nos conviene poner el oído atento. La palabra

de Cristo suele ser fuerte. Una vez le dijeron al Señor: “*Dura es tu palabra, ¿quién la puede oír?*” ¡Y se fueron! ¡Lo dejaron hablando solo! ¡A él, al Rey, lo dejaron hablando solo!

Entonces, él les dijo a sus discípulos: “*¿Ustedes también se quieren ir?*” Ellos –unos pocos– dijeron: “*Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna*”.

¿De cuál de esas dos clases de personas somos nosotros aquí hoy? El Señor permita que todos seamos de los que le dijeron: “*¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y yo he creído y confieso que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*” (Juan 6:60-69).

Que se nos conceda la gracia, no sólo de quedarnos con el Señor y confesarle con nuestra boca, sino también de llevar mucho fruto para su gloria.

Los tripulantes de la nave “Salvación”

Quisiera proponerles en esta oportunidad una parábola.

La parábola del barco

Imaginemos que todos nosotros estábamos en un leprosario en una isla apartada. Allí estábamos destinados a morir la peor de las muertes entre miles de otros leprosos. Pero un día supimos que alguien enviaría a buscar a todos los que quisiesen ser sanados para siempre. Los interesados en salir deberían esperar en una playa cercana una embarcación que vendría un determinado día a una cierta hora.

La noticia del barco era tan increíble, y a la vez la pesadumbre de esa vida miserable era tanta, que sólo unas pocas personas creyeron el anuncio, y acudieron al lugar indicado.

Así, sin saber cómo, nosotros nos encontramos de pronto arriba de una hermosa nave. Nos empezamos a reconocer unos a otros y a ver que en nuestros cuerpos ya no estaban esas heridas purulentas y malolientes. ¡Habíamos sido sanados! Nuestro rostro habría recuperado la vitalidad y la belleza de nuestros mejores días, y aun más que antes.

Y también nos dimos cuenta que éramos muy pocos los que habíamos llegado a la cita. Y entonces nos sentimos dichosos, y dimos gracias al Cielo, y nos consideramos los hombres más felices. Más adelante nos llevamos una gran sorpresa, porque pudimos ver los registros del barco, y allí encontramos nues-

tros nombres, que habían sido escritos mucho antes que nosotros subiéramos a la embarcación. Así que, tuvimos un doble motivo de gozo. Gozo por haber sido salvados de esa isla de muerte, y gozo por haber sido escogidos de antemano para esta salvación.

El viaje continuó. Y a medida que íbamos navegando por un mar inmenso (y también peligroso), al comenzar a convivir con los otros tripulantes, empezamos a tener algunas dificultades. Aunque el barco era seguro, las instrucciones eran precisas y la dirección era clara, surgieron dificultades. Empezamos a tener algunos desencuentros con los demás. Empezamos a mirarnos con otros ojos, con un poco de desconfianza.

Fueron muchos los pequeños motivos que generaron diferencias y disputas. Por ejemplo, alguien preguntó: ¿cuál de nosotros va a ser el primero? Otro sugirió que el orden de autoridad debería basarse en el orden de llegada. Más de alguien dijo que debía ser según la edad.

Algunos de pronto se volvieron severos. Empezaron a juzgar y a maltratar a los demás. Otros se volvieron envidiosos. En fin, nos comenzamos a entristecer por la clase de compañeros que teníamos en el viaje. Antes habíamos estado gozosos; pero ahora habíamos hasta olvidado de dónde habíamos sido salvados. La gratitud del comienzo dio lugar a la crítica, al juicio, a la tristeza y a la amargura.

¿Qué hacer? La navegación se hizo difícil, y lo peor es que el Dueño del barco, el que nos salvó, al final de la navegación nos llamará para pedirnos cuentas. Ahora todos los tripulantes están a salvo. Pero al final de la travesía, unos serán aprobados y otros serán reprobados. A unos les esperan coronas, a otros, les esperan azotes.

Esta es la historia del barco, y podemos pensar que es una alegoría de la iglesia local. Dios nos sacó de un lugar terrible y nos puso en una embarcación segura. Aunque al capitán del barco no le hemos visto nunca, sabemos que se mueve en forma invisible por todas las dependencias. Él ha dado claras instrucciones acerca de cómo tenemos que relacionarnos, y cómo solucionar los problemas que surgen entre los tripulantes mientras

dures la navegación. Nosotros estamos embarcados, ya no podemos bajarnos. La iglesia es una y no debe ser dividida. Nadie tampoco debe caer al mundo. Nadie escogió a su compañero, pero hemos de aceptarnos porque cada uno de nosotros somos objeto de la misericordia de Otro. Estamos obligados a ir juntos de la mejor manera, y más aún, a amarnos. No tenemos opción.

Hermanos, ¿cómo han de ser las relaciones entre estos tripulantes en el barco? ¿Cómo han de solucionarse los problemas que surgen durante la navegación?

Cada hermano representa una elección de Dios

Cuando el Señor Jesús debió escoger a sus doce apóstoles, él pasó la noche anterior entera orando. (Lucas 6:12-13). Había muchos discípulos que le seguían, y que gustosamente habrían querido integrar ese selecto grupo, pero era necesario escoger a unos pocos, según la voluntad del Padre. Siendo un asunto tan importante, el Señor pasó la noche entera orando al Padre. Según nos dice el evangelio de Marcos, el Señor *“llamó a los que él quiso ... Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar”* (Marcos 3:13-14). Notemos la expresión: *“a los que él quiso”*. Aquí vemos una elección soberana, una elección que ni siquiera fue producto exclusivamente de la voluntad del Señor Jesús. Hubo un acuerdo entre el Padre y el Hijo acerca de cuáles habrían de ser los Doce.

Luego, después de enseñarles por más de tres años, llegó el momento en que él los dejó solos. Entonces, ellos hicieron la obra del Señor. Los hermanos que iban llegando a la fe les respetaban mucho, porque el Señor *había puesto sus ojos en ellos*. Había una elección que pesaba sobre ellos.

Ahora bien, si el Señor se preocupó tanto antes de escoger a esos doce, ¿creen ustedes que la elección de los apóstoles de hoy, de los ancianos de hoy, de los profetas de hoy, de los diáconos de hoy y de los siervos de hoy es casual? Si al Señor le interesó tanto elegir bien, ¿creen ustedes que ahora no le interese tanto elegir bien, y que los ancianos, y que los que sirven y que el hermano que está sentado a tu lado ahora, fue elegido al azar?

Amados, lo que nos distingue a nosotros es la elección de Dios. Él te escogió a ti; él me escogió a mí. Si yo le hubiese elegido a él, eso no me hubiese dado seguridad, pero el hecho de que él me haya escogido, me da seguridad. ¿Cómo entonces va a ser la relación de unos con otros en la vida diaria? La relación entre unos y otros se basará siempre en el hecho de que el Señor puso sus ojos en ti, y puso sus ojos en mí.

Si lo vemos así, valoraremos a cada uno de los hijos de Dios y tendremos con ellos una correcta relación. No descalificaremos al hermano, no lo atropellaremos, no lo menospreciaremos, no trataremos de burlarnos o de aprovecharnos de él, porque él es un elegido de Dios, igual que yo. Aunque le veamos claudicar a veces, o rodeado de debilidades; sin embargo, es un elegido. Habiendo tantos que quedaron atrás, el Señor le escogió a él y me escogió a mí, y ahora vamos navegando juntos. Tal como dice ese antiguo himno, “Salvo navego en la nave “Salud” (o “Salvación”). ¡Sí, esta es la nave “Salvación”!

No hay peligro que alguien caiga al agua, a menos que alguien se tire al agua. Puede que la navegación sea accidentada y difícil, pero nadie cae, porque ese Capitán invisible que la va dirigiendo nos guarda. A veces ocurre que algunos hijos de Dios toman un bote y salen a dar un paseo. Algunos de ellos han perecido. Los encontró un tiburón, o una ola grande y traicionera y los volcó. Hay algunos Demas que han naufragado. Sin embargo, damos gracias a Dios por los que estamos. Gracias a Dios porque ha tenido misericordia de nosotros. Nuestros nombres estaban anotados antes que nosotros lo supiéramos. No fue una sorpresa para él el que tú y yo hubiésemos llegado. (La salvación es una opción cuando estamos más allá de la cruz, pero más acá de la cruz es una predestinación). ¡Hijos de Dios: fuimos predestinados desde antes de la fundación del mundo!

Pero volvamos a nuestro asunto: ¿cuál es el modo correcto de solucionar las diferencias que surgen entre los pasajeros en el transcurso de este largo viaje?

Ofensores y ofendidos

En Mateo 5:22-26 se presenta la situación de un hermano

que ha ofendido a otro. ¿Qué debe hacerse cuando un hermano ha ofendido a otro y se convierte, por tanto, en un ofensor?

Dice aquí que cuando él llega ante el altar del Señor “se acuerda” de que ha ofendido a un hermano. En ese momento él debe interrumpir su adoración e ir donde su hermano agraviado, reconciliarse con él, y luego volver a presentar su ofrenda delante de Dios. Este “acordarse” que tuvo el hermano estando delante de Dios es la obra del Espíritu Santo. Si el hermano hace esto, y se reconcilia con su hermano, entonces ha terminado el problema. Él puede volver a adorar. (Por supuesto, el hermano ofendido, al escuchar las explicaciones, y ver el corazón contrito del hermano, tiene que perdonarlo).

Si el ofensor no da el paso

Pero ¿qué pasa si el que ofende no da este paso? Si el ofensor no da el paso, entonces el ofendido debe darlo. La enseñanza en ese caso está dada en Mateo 18, versículo 15-17: Dice: *“Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano.”*

Noten ustedes que en este caso se trata del ofendido que tiene que dar el paso, ya que el ofensor no fue a pedirle perdón. Tiene que ir donde el ofensor y decirle: “Hermano, has pecado contra mí. Yo estoy herido. Vengo a decírtelo para que te arrepientas, para que recuperes tu comunión con Dios, porque mientras no sanemos esto, vas a tener problemas en tu relación con el Señor.”

Si el hermano se arrepiente de su falta, se produce la reconciliación. Pero si no la reconoce, el ofendido tiene que ir de nuevo con otros hermanos, y después tiene que decirlo a la iglesia. En el caso de que el ofensor no se arrepiente dados todos esos pasos, debe ser tenido por gentil y publicano.

¿Cuál es el objetivo de estos dos mandamientos? El objetivo es que no haya ningún pecado sin perdonar, ninguna ofensa sin ser reparada en medio de la casa de Dios. El que ofende,

debe tener sensibilidad espiritual para darse cuenta que ha ofendido, e ir a pedir perdón; si no es así, el que ha sido ofendido debe dar un paso o varios pasos –según corresponda– para que esa situación sea sanada.

Si el hermano que ofende no reconoce su ofensa cuando la iglesia se lo representa, entonces debe ser tenido por un mundano. Si el hermano ofendido a quien se le pide perdón no perdona, dice la Escritura que debería ser entregado a los verdugos hasta que esté dispuesto a perdonar.

¿Qué pasa si el ofendido no va donde su hermano a representarle su pecado, y prefiere tragarse el dolor, absorber la muerte? Esto puede parecer muy espiritual, pero este proceder acarrea problemas. Por un lado él no ayudará a su hermano a darse cuenta del pecado que ha cometido. Aquel hermano seguirá – tal vez sin darse cuenta– pecando y ofendiendo a los demás, y puede ser que se endurezca por el engaño del pecado. Y por otro, la herida del propio corazón del que ha sido afectado seguirá por mucho tiempo allí. Costará que esa herida se sane, y es posible que en algunos casos nunca se sane.

Estos son los mandamientos del Señor Jesucristo en el caso de hermanos que ofenden y de hermanos que han sido ofendidos.

La enseñanza está completa

¿Por qué tiene que subsanarse esto? Porque vamos juntos en una larga travesía. ¿Cómo podríamos ir juntos si no estamos de acuerdo? ¿Cómo podríamos tener un buen pasar si estamos enemistados unos con otros?

Así que, hermano que has ofendido a otro: debes ir, y reconciliarte con él. Hermano que has sido ofendido, que has esperado varios días o tal vez meses que tu hermano venga y te pida perdón y te restaure: tú tienes que ir al hermano, y decirle: Hermano, has pecado contra mí.

Algunos tal vez piensen que solamente se peca contra Dios. Pero aquí dice: “*Si tu hermano peca contra ti ...*” Hay que considerar que también podemos pecar contra el hermano, y eso debe ser motivo de preocupación. Así que, si Mateo 5 no se

cumple, tenemos que dar el paso de Mateo 18. La enseñanza de Mateo 5 se completa en Mateo 18. Gracias al Señor, porque todo está perfecto en su Palabra.

Veamos ahora otro asunto que tiene que ver con las relaciones de estos tripulantes del barco.

No juzgar

“No juzguéis para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido. ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.” (Mateo 7:1-5).

El mandamiento del Señor es no juzgar a los demás. ¿Por qué no debemos juzgar a los demás? Vamos a dar algunas razones de por qué este mandamiento es tan claro y tajante.

Tres razones para no juzgar

Nosotros no tenemos un *conocimiento pleno*. No conocemos enteramente al hermano ni nos conocemos enteramente a nosotros mismos. Podemos ver los defectos de los demás con cierta facilidad, pero no somos capaces de ver nuestros propios defectos. Siempre tenemos una viga en nuestro propio ojo – aunque no nos demos cuenta–, que nos impedirá juzgar con justo juicio. Nos arriesgamos a juzgar a las personas basándonos en las apariencias. El Señor Jesús advirtió sobre eso a los judíos, y les indicó que ellos juzgaban según las apariencias y no con justo juicio. (Juan 7:24)

Una segunda razón que explica este mandamiento es que nosotros no tenemos un *amor maduro* que nos permita cubrir los defectos y las debilidades de los demás, y que nos permita juzgar con misericordia. Nuestro juicio suele ser severo y destructivo. Los defectos de los demás resaltarán demasiado y las virtudes de los demás serán ignoradas. Se produce un sobre énfasis en los defectos, y las virtudes quedan escondidas. Si

nos comparamos con los demás nosotros somos aprobados y ellos reprobados.

¿Por qué es tan fácil que eso ocurra? Porque nosotros conocemos nuestras motivaciones, pero no conocemos las motivaciones del otro. Conocemos nuestras debilidades, pero no tanto las debilidades del otro. Tal vez él se vio presionado para actuar de una determinada manera, y no sabemos por qué lo hizo. Nuestro amor suele ser débil, de modo que no es capaz de cubrir al hermano que ha pecado, y lo juzgamos con severidad.

Y la tercera razón por la cual no debemos juzgar a nuestros hermanos, es que *al hacerlo nos convertimos en jueces*. El que juzga es un juez. (Ver Santiago 4:11-12) ¿Y quién nos hizo jueces a nosotros? Somos apenas sobrevivientes de un leproso, y estamos por misericordia en un barco que no es nuestro.

El Señor y la iglesia juzgan

¿Pero entonces no hay juicio en la iglesia? En las Escrituras encontramos dos instancias que pueden juzgar: El Señor Jesucristo es el Juez que juzgará a todos los hombres, y que nos juzgará a todos nosotros. *“Todo el juicio (el Padre) lo dio al Hijo”* (Juan 5:27). Su conocimiento es tan perfecto, su amor es tan maduro, que juzgará con justicia y equidad a todos los hombres. Pero aquí en esta travesía hay otra instancia que sí puede juzgar, y es la iglesia. En 1ª de Corintios capítulo 6 encontramos unas frases bien aclaradoras: *“¿Osa alguno de vosotros, cuando tiene algo contra otro, ir a juicio delante de los injustos, y no delante de los santos? ¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas?”* (vv.1-2).

¿Por qué la iglesia puede juzgar?

¿Por qué la iglesia puede juzgar? Porque la iglesia es una pluralidad. Cuando la iglesia juzga, no juzga una persona individualmente. La iglesia es una pluralidad en cuyo centro está el Señor mismo. El Señor Jesús dijo en cierta ocasión: *“Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero, porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre”* (Juan 8:15-17). Aun el juicio del Señor

era verdadero porque no estaba solo. ¿Cuánto más el nuestro?

El juicio de la iglesia no es el juicio limitado de una persona. La iglesia cuando juzga tiene una visión integral. Hay muchas miradas que observan el problema que se está juzgando desde distintos puntos de vista. La situación en toda su complejidad es observada. Ninguno de los hermanos en la iglesia presume que su visión sea la correcta. Cada uno de ellos, en el momento de juzgar una situación, está dispuesto a corregir su visión y su juicio al contrastarlo con el de los demás.

Cuando los hombres de Dios en la iglesia juzgan, van tomando conocimiento de un problema, van realizando pequeñas aproximaciones al problema, y van modificando su juicio a medida que se van adentrando en él. Hay preguntas, hay respuestas, hay aclaraciones, etc., hasta que llega un momento en que todos los que están juzgando tienen paz, porque han llegado al conocimiento pleno. Ahora pueden decidir.

El juicio entonces es el resultado de una acción corporativa, estando el Señor Jesús presente en medio de ellos, ejerciendo un conocimiento amplio y posibilitando que su amor se desborde en los que juzgan. ¿Se dan cuenta que el juicio en medio de la casa de Dios no es un asunto de que “yo vi algo” o “me pareció algo”, y en seguida emití un juicio y condené al hermano? ¿Por qué no podemos juzgar al hermano? Porque el juicio es plural, porque el juicio es un acto serio, profundo, que envuelve el conocimiento pero también el amor.

La presencia del Señor en medio de la iglesia es más gloriosa que en un individuo y es la garantía de que ella no se equivocará. Los individuos tienen pasiones, limitaciones, defectos; pero cuando estos individuos llenos de pasiones, limitaciones y defectos se sientan para juzgar, sus limitaciones retroceden, sus pasiones son anuladas, sus debilidades van quedando a un lado y se va imponiendo el sentir de Cristo.

Tal vez no haya instancia en que los hombres de Dios son más espirituales que cuando juzgan en medio de la iglesia. Porque en ese momento están todas sus facultades espirituales concentradas para interpretar la perfecta voluntad del Señor. Ellos tiemblan; temen equivocarse.

Por tanto, si sólo el Señor y la iglesia tienen la facultad de juzgar, es preciso que como creyentes individuales nos absten-gamos de todo juicio hacia el hermano.

Un problema que suele darse

Pablo dijo en cierta ocasión: *“El espiritual juzga todas las cosas, pero él no es juzgado de nadie”* (1 Corintios 2:15). ¿Qué diremos a esa palabra? Esa palabra ha sido muy mal interpretada por algunos siervos de Dios. Ellos han dicho: “Yo soy espiritual, la iglesia no es espiritual, así que el juicio de la iglesia a mí no me alcanza. Yo estoy por encima del juicio de la iglesia”. Ellos no ven que Pablo dijo eso referente a juzgar las cosas del Espíritu. Pero en ningún caso se está refiriendo al juicio de las cosas prácticas, de los problemas que hay en el caminar de los hermanos. Pablo mismo no se atrevió a juzgar él solo un pecado, aunque era muy evidente, sino que sometió el juicio a la iglesia. (1ª Corintios 5:4-5).

Los espirituales no necesitan explicaciones

En Filipenses 1:9-10, Pablo ruega al Señor para que *“vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que aprobéis lo mejor ...”*. ¿Cuándo los hermanos podrán aprobar o decidir lo mejor, es decir, cuándo podrán juzgar espiritualmente? Cuando su amor abunde y cuando estén llenos de ciencia y de todo conocimiento. Pero el amor y el conocimiento necesarios para juzgar sólo están en la iglesia, no en los individuos.

Amados hermanos, creo que esto está claro. El mandamiento, por tanto, no admite discusión: Nos juzguéis para que no seáis juzgados. ¿No ves que tú tienes una viga en tu ojo? ¿Cómo te atreves a decir que hay una pajita en el ojo de tu hermano?

No debería haber sido necesario dar tantas explicaciones a esta enseñanza. Los espirituales no necesitan explicaciones para obedecer. El mandamiento es claro: “No juzguéis”. Y cuando haya algo que juzgar, sometámoslo a los pastores. En vez de emitir un juicio contra un hermano, nos conviene más preguntarle a alguno de los pastores: “Yo he visto esta situación en el

hermano, no sé si ustedes han juzgado ya esto”. Si el pastor dice: “Sí, eso está juzgado”, entonces no hay nada más que decir.

Que el Señor nos ayude para ser sabios en nuestra forma de conducirnos y para que esta navegación sea más llevadera.

Los tropiezos a los pequeños y a los débiles

Pero hay más instrucciones que tienen que ver con la relación entre los tripulantes.

Vamos a revisar brevemente un par más. Mateo 18:6: *“Y cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar. ¡Ay del mundo por los tropiezos! Porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!”*.

En Romanos 14:1-4a, 21: dice: *“Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones. Uno cree que se ha de comer de todo; otro que es débil come legumbres. El que come no menosprecie al que no come, y el que no come no juzgue al que come, porque Dios le ha recibido. ¿Tú quién eres que juzgas al criado ajeno? ... Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni nada en que tu hermano tropiece, o se ofenda, o se debilite”*.

En estos pasajes se trata de los pequeños y de los débiles. Ambos son susceptibles de tropiezos.

Los pequeños y los débiles suelen ser difíciles de sobrellevar. No son espirituales todavía. Ellos son nuevos, vienen llegando. O bien, han tenido dificultades para crecer espiritualmente. Tal vez se han negado a rendirse al Señor. Sin embargo, este mandamiento dice que debemos velar por los pequeños, evitar causarles tropiezos y dificultades, y evitar hacer cosas que ellos no entiendan, que los desalienten y que los hagan apartarse del Camino. En este mismo pasaje de Mateo, un poco más abajo, el Señor dice que si una oveja se aparta del redil y se descarria, hay que ir tras ella hasta encontrarla.

Entonces, ¿cuál sería concretamente el mandamiento del Señor? Primero, no causar tropiezos a los pequeños o a los débiles. Debe producir un tremendo temor cuando eso ocurre.

Debe hacer que el hermano mayor se sienta realmente como exponiéndose al azote del Padre. Luego, debe ir y restaurar al pequeño, y si se ha apartado, si la ovejita se ha descarriado, hay que ir allá, cargarla sobre los hombros, y traerla de vuelta. Con cariño, con ternura, con paciencia.

Así pues, los más grandes en la iglesia ¿hacen lo que quieren? Los que tienen dones, capacidad de liderazgo, los que tienen facilidad para hablar, ¿pueden hacer lo que quieren en la iglesia? En este barco, los que tienen más capacidad intelectual, ¿pueden hacer lo que quieren con los demás tripulantes? ¡No! No pueden hacer lo que quieren, antes bien, los más débiles, los más indefensos, los más expuestos, son los que el Señor tiene más protegidos.

Hermanos, ¿podemos ver esto? ¡Que el Señor nos conceda su gracia para tener el trato adecuado con los más pequeños y débiles!

La envidia

Mateo 20:12 en adelante. Esta es la parábola de los obreros de la viña. Unos fueron contratados temprano, otros a mediodía, otros más tarde, y otros casi al terminar el día, y todos recibieron el mismo salario. Entonces, el versículo 11 dice: *“Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, diciendo: Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día. El, respondiendo, dijo a uno de ellos: Amigo, no te hago agravio; ¿no conviviste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar a este postrero, como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?”*.

Aquí está el problema de la envidia. El Señor Jesús dijo una palabra muy extraña, que es hasta ilógica (e injusta) si la miramos desde el punto de vista humano: *“Hay postreros que serán primeros, y hay primeros que serán postreros.”* El Señor no rechaza esto: él está afirmando una realidad, él simplemente la declara. Ahora, preguntémonos, hermanos, ¿qué pasa con los primeros que son hechos postreros? ¿Cómo se sienten? Ellos tal vez tengan este problema de la envidia.

¿Qué podemos decirle al que es envidiado? ¿Al que llegó último y está primero? ¿Le diremos acaso: “Mira cómo te envidian, no te fíes de nadie, te van a dar un golpe por detrás”? ¿Le diremos cosas así? ¡No! Le diremos: “Hermano, tú eres un bienaventurado, así que sigue mirando al Señor. Sigue corriendo la carrera con un corazón limpio y orando por aquellos que te envidian.”

¿Y qué le diremos a aquél que siente envidia porque, habiendo llegado primero, quedó postergado? Hermano: “La envidia es un pecado. No juzgues al que te pasó a dejar atrás. Antes bien, humíllate delante del Señor para que él te muestre su gracia. Acaso puedas recuperar el lugar que debió ser tuyo y que has perdido por tu negligencia.”

¿Qué recibiremos al final de la travesía?

Amados hermanos, que el Señor nos socorra, para que estas sanas palabras del Señor Jesucristo sean realidad en cada uno de nosotros. Para que el Padre sea glorificado por nuestras buenas obras, por nuestro caminar justo, santo, por nuestro andar piadoso y recto. Para que nadie tome un bote y se arroje al mar. O para que a nadie, porque ya cansó a los demás tripulantes y cansó al Señor de la nave, tengan que tomarlo y lanzarlo al mar.

Que el Señor permita que todos, al final de esta travesía, recibamos coronas y no azotes. Que así sea.

Más que mera obediencia

Lectura: Lucas 17:11-19.

Una historia en dos partes

Es posible que ustedes hayan oído más de alguna vez predicar sobre este pasaje. Es uno de los más conocidos; es uno de los milagros más prodigiosos que el Señor realizó, una de las demostraciones más palpables de la misericordia de Dios para con hombres totalmente marginados de la sociedad. Hombres despreciados, repulsivos, que a la sola vista causaban una impresión desagradable. Es esta una demostración del amor y de la misericordia de Dios.

Pero en esta ocasión quisiera, para comprender bien lo que el Señor nos quiere decir, dividir esta historia en dos fragmentos. El primero, del versículo 11 al 14, y el segundo, del versículo 15 hasta el 19.

Jesús se pone al alcance

Veamos primero qué pasa entre los versículos 11 y 14.

Jesús va caminando hacia Jerusalén. Para caminar hacia Jerusalén desde Galilea normalmente la gente atravesaba el Jordán y se iba por el lado oriental, para evitar pasar por Samaria. Para los judíos, Samaria era una tierra casi maldita. Ellos no hablaban con los samaritanos. Los samaritanos eran una raza mezclada. Eran judíos mezclados con gentiles.

Sin embargo, aquí encontramos al Señor Jesús, al igual que en otras ocasiones –por ejemplo cuando habla con la samaritana junto al pozo de Jacob– haciendo lo que la mayoría

no hacía. Los demás sentían repulsión, hacían discriminación; el Señor Jesús, en cambio, se puso al alcance de ellos. Él bajó del cielo para ponerse al alcance de todo hombre. Así como pasó por Samaria –un lugar rechazado– también él vino aquí, a esta otra Samaria gentil, y se ha metido en nuestras casas, y ha recorrido los barrios pobres, ha entrado en el hogar de la viuda, y en el hogar del huérfano. Se ha metido en el hogar del atribulado de corazón, de aquel que había perdido la esperanza, y allí nos encontró a nosotros. Hasta hoy él sigue entrando en las cárceles. Allí donde están los que han sido castigados por la justicia, allí él todavía entra para darles verdadera libertad. Sigue entrando en los hospitales, allí donde están aquellos con sentencia de muerte, para salvar el alma, para recuperar lo que está a punto de morir.

El Señor Jesús se mete por esas calles angostas, esas calles a media luz donde los hombres decentes no quieren entrar. Allí donde hay una mujer demasiado risueña, allí también él suele entrar para salvar a la mujer atribulada que invoca su Nombre. Porque para él no hay hombres de primera o de segunda clase, porque todos los hombres son objeto de su amor, porque por todos los hombres él murió. ¡Cuán grande es Su misericordia!

Él sigue bajando a Samaria. Samaria es lo peor del mundo. Samaria es lo que no tiene reputación. Samaria es aquello que se mira de lejos, o ante lo cual preferimos volver la mirada.

Lo que significa ser leproso

El Señor Jesús entró en ese lugar y estos hombres alzaron la voz: «¡Ten misericordia de nosotros!». Tal vez nosotros nunca entenderemos lo que estas palabras significaban para ellos, y el dolor que iba impregnado en esta frase. Para nosotros es sólo una frase que está entre signos de exclamación aquí. Pero ¿qué significaba para ellos? ¡Cuántos dolores estaban reunidos allí! ¡Cuántas angustias estaban empapando esa frase! ¡Pero cuánta esperanza también!

La lepra era una enfermedad terrible. Los leprosos tenían que ser apartados de sus casas y de la ciudad. Vivían en

las afueras, en los montes, en las cuevas. Había lugares apartados para ellos donde ningún hombre sano podía ir. Eran muertos vivientes. Se les caía la carne a pedazos. Si por ventura tenían hijos a los cuales sus brazos habían cobijado alguna vez en sus días felices, la lepra se los había arrebatado para siempre. La lepra los había separado de su mujer. Los había separado de sus padres. La lepra los había separado de todos los afectos humanos. La lepra era una sentencia de muerte. Ellos vivían, pero estaban muertos.

Esta es la condición de muchos hombres hoy en día. Ellos caminan muy erguidos por las calles, sin embargo, desde su alma atormentada y tenebrosa se despiden un olor putrefacto. Se están cayendo a pedazos. Ellos tal vez sonríen en su trabajo, o mientras ven un programa de televisión, pero están leprosos, están muriendo. No tienen esperanza, no tienen a Dios. Pueden verse exteriormente bien, sin embargo, ellos están enfermos de muerte.

Bastó que ellos alzarán la voz

Estos diez leprosos no tuvieron que pedir audiencia, no tuvieron que realizar un engorroso trámite para a ver si se les daba una posibilidad de hablar con el Señor. Bastó que alzarán su voz, y el oído del Señor captó su clamor.

El Señor Jesús está al alcance de todo hombre. Su oído está pronto para oír, su mano está extendida para salvar, su corazón amoroso y compasivo todavía se enciende de compasión por los dolores del hombre. ¡Qué bendito es el Señor Jesucristo! Basta que un hombre le invoque y es salvado. Como aquella mujer que fue detrás de él pidiendo por su hija enferma, o como Pedro el discípulo que se hundía en las aguas, y le dijo: «Señor, sálvame.» O como aquel hombre que tenía su criado enfermo, y le dijo: «Anda, Señor, y sana a mi criado.» Bastó que elevaran su voz y el Señor los salvó.

No hay ninguno que haya acudido a él, que haya sido rechazado. Ni ayer ni hoy. Jesús es el mismo ayer y hoy y por los siglos.

Los leprosos son sanados

El Señor los oyó, y les dijo: «*Id, mostraos a los sacerdotes*». ¿Cuándo un leproso tenía que ir a mostrarse a los sacerdotes? Ciertamente no podía ir cuando estaba enfermo. El hecho de que el Señor Jesús les dijera esto significaba que ellos debían estar sanos. Era un asunto, por tanto, que desafiaba su racionalidad.

«*Id, mostraos a los sacerdotes*». Seguramente se miraron a sí mismos, todavía la carne faltaba, todavía estaba la llaga purulenta. Al mirarse unos a otros, aún sus ojos estaban desorbitados. Pero él dijo: «*Id*». Tal vez uno tomó la iniciativa, y les haya dicho a los otros. «Bueno, ¿qué perdemos? Si nos quedamos aquí vamos a morir leprosos, y si obedecemos tal vez algo suceda». Y algo sucedió en el camino. Aconteció que mientras iban, fueron limpiados.

¿Por qué nos alegramos por esta palabra? Porque nosotros nos sentimos identificados con ellos. Porque nosotros sabemos lo que es la lepra, sabemos lo que es el pecado. Sabemos lo que es haber sido limpiados. Con sólo una palabra del Señor fuimos limpiados. Él nos dijo que con sólo creer en el Hijo de Dios seríamos libres, seríamos sanos, seríamos salvos. Y esa palabra se ha cumplido en nosotros. El Señor lo ha dicho y ha sido hecho. Hemos sido limpiados de nuestros pecados para siempre.

¡Estamos libres del pecado! ¡Estamos libres de la lepra! ¡Estamos libres de condenación! Hemos vuelto a nuestra familia, hemos sido recibidos de nuevo en casa. Podemos de nuevo compartir con nuestra esposa, con nuestros hijos, hemos recuperado nuestra herencia. ¡Oh, ahora lo tenemos todo! No sólo hemos dejado de estar contaminados y leprosos: hemos recuperado lo que habíamos perdido. Hoy somos hijos de Dios. Hoy estamos de vuelta en la casa. Estamos en la casa de nuestro Padre.

La reacción de los que fueron sanados

Dijimos que hasta aquí sería el primer fragmento de esta palabra; porque hasta aquí nosotros encontramos un solo he-

cho bendito y glorioso: la misericordia de Dios para con estos hombres enfermos de muerte, y la obra del Señor Jesucristo a favor de ellos. Ellos clamaron, él los acogió; ellos pidieron misericordia, el Señor extendió su misericordia. ¡Hasta aquí está todo bien! ¡El Señor lo hizo todo perfecto!

Pero lo que sigue, amados hermanos, esta segunda parte, es distinta. Aquí tenemos como protagonistas, no al Señor que sana, sino a estos diez leproso que fueron sanados. ¿Qué hicieron ellos? Dice que *«uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió glorificando a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra dándole gracias, y éste era samaritano»*.

Llama la atención que fue sólo uno y no los diez. Este hombre, al parecer el único samaritano de los diez, volvió al Señor glorificándole a gran voz. Se lanzó a los pies del Señor y le dio gracias. Seguramente lloraba. Seguramente besó sus pies. ¡Pero fue uno y no los diez! Entonces, el Señor Jesús le hace una pregunta: *«¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve ¿dónde están?»*

Amados hermanos, esta es una pregunta que yo quisiera poner en el corazón de todos los que ya han sido limpiados.

El Señor tenía una secreta esperanza

Podemos decir que la primera parte de este pasaje es un fragmento destinado especialmente a los que no conocen al Señor, a los que están enfermos. Es un pasaje que les habla de salvación, de que en el Señor Jesús encuentran misericordia.

Pero en este segundo fragmento, tenemos el siguiente asunto: ¿Qué hace uno luego que ha sido sanado? El Señor pregunta: *“¿No son diez? ¿Y los nueve dónde están?”*. Cuando el Señor les dice: *«Vayan a los sacerdotes»*, los diez corrieron, los diez creyeron que iban a ser sanados, o que algo iba a ocurrir. Sin embargo, uno sólo volvió. El Señor Jesús echó de menos a los otros nueve. Aunque les dijo que fueran a los sacerdotes, él tenía una secreta esperanza, tenía un anhelo, tenía un deseo. ¡Él quería, esperaba, anhelaba que volviesen los diez!

En ningún momento él les dice: *«¡Vayan y vuelvan!»* Él les dice simplemente: *«Vayan»*. ¿Pero qué es lo que había en su

corazón? En su corazón había el deseo de que todos volviesen. Amados hermanos, (y ahora le hablo a los creyentes): El Señor Jesús no sólo espera que nosotros obedezcamos sus palabras, sino algo más que eso: espera que reconozcamos el deseo íntimo de su corazón. Aquello que él no nos dice, pero que nosotros debemos descubrir. Él no nos manda que seamos agradecidos, pero él espera que seamos agradecidos. Esa pregunta: «¿Y los nueve dónde están?» refleja una tristeza. (¿No les parece a ustedes que refleja una tristeza?) Seguramente él miró por el camino, y preguntó: «¿Y los nueve dónde están?». Tal vez lo único que vio fue una polvareda que se perdía en la distancia.

Más que mera obediencia

Tenemos que hilar un poco más fino aquí. En este pasaje tenemos un mensaje sin palabras, un deseo del corazón apenas sugerido.

Un diez por ciento ... ¿Será este, amados hermanos, el porcentaje de los hijos de Dios que luego que han sido limpiados, sanados, que han sido recuperados, vuelven al Señor, y se postran a sus pies para darle gracias? ¿Sólo un diez por ciento?

Noten ustedes que en el verso 16 dice: «*Se postró rostro en tierra a sus pies dándole gracias*». Y el Señor dice en el verso 18: «*¿No hubo quién volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?*». Para el samaritano, el acto de volver fue simplemente la expresión de gratitud. El volvió para dar gracias por su sanidad. Pero para el Señor esa actitud de agradecimiento significaba dar gloria a Dios.

Muchos cristianos dicen que quieren glorificar a Dios, y que Dios sea glorificado a través de ellos. Sin embargo, lo único que se ve de ellos es la polvareda que ha quedado detrás, porque están lejos. Ellos han obedecido un mandamiento formal, externo, un mandamiento de la ley de Moisés. Ellos cumplen con su deber. Tal vez vengan a todas las reuniones, tal vez nunca hayan negado al Señor; sin embargo, ellos no conocen el deseo íntimo del corazón del Señor. Ellos tal vez tengan alguna excusa y puedan decir: «Señor, tú no me mandaste que hiciera eso, nunca me dijiste que hiciera tal cosa». Pero el Señor tal vez

le diga esto: «Siervo mío, yo estuve esperando que tú te dieras cuenta de lo que yo quería, que tú descubrieras mi deseo. ¿Cómo te voy a pedir que seas agradecido? ¿Cómo te voy a pedir que te postres ante mí? Yo no quiero autómatas, no quiero gente traída a la fuerza. Yo quiero que tú vengas voluntariamente porque has descubierto el anhelo de mi corazón.»

Volver al Señor cuando no es una obligación, es un acto de amor.

No huyamos del Señor

Ser sanados, ser objetos de su misericordia es todavía la mitad de la obra de Dios. La otra mitad depende de nosotros. Dios ya hizo lo suyo. Nosotros tenemos que hacer nuestra parte. Dios extendió su mano, nos dio su palabra. Ahora nos toca a nosotros. ¿Qué estamos haciendo con nuestra vida? Tal vez usted, después de haber sido salvado, ha tomado la salvación del Señor, se vistió con ella, tiró sus harapos, se puso un vestido nuevo, su conciencia está limpia, su corazón está rebosante. Sus pies caminan con libertad. ¿Es eso todo? ¿Es la voluntad perfecta del Señor?

Amado pueblo de Dios: quisiera invitarlos hoy a que descubramos lo que hay en el corazón del Señor. Y que vengamos a él, que acudamos a él con gratitud, que nos postremos delante de él. Tal vez alguno diga: «Yo no me atrevo a ir así al Señor, porque tal vez el Señor me coja, y me diga: Ahora no te suelto más. Ahora eres mío, te tengo en mi mano. Y comience el Señor a plantearme sus demandas, y sus demandas son terribles. No, no me acerco al Señor. Prefiero caminar de lejos.»

¿Qué hizo el Señor con este samaritano que volvió a darle gracias? Él no lo retuvo. Le dijo: «*Vete, tu fe te ha salvado.*» Si tú vienes al Señor y le rindes tu vida, tal vez el Señor te diga: «Vete, anda a tu trabajo, sigue haciendo lo que estás haciendo». Tal vez él ni necesite de ti, así que no seas presumido. Pero ¿sabes? Tu vida no será nunca igual que antes. Tendrá un nuevo sentido, tendrá un nuevo sabor. Y no andarás fugitivo del Señor, pensando que tal vez él quería retenerte. Si vas caminando hacia allá es porque el Señor te dijo que caminaras hacia allá, e irás tranquilo.

Es bueno venir al Señor, postrarnos delante de él. A la mayoría tal vez le diga: «Vete». A otros tal vez les diga: «Quédate. Te necesito.» Hermano, ¿y qué tal si él te dice: «quédate»? ¿Lo tendremos como una pérdida? Algunos parece que lo pensarán así. Tal vez el Señor ha estado hablando al corazón de algunos desde hace tiempo, y todavía luchan, y todavía se resisten.

Un testimonio de obediencia

Para terminar quisiera leerles una historia que encontré en un libro. Puede representar a muchos aquí.

Cuando tenía 18 años un hermano fue a la guerra a otro país. Él era aún un inconverso. Dos años después volvió de la guerra, y traía su pie herido por dos balazos. Le habían dicho que nunca más podría caminar normalmente. Estaba desilusionado de todos los ideales que alguna vez se forjó. En ese estado de desazón que tenía, conoció al Señor Jesucristo y luego comenzó a inquietarse por servir al Señor. Pero comenzó una lucha en el corazón. Quería servirle, pero temía y se retraía. Estaba comenzando a desesperarse. Había una insatisfacción profunda en su corazón.

Un día se alejó de su casa, cojeando todavía con harto dolor, y se fue a las afueras del pueblo para orar en voz alta, sin que nadie lo escuchara. Y le dijo: «Señor, ¿qué es lo que estoy reteniendo? ¿Qué es lo que uso como una excusa para no servirte en cualquier lugar y como tú quieras?». Estuvo orando ahí un par de horas, y estaba como agonizando. Hasta que de pronto se hizo la paz en su corazón. Y entonces tuvo una decisión firme y dijo: «Señor, donde quieras, como quieras y de cualquier manera que quieras, iré, Señor, y comenzaré ahora mismo, al ponerme de pie en este lugar, y mientras doy mi primer paso, Señor, por favor, considéralo como un paso de total obediencia a ti.»

Se puso en pie, y dio un paso hacia delante. Ese paso para él significaba un paso de obediencia. En ese preciso momento sintió un fuerte tirón en su pierna inválida. Con gran cuidado apoyó el pie en el suelo, y se dio cuenta de que podía caminar

sin dolor. ¿Qué había pasado? ¡No sabía! Con mucho cuidado caminó de vuelta a casa. Y mientras caminaba un versículo le vino a la mente: «*Mientras iban, fueron limpiados*». Desde ese día no cojeó nunca más. Y hasta el día de hoy es un siervo de Dios que ha puesto su vida muchas veces por llevar la Palabra del Señor a los países más allá de la Cortina de Hierro, desde los '60 y '70. ¹

La fe desencadena los hechos de Dios

Amados hermanos, cuando nosotros nos decidimos a caminar en obediencia, entonces Dios puede operar los milagros que él está esperando hacer. Es por fe. Si no hay fe, él no puede hacer nada. Es la fe la que desencadena los hechos de Dios. Tal vez tú estés diciendo: «Yo no sé. No puedo. ¿Qué debo hacer? Temo, Señor. Temo el precio que hay que pagar. Temo que tú me retengas a tu lado. Prefiero ir lejos, hacer mi vida». Pero el Señor a algunos, a los escogidos, a los que él quiere, los llama para que estén con él. A los apóstoles, a los doce, los llamó primeramente para que estuviesen con él, y luego los envió.

Así que, si tú estás leproso debes clamar a él para ser sanado. Si ya has sido limpiado, debes venir a los pies de Jesús para glorificarle. Nadie tiene excusa. Los brazos del Señor están abiertos para recibirte.

¹ Testimonio tomado de «El contrabandista de Dios», del Hermano Andrés.

Apártate de mí

Lectura: Lucas capítulo 5: 1-11.

Meditemos en la escena que aquí se nos muestra. Hay una multitud de personas agolpándose para oír la palabra de Dios, el Señor sube a una de las barcas y enseña a la gente. No se dice qué es lo que enseña, sólo que habló la palabra de Dios. Luego da una orden, que es totalmente contraria a lo natural y lógico del momento. Le dice a Simón: “*Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar*”.

Una extraña orden

El Señor Jesús, en lo natural, era “hijo de un carpintero”; seguramente desde niño fue aprendiendo aquel oficio, pero la pesca no era su especialidad. En cambio estos hombres, Juan, Jacobo y Pedro, eran pescadores de experiencia. Pero ese día ellos habían fracasado. No habían pescado nada en toda la noche.

Por eso, ante este mandato del Señor, Simón no responde con un “sí” lleno de fe. No parte con una obediencia inmediata. Es probable que haya pensado: “¿Cómo se le pueden ocurrir estas cosas al Maestro? Yo soy un experto pescador, y yo sé que hoy no habrá pesca”. Sin embargo, a pesar de los argumentos que pudo haber tenido, finalmente obedece, declarando: “En tu palabra echaré la red”. Note usted que Pedro se refiere al Señor como “Maestro”, sólo como “Maestro”.

Bueno, el milagro se produjo. Y era tal la cantidad de

peces que las redes casi se rompían, y se llenaron las dos barcas. Indiscutiblemente, allí ocurrió un milagro. Estaba absolutamente fuera de todas las posibilidades naturales de aquel momento. Pero desde ahí la escena tiene un completo cambio de giro. Noten que en todo el resto del relato, no se habla más de las redes ni de las barcas. El milagro pasa a segundo plano. Y entonces ocurre algo en el corazón de los protagonistas: se dice que todos se llenaron de temor. En seguida Simón viene a postrarse de rodillas ante el Señor. Esto es interesante. Simón deja la barca y la pesca, viene a Jesús y se arrodilla ante Él.

Una extraña petición

Había allí sobradas razones para celebrar. Pero en vez de alegrarse por la ganancia que acarrearía aquella pesca tan espectacular, se produce algo en el corazón de este hombre. De rodillas ante el Señor pronuncia unas palabras que sorprenden: *“Apártate de mí Señor, porque soy hombre pecador”*.

Este es un lenguaje extraño, porque si en realidad deseaba tal alejamiento, ¿por qué no se apartó simplemente del Señor? Aquí hay una contradicción; las palabras no concuerdan con la actitud. Las palabras dicen “Señor apártate de mí, no soy digno de ti. Si tú hiciste este milagro, entonces tú no eres tan sólo un maestro que enseñas cosas lindas acerca del reino de Dios. Tú eres Señor de los peces del mar; has mostrado tu señorío sobre ellos. Tú señoreas sobre la naturaleza. Tú tienes poder para hacer lo imposible. Tú eres una persona especial, y más encima yo entro en contradicciones contigo. Tú me estabas diciendo una cosa y yo ¿quién soy para argumentar contigo?”.

Después de ver este milagro, se contempló a sí mismo bajo una nueva luz y se sintió miserable. “¿Quién soy yo para contradecirle? Si él tiene una voluntad, ¿quién soy yo para tener otra voluntad? Si él tiene un deseo ¿por qué yo insisto en lo mío? ¡Cuán indigno soy yo de ti, Señor! ¡Apártate de mí, Señor; tú eres santo y yo soy un pecador!”

Un corazón dividido

Recordemos que esta no es la primera vez que Pedro se

encontraba con el Señor. Su hermano Andrés había “*hallado al Mesías*” (Juan 1:41-42) y se había encargado de conducirlo a él. Después de aquel primer encuentro con Jesús, Pedro continuó en lo suyo, ocupado en su oficio. Su corazón todavía estaba dividido. En esto se parece a muchos de nosotros, que habiendo conocido al Señor, todavía tenemos el corazón en otro lado. El Señor aún no es lo suficientemente atractivo como para darlo todo por él. Es cierto que lo queremos, lo amamos, lo valoramos, pero aun está lo del Señor allá y lo nuestro acá.

Así estuvo Pedro, como en una balanza: “Sí, es verdad, es el Mesías –lo dijo mi hermano Andrés–, él me miró y me dijo que yo sería cambiado de Simón a Cefas (¿transformado en una piedra?). O sea, él tiene propósitos conmigo, pero... ¿y mi trabajo y todo lo que yo soy, todo mi mundo?”. Así es el corazón ambivalente del hombre. Así queda de manifiesto su realidad. No era uno que estaba siguiendo fielmente al Señor. Su corazón estaba dividido, pero el Señor permitía esta situación.

Fíjese que el Señor no lo exhorta con violencia. No le dice: “¡Pedro, eres un tibio!”, o “¡Debes dejarlo todo por mí!”. Simplemente le muestra quién es él, se le revela en forma indirecta. No trata de quitarle lo que tiene, más bien *le muestra algo mejor!* Se le muestra él mismo para que tenga alguna idea acerca de frente a *quién* está.

Pedro le dijo: “Apártate de mí”. Pero si realmente hubiera querido eso, no habría venido a sus pies. En realidad su corazón está diciendo otra cosa: “No merezco estar contigo, Señor, ¡pero quiero estar! No soy digno de Ti, pero si me lo permites, yo quiero estar contigo. Señor, yo no te merezco, soy un hombre pecador comparado contigo, ¡qué distancia tan grande hay entre tú y yo, Señor! Tú eres tan alto, eres tan especial. Estoy empezando a conocerte, pero eres mucho más de lo que yo me hubiera podido imaginar!”. Entonces, considerándose a sí mismo, sus faltas, su miseria moral, su indignidad, sus tinieblas, en fin, todo lo suyo, ve el contraste inmenso, el abismo que lo separaba del Señor; y entonces exclama: “No soy digno de ti. Pero en vez de huir de ti, ¡vengo a ti!”

La necesidad del quebranto

Qué precioso es todo esto, hermanos. Creo que si algún creyente no ha pasado por una experiencia de quebranto como ésta, tarde o temprano le ocurrirá. Y si le ha pasado una vez, lo más probable es que le pasará una y otra vez a lo largo de su carrera. Cada vez que su carne se comience a levantar, que el “yo” se comience a engrandecer, será una bendición que por un medio u otro el Señor nos conduzca a sus pies para mostrarnos que sin él nada somos, y que si en algo él nos ocupa, es por su infinita misericordia.

Así suele ser de contradictoria la vida del creyente. A veces el Señor permite ocasiones en que nos damos cuenta de quiénes somos realmente, ocasiones en que tenemos un encuentro, por un lado, con la gloria del Señor y, por otro, con nuestra propia miseria. Incluso Pablo, de quien tenemos un alto concepto, en un momento de su vida cristiana llegó a exclamar: “*Miserable de mí*” (Rom. 7:24).

Hermanos, si nosotros nunca hemos tenido un quebranto que nos permita ver lo que realmente somos: hijos de Adán, hombres que arrastramos un cuerpo carnal, que tenemos una mente que nos traiciona, que tenemos tanta actividad mundana, con afa-nes, carreras, deseos, ambiciones, tensiones y sueños que no siempre concuerdan con la voluntad del Señor, entonces llegará el día en que tendremos un encuentro con nuestra propia necesidad e indignidad. Entonces pensaremos: “¿Habrá que seguir o habrá que quedarse?”. Algunos no se hacen problemas: simplemente dan media vuelta y se van; pero no fue así con Pedro. Él no estuvo entre aquellos que volvieron las espaldas al Señor. Él dijo: “¿A quién iremos, Señor?, tú tienes palabras de vida eterna; y aunque me dé cuenta de que hay miseria en mí y que soy indigno de ti, a pesar de todo, tú tienes palabras de vida, yo me quedo contigo.”

Esta conmoción de Pedro podría interpretarse de tantas maneras. Por ejemplo, es como si él dijese: “Yo no voy a ser capaz de perseverar; lo más probable es que yo te vaya a fallar; tal vez te equivocaste de hombre; yo no voy a ser capaz de serte fiel”. No se recomendó a sí mismo. ¡Qué temeroso e intranquilo estaba en aquel momento!

La actitud del Señor

Miremos al Señor ahora. Pedro está postrado de rodillas ante él. ¿Podemos imaginar ahora cómo lo miraba el Señor? Con toda certeza, no lo miró con desprecio, sino que lo miró con amor, con misericordia. Lo mira, y lo ama. No lo mira en base a lo que es en sí mismo, sino en base a lo que Él puede hacer con un hombre que viene ante él con el corazón quebrantado.

¿Qué tiene el Señor ante sí? Un hombre con el corazón quebrantado. Él ve a un apóstol en potencia, a un siervo suyo. Está viendo a un pescador de hombres, una piedra viva de su casa, una columna que sostendrá su testimonio con poder de Dios ante los hombres más encumbrados. Este Pedro de rodillas ante Jesús no es visto como un fracaso. Fracasado ante sí mismo, está claro, pero ante Dios está en las mejores condiciones para que pueda trabajar el Espíritu del Señor en su corazón. Parece fácil imaginar los pensamientos del Señor en ese momento: “Pedro no sabe lo que voy a hacer con él, pero yo confío en lo que haré. No sabe cuántas cosas tendrá que vivir conmigo. Aún no conoce mi vida, ni mi poder. Ya conocerá mi resurrección y cuánto yo puedo hacer con él.”

Todo este pensamiento se resume en una sola frase: “No temas”. Un temor espantoso se había apoderado de todos los que presenciaron el milagro. Tan inquietos y admirados estaban que se olvidaron del milagro. Toda la atención se vuelve ahora al autor del milagro, y Lucas escribe: *“Pero Jesús le dijo: no temas”*. Aquí aparece la tranquilidad del Señor, su reposo ante una escena dramática para el resto de los hombres, pero que para él es tan natural. “No temas, desde ahora serás pescador de hombres”. Es la palabra serena de Aquel que tiene todo bajo control.

Rendición

Hasta ese momento Pedro había sido un seguidor a medias. Fue a Cristo porque otro lo llevó. Seguramente le pareció atractivo el Señor, simpatizó con él, no le negó su barca para que predicase a la multitud. Posiblemente hasta se alegró con

la palabra del “Maestro”. Hasta ese momento le seguía externamente, por sus enseñanzas, o porque había sanado a su suegra, pero desde éste momento comenzó a seguirlo interiormente.

Que así sea con todos nosotros, hermanos. Que no lo sigamos sólo por los milagros. ¡Gloria al Señor por sus milagros! ¡Deseamos que abunden! Pero aun así, todavía estaríamos en el plano de las cosas externas. El Señor nos bendice, él nos sana, nos provee todo cuanto tenemos. Gracias por la comida, el vestuario, la casa, el auto y por todas sus bendiciones. Gracias por todos sus dones materiales; pero qué pobres seríamos si tan sólo le siguiéramos por estas cosas. ¡Que indigno sería! Nuestro bendito Señor es digno de todo honor, es digno de ocupar el primer lugar en nuestras vidas y de que nos rindamos a él de todo corazón sólo por lo que él es.

Si usted no ha tenido una crisis similar a esta de Pedro, sin duda llegará a tenerla. El Señor usará cualquier circunstancia, o utilizará a un hermano para mostrarle su verdadera condición. En ese momento él nos muestra que no somos buenos en nosotros mismos, que sin el Señor somos los más viles, miserables y despreciables pecadores, hasta que llegemos a exclamar: “En mí mismo nada soy”.

¡Ay de aquellos que se ofrecen, diciendo: “yo quiero”, “yo me ofrezco”, “yo puedo ocupar ese puesto en la iglesia, es más, yo debo estar ahí”. ¡Ay de aquellos que tienen un altísimo concepto de sí mismos! ¡Son tan dignos en sí mismos! ¡Cómo sufren cuando no se les considera! ¡Líbranos, Señor!

Él es el Señor y nosotros sólo somos sus siervos, sus servidores. Si él en su misericordia nos toma en cuenta para su servicio, que así sea para su gloria. Si él quiere tomar esto vil para utilizarlo, que lo haga. Gloria a Dios porque lo tomó, porque hoy somos sus hijos y sus siervos.

Nuestra indignidad no fue un tropiezo

Nuestra indignidad no fue un tropiezo para él. Aun así, él nos dijo: “Yo tengo un propósito contigo”. El nos mira considerando el potencial que hay, es decir en las posibilidades tre-

mendas que hay y que aún no se han desarrollado. En cada creyente hay un gran potencial porque itiene nada menos que la vida de Cristo adentro! ¡Qué cosas puede llegar a hacer el Señor contigo y conmigo!

Esa vida poderosa que Dios implantó en nuestros corazones seguirá trabajando, y seguirá haciendo la separación entre lo que es del Señor y lo que es nuestro, haciéndonos conscientes de nuestra indignidad personal para que nunca nos envanezcamos, por un lado, y por otro, para que estemos muy conscientes también de la vida de resurrección que nos lleva de gloria en gloria en su misma imagen.

Muchas veces caeremos de rodillas ante él, quebrantados, conscientes de una debilidad e indignidad terribles: “Señor parece que hasta aquí no más llego; sujétame que ya fracaso”. A Pedro mismo le esperaban grandes fracasos en su caminar y en su servicio, pero el Señor jamás se inquietó por ello. Cuando le negó, Jesús lo supo de antemano y luego de la resurrección lo mandó a llamar en forma especial. La incapacidad del hombre no fue un obstáculo para las capacidades de Dios. Las debilidades del hombre no fueron un tropiezo para el poder de Aquel que pudo tomar un vaso de barro –débil, frágil– y convertirlo en piedra viva, preciosa para él.

Que esta palabra sirva, por una parte, de exhortación para nosotros, y por otra parte de gran aliento para cuantos, ante la conciencia de su debilidad e indignidad, se han visto tentados a retroceder en su comunión y servicio al Señor. Alabemos al Señor porque él nos tomó en cuenta a pesar de nosotros mismos, para tenernos en su casa y en su reino. ¡Gloria sea a su santo nombre!

Nuestros fracasos y debilidades no fueron un tropiezo para Quien se propuso formar el carácter precioso de su santo Hijo en cada uno de nosotros. Inclinémonos ante el mismo Señor que estuvo allí en la playa del mar de Galilea. Hoy está en el trono, a la diestra de Dios Padre. Su amor y su benevolencia no han cambiado. Es el mismo Cristo, glorioso, amoroso, restaurador. Pronto llegará el día en que estaremos en su mismísima presencia contemplando su gloria eterna. ¡Bendito sea su santo nombre!

Cuando los sueños se rompen

«Mas Pedro le seguía de lejos hasta el patio del sumo sacerdote;
y entrando, se sentó con los alguaciles, para ver el fin»
(Mateo 26:58).

El pasaje del cual forma parte este versículo, corresponde al momento en que el Señor Jesús fue llevado ante el concilio para ser juzgado. El Señor fue apresado en Getsemaní y llevado por una turba de soldados al sumo sacerdote Caifás. La escena que ocurre allí la conocemos. Es una escena dolorosa.

Pero en este versículo 58, encontramos a uno de sus discípulos más cercanos –a Pedro–, que quería ser testigo de las cosas que allí iban a suceder. Se acerca como a escondidas, y se sienta entre los alguaciles para ver el fin. Noten la expresión «...*para ver el fin*». ¿El fin de qué? ¿El fin del Señor? Sí, eso esperaba ver Pedro allí. Pero creo que algo más también.

Los discípulos tuvieron sueños

Pedro y los discípulos del Señor, durante todo el ministerio del Señor Jesús, tuvieron una aspiración. Ellos estaban persuadidos de que se iba a establecer el reino de Dios sobre la tierra, de que Jesús sería el Rey, y de que ellos, los doce, serían algo así como sus ministros. Ellos pensaban «*que el Reino de Dios se manifestaría inmediatamente*» (Luc. 19:11). Esa fue su gran aspiración durante todo el tiempo que estuvieron con el Señor. Aun después de que el Señor resucitó de entre los muertos, poco antes de ascender a los cielos, todavía le preguntaban:

«Señor, ¿restaurarás el Reino a Israel en este tiempo?» (Hechos 1:6).

Durante el ministerio del Señor ellos nunca concibieron la idea de un Mesías sufriente que debería ir a la cruz. En muchas ocasiones encontramos en los evangelios que los discípulos manifestaron otras ambiciones. Acuérdense cuando Juan y Jacobo, los ‘hijos del trueno’, se acercaron al Señor para decirle: «*Concédenos que en tu gloria no sentemos el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda*» (Marcos 10:37). Ellos estaban seguros de que el Reino vendría. En realidad, habían escuchado decir al Señor: «*Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado*». Así que tenían algunas razones en qué fundar esos sueños.

Recordamos también a esos mismos hijos de Zebedeo cuando, en cierta ocasión que no fueron recibidos en una aldea de samaritanos, le dijeron al Señor: «*¿Quieres tú que enviemos fuego desde el cielo para que los destruya?*» (Luc. 9:54). Ellos pensaban que estaban siguiendo a un rey poderoso, que por lo menos tenía el poder de Elías.

En otro momento, cuando Pedro supo que el Señor iba a la cruz, le dijo: «*Señor, ten compasión de ti. En ninguna manera esto te acontezca*» (Mat.16:22). Ellos no querían que su rey se les muriera; porque querían reinar.

¿Se acuerdan de la ocasión en que al Señor lo fueron a apresar al Getsemaní, y Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, e hiriendo al siervo del sumo sacerdote le cortó la oreja? (Juan 18:10). Todavía, a esa altura, Pedro tenía esos deseos de poder, todavía quería establecer el reino de Dios por la fuerza. Primero trata de evitar que Jesús vaya a la Cruz, después saca su espada para evitar que lo capturen.

Los sueños se mueren

La palabra de Mateo 26:58 que hemos leído dice: «*Pedro se sentó con los alguaciles, para ver el fin*». A la luz de todo lo que venimos diciendo, bien podemos pensar que Pedro se sentó para ver el fin de sus ilusiones, de sus sueños, de sus aspiraciones de grandeza, de sus deseos de reinar en la tierra, de ser como el ministro principal de Jesucristo. Estaba allí sentado

con los alguaciles, y él veía que todo eso se le venía al suelo.

Los discípulos, cuando anduvieron con el Señor, debieron de sentirse muy desconcertados a veces, porque, de pronto, su maestro hacía cosas extraordinarias, y parecía ser un verdadero rey. Aunque no llevaba corona, ni cetro, ni soldados, tenía ciertas actuaciones como de un rey todopoderoso. Por ejemplo, despertaba temor. Acuérdense cuando Pedro, después de aquella pesca milagrosa, se arroja a sus pies y le dice: «¡Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador!», o cuando sana a los enfermos, o cuando calma la tempestad.

Al igual que los grandes reyes cuando volvían victoriosos de la guerra y toda la ciudad se alborotaba para recibirlos, así también Jesús había sido recibido por la multitud en Jerusalén. Se le hizo una entrada triunfal con cánticos y con palmas. Pero, cosa extraña –y Pedro sabe–, Jesús entró, no sentado en un brioso corcel blanco, sino sentado en un pollino, hijo de animal de carga. Y, cuando llegó al templo, no había allí soldados con trompetas anunciando su llegada, sino sólo unos niños cantando.

Ahora, cuando Pedro miraba, como por una rendija, qué pasaba con el Señor dentro en el patio de Caifás, pudo ver que le ponían una corona y un atuendo de púrpura, como el que usaban los reyes. Pudo ver cómo los soldados se arrodillaban delante de él, pero todo ello era una pantomima, porque se burlaban y lo golpeaban. Debe de haber estado muy desconcertado Pedro observando todo eso. Y, para colmo, cuando le crucificaron, pusieron sobre su cabeza una inscripción que decía: «Este es Jesús, el rey de los judíos».

¡Cuántos sueños, cuántas esperanzas se les rompieron a los discípulos siguiendo a Jesús! Todo su esquema de ambiciones se les quebró. En ningún momento el Señor Jesús usó su poder –ese extraordinario poder con que cambiaba las circunstancias y hacía cosas increíbles–, para herir a sus oponentes, o para zafarse de esas autoridades políticas que habían puesto un yugo sobre la nación. Al contrario, cuando le pidieron que pagara los impuestos, los pagó, y cuando le preguntaron acerca de la moneda, dijo: «*Dad a César lo que es del César*» (Mat.22:21).

Juan el Bautista también soñaba

Pero no sólo a Pedro y a los discípulos se les había venido el mundo abajo. ¿Se acuerdan cuando Juan el Bautista, el que fue enviado delante del Señor como precursor, le mandó a decir al Señor: «¿Eres tú el que habría de venir, o esperaremos a otro?» (Mat.11:3). ¡Extraña pregunta! Juan el Bautista en ese momento estaba encarcelado. Tal vez se preguntó muchas veces: “¿Por qué yo, si soy el principal de los profetas, estoy aquí encarcelado, y el Mesías, que tiene poder para sanar y para detener los vientos, no me viene a libertar?”. Posiblemente se hizo preguntas como ésta.

Era un rey extraño este Jesús. Cuando le hicieron la pregunta de parte de Juan, estaba realizando la obra que acostumbraba hacer. Entonces, dijo: «*Id y haced saber a Juan las cosas que oís y veis: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí*» (Mateo 11:4-5).

Aquí tenemos un Rey que se olvida de palacios, se olvida de soldados, de guardias, de caballos briosos y se ocupa en sanar, consolar y anunciar el evangelio, como un humilde siervo que va por las ciudades y por las aldeas, sin hacerse anunciar. Cuando Jesús llega al pozo de Jacob y se encuentra con la mujer samaritana él estaba «*cansado del camino*», como cualquiera de los mortales. A las doce del día, caminando por esos caminos polvorientos, estaba cansado.

Ahora, Juan estaba desconcertado en la cárcel. Y le llega la respuesta del Señor. Juan había dicho de Jesús –imagino que con un tono grandilocuente, como para infundir temor–: «*¡Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará!*» (Mateo 3:12). Lo había mostrado como un juez que traía juicios sobre la tierra, que suprimiría la opresión, derribaría a los hombres injustos y los quemaría.

Ahora, Juan estaba en la cárcel, y su Mesías parece que no le prestaba mayor atención. Cuando el Señor Jesús le contestó a Juan, citó una porción del libro de Isaías, que dice: «*El*

Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová» (Isaías 61:1-2). Para el Señor estas palabras eran muy gratas de pronunciar. De todo el Antiguo Testamento, tal vez eran éstas las palabras con las cuales el Señor más se identificaba. Cuando él va a Nazaret por primera vez, después de haber salido de la tentación del desierto, lo primero que hace es tomar el libro de Isaías y leer este mismo pasaje. Allí se describía la misión del Mesías: sanar, predicar el evangelio, anunciar libertad, sacar a los presos de la cárcel, proclamar que hay una buena voluntad de Dios para los hombres. Era un pasaje muy querido por el Señor.

Y ahora, cuando le responde a Juan, lo cita de nuevo. Pero noten lo que dice Isaías 61:2, después de la última frase que citamos. Dice: *«...a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro...»* Seguramente Juan y los discípulos pensaban que esta frase («y el día de venganza del Dios nuestro») se cumpliría en sus días, que el Señor Jesús vendría a vengar la injusticia, traería juicios de parte Dios, y que los primeros en caer serían los romanos. Pero el Señor nunca, en ninguna parte, citó estas palabras: *«...el día de venganza del Dios nuestro»*. Él vino a salvar, él vino a dar vida, vino a consolar, vino a libertar, no vino a traer venganza.

Era fácil decepcionarse de Jesús

Las últimas palabras del Señor a Juan fueron: *«...Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí»*. Él notó que Juan estaba decepcionado, notó que tropezaba en la aparente debilidad que Jesús mostraba. Ese *«bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí»*, significa algo así como esto: «Ustedes me ven como un hombre común, nacido y criado en una familia de carpinteros. No ven ninguna señal de realeza en mí, no hay corona, no hay criados, no hay demostraciones de poder humano, y tal vez piensen –porque me ven tan débil, tan frágil– que no soy quien soy. Ustedes piensan que porque no los he libertado

del yugo romano, no soy el Cristo. Ustedes piensan que porque no uso mi poder para ejecutar venganza, entonces no soy el Mesías». Juan denota en su pregunta una gran decepción. Él también parece que tenía sueños de independencia y de libertad.

Pero no sólo Juan sufrió esta decepción por causa de Jesús. ¿Se acuerdan de aquella ocasión cuando, después de la resurrección, el Señor Jesús se acerca a los dos discípulos que iban camino a Emaús? Ellos iban conversando con tristeza. En sus palabras se deja traslucir una tremenda frustración. Dijeron a su ocasional compañero de viaje: «...*Le entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y le crucificaron. Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel*» (Lucas 24:20-21). Noten el tiempo pasado de la palabra «esperábamos». Lo esperábamos – eso es lo mismo que decir: “ya no lo esperamos”. Y eso dijeron, pese a que ya circulaban noticias de que el sepulcro había sido hallado vacío, y que el que estuvo muerto ahora estaba vivo. Estas palabras de los discípulos indican que todas las expectativas que ellos tenían también se habían venido al suelo.

Simón el Zelote

No sé si ustedes se han fijado que uno de los doce apóstoles del Señor se llamaba Simón el zelote, o Simón el cananista. La palabra «zelote» significa celoso, y también significa «fanático». Los zelotes eran una secta de fanáticos religiosos. Se caracterizaban porque eran muy extremados en sus posiciones. Por ejemplo, ellos se negaban a pagar tributos al César, porque pensaban que el hacerlo era una traición a Dios – el único y verdadero Rey de Israel. Los zelotes eran hombres fuertes, vivían un poco apartados de la sociedad, y clamaban por una vindicación política.

¡Cuántas veces Simón, el zelote, habrá alimentado esos sueños mientras estaba con Jesús! «¡Por fin tenemos un Rey! Y este Rey, al igual que los macabeos de hace dos siglos atrás, nos va a llevar a luchar por nuestra independencia y a recobrar el reino para Israel». Ellos querían un reino ahí, en ese momento.

Seguramente Simón el zelote, en conversaciones con los apóstoles, también promovería esta idea. (Sin embargo, los deseos de independencia no eran exclusivos de los zelotes: todos los judíos esperaban al Mesías que los libertaría).

Todos los cristianos tienen sueños

Amados hermanos, tal vez ustedes estén pensando adónde quiero llegar con este mensaje. Pedro había alimentado esperanzas de grandeza, los discípulos también, y Juan el Bautista también. Pero, en realidad, todo hombre tiene sueños y esperanzas. Todo hombre quiere alcanzar la honra y la gloria humana, todo hombre desea que el mañana le encuentre mejor preparado que hoy: mejor afianzado en la vida, mejor posicionado en el mundo. Todo hombre tiene sueños y llega un momento en que parece que esos sueños se van a concretar. Entonces, reúne todas las fuerzas, los recursos, y los apuesta para la realización de ese sueño. Los cristianos también.

Todos los cristianos, especialmente los que aspiran servir a Dios, los que aman al Señor, se enfrentan –al menos en algún momento de su caminar– a esta disyuntiva: de utilizar al Señor Jesucristo como líder, como un rey que los arrastre hacia la grandeza, la riqueza y el poder. Creo que a todos los cristianos en algún momento se les pasa por la mente servirse de Cristo para concretar el gran sueño de su vida.

Sin embargo, ¿cuál fue la actitud del Señor Jesús hacia esos sueños de sus discípulos? En ningún momento él accede a esa pretensión de ellos. En ningún momento accede a ejercer su poder para realizar esos ideales independentistas, reivindicativos. Podemos decir que el Señor no mostró ningún interés por establecer su reino sobre la tierra. Al contrario, cuando estaba frente a Pilato, él le dijo claramente: *«Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí»* (Juan 18:36). En otra ocasión, dijo a los discípulos: *«Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera*

hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro siervo» (Mateo 20:25-26). Naturalmente, los discípulos en ese momento no entendieron lo que el Señor les estaba diciendo.

Jesús es un destructor de sueños

Los discípulos de Cristo, los de ayer y los de hoy, han tenido sueños. Pero el Señor, ayer y hoy, destruye esos sueños, los quiebra como una caña seca. ¡Jesús es un destructor de sueños!

Hay cristianos hoy que usan sus dones, usan su poder – otorgado con fines espirituales– para escalar una cierta posición. Hay líderes en la cristiandad de hoy que han medrado con el evangelio, y que han alcanzado –o que han pretendido alcanzar– poder político. Otros han levantado grandes empresas. Han pensado que pueden servirse de Cristo para concretar sus sueños de infancia; o, a lo mejor, sanarse de algún complejo de juventud. Ellos usan a los que están alrededor para que los levanten y les permitan concretar sus sueños.

Ustedes recuerdan que cuando el Señor fue tentado en el desierto, el diablo le dijo: *«Todos los reinos te daré, si postrado me adorares. Los reinos del mundo son míos y los doy a quien quiero»* (Luc.4:5-7). Hay un momento en que, a los que quieren servir al Señor, el diablo se les presenta así también. Disfrazado, por supuesto, porque el diablo nunca aparece tal cual es. Y con el aire más encantador, les dice: *«Todo eso te daré, si postrado tú me adoras»*.

El Señor Jesús sabía que el reino de Dios comenzaría a operar desde el corazón del hombre. Por eso, toda su preocupación fue sanar a los quebrantados de corazón, libertar a los cautivos, consolar a los enlutados, poner óleo de alegría allí donde había luto. Y sabía también que no era ese el tiempo para reinar sobre la tierra.

No es el tiempo de reinar

Los cristianos que aman al Señor y que han sido enseñados por él saben también que este no es el tiempo de reinar sobre la tierra. Este es el tiempo para trabajar en el corazón de

los hombres, no para pretender grandeza humana. No es el tiempo para que nos vistamos de esplendidez, ni para que hagamos negocios y nos enriquezcamos con los dones de Dios.

Jesucristo no tuvo dónde recostar su cabeza. Las zorras tenían cuevas; los pajarillos, nidos. Pero él no tenía un hogar. Él fue expulsado de Nazaret, la ciudad donde se crió, donde tenía sus conocidos y su ambiente. El primer mensaje que predicó allí fue motivo suficiente para que quisieran matarlo. Lo sacaron de la ciudad y lo llevaron a un monte para despeñarlo. El Señor Jesús vivió como un siervo, y sus seguidores también han de vivir como siervos.

Quisiera preguntarle: ¿Por qué razón está usted siguiendo a Jesús? Si tiene algún sueño propio, alguna aspiración personal, si usted quiere ganar para sí algo sirviendo a Jesús; si quiere ser reconocido, famoso; si quiere ser adinerado y que todos se postren a sus pies, entonces es bueno que el Señor destruya esos sueños cuanto antes. El camino del Señor es el camino de la humildad, del silencio y de las lágrimas. Por supuesto que hay paz; por supuesto que hay reposo y hay consuelo en él. Pero no hay nada de aquello que los hombres tienen por sublime. El Señor Jesucristo dice: «*Mi reino no es de este mundo*». Y nosotros también decimos: «Nuestro reino no es de este mundo».

Dios pone otros sueños

Ese día que Pedro estaba sentado con los alguaciles mirando y esperando el fin, sabemos que no fue el fin. Ese fue sólo el comienzo. Cincuenta días más tarde, ese Pedro que estaba allí con el corazón compungido, temblando –y que negó al Señor más encima–, estaba parado frente a una multitud, ¡predicando el evangelio de Jesucristo! Estaba continuando con la obra que el Señor Jesús había comenzado a hacer. Cuando miramos a Pedro en el libro de los Hechos le vemos ir de aquí para allá, consolando a los quebrantados de corazón, libertando a los cautivos, sanando enfermos, dispensando las gracias de Dios, ilo mismo que su Señor!

Así que ese día no fue el fin, sino sólo el comienzo. Los

sueños que él tenía se vinieron al suelo. Pero Dios puso en su corazón otros sueños, otra visión. ¡Dios cambió su corazón! Cambió su manera de pensar. Nunca más usó espada, nunca más evitó la cruz, nunca más vivió para sí, hasta el día aquél en que, en cumplimiento de la palabra que el mismo Señor le dijo, murió crucificado como él.

¿Cuáles han sido sus sueños, amado hermano? ¿Cuáles son sus aspiraciones al seguir a Jesús? ¿Son los mismos de la cristiandad nominal apóstata, es decir, sueños de grandeza, sueños de querer alcanzar poder político, de codearse con los gobernantes, de aparecer en los medios de comunicación, de medrar con el evangelio? El Señor Jesús no vino a fundar instituciones ni a establecer un reino sobre la tierra. Él vino a poner en el corazón de los hombres una esperanza, una visión, una luz; vino a dar de comer a los hambrientos, a dar de beber a los sedientos. Vino a recoger lo que estaba perdido, a recuperar lo que el diablo había maltratado. Vino para establecer, no un reino de cosas visibles, humanamente importante o fastuoso, sino un reino espiritual inmovible.

El reino que el Señor Jesús vino a establecer, está asentado en el corazón de los que le aman, y éste es un reino ¡que no tendrá jamás fin! Los cielos y la tierra pasarán, los elementos ardiendo se fundirán, la tierra será quemada (2 Pedro 3:10), pero, cuando eso ocurra, los seguidores de Jesús no estarán aquí en la tierra: Ellos habrán levantado el vuelo. Ellos estarán en otro lugar. Los que sufrieron aquí, reinarán con él allí. *«Si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él»* (2 Timoteo 2:11-12).

El Señor es un destructor de sueños. Él pone el hacha a la raíz de los árboles para que caiga todo lo que no plantó el Padre. ¡Cuántas cosas han caído en vuestros corazones, amados hermanos! ¡Cuántos sueños humanos que ustedes traían han sido rotos! ¡Pero cuánta gloria ha sido colocada en su lugar! ¡Bendecimos a nuestro Dios por esto!

¿Quieres unirte a este Rey rechazado?

¿Hay aquí alguno que quiera seguir incondicionalmente

a este Señor, a este Rey extraño que no ofrece grandezas humanas, a este Rey que dice: «Mi reino no es de este mundo», a este Rey que es vituperado aquí, que es ignorado aquí? ¿Quiere usted, estimado lector, apegar voluntariamente su corazón a este Rey rechazado, que fue crucificado con los malhechores? ¿Hay alguno que quiera identificarse con él, salir de las vanidades del mundo, y aun de los sistemas religiosos en que esté, para venir a unirse para siempre con este Jesús rechazado aquí, pero coronado allí?

Este es un mensaje extraño. Este mensaje no alienta vanos sueños ni esperanzas. Más bien, habla de perder para ganar a Cristo. ¿Algunos de ustedes desea decir: “Yo quiero unirme a Jesús, yo reconozco a este Rey?” ¿Hay alguien que quizá haya estado con preguntas, cuestionamientos, dudas, después de ver tanta confusión en el mundo –aun en el mundo cristiano– y que después de leer esta palabra quiera decir: “Yo quiero a Jesús solo, no quiero lo de él, sino que lo quiero a él?” ¿Hay alguien que quiera participar de su oprobio? Que, como dice la Escritura, quiera obedecer a ese llamado: «*Salgamos, pues, a él, fuera del campamento*». ¡Salgamos a él en su rechazamiento! ¡Salgamos a él, a su cruz! ¡Escapemos de la confusión que hay en el mundo! ¡Escapemos de una cristiandad que se ha casado con el mundo, que ha tomado sus grandezas para imitarlas! ¡Escapemos de allí! ¿Quiere usted hacerlo? ¡Venga a Jesús ahora!

